



Dame tu  
corazón

Francisco  
Merchán

# *Dame tu corazón*

*Francisco Merchán*



© 2015

Editado por Ediciones Alféizar

C/Francisco de Borja Pavón 1 – 1º - 2 14002 – Córdoba – España

Telef.: 34 600 792 762

Email: [edicionesalfeizar@hotmail.com](mailto:edicionesalfeizar@hotmail.com) Web editorial: [www.edicionesalfeizar.com](http://www.edicionesalfeizar.com) ISBN-13: 978-1519615916

## *Índice*

- 1 Sangre en un patio trasero*
- 2 Mal despertar*
- 3 Cenizas y tarta de manzana*
- 4 Un paseo por el lago*
- 5 Sala de urgencias*
- 6 Viaje a ninguna parte*
- 7 Interestatal 90*
- 8 Miradas*
- 9 La Caza 10 Edison Park*
- 11 En el buen camino 12 Una casita en Muskegon*
- 13 NOVOSAFE*
- 14 Yuigón*
- 15 Disipando dudas*
- 16 Atando cabos*
- 17 Un almuerzo en el jardín*

## *Capítulo 1*

### *Sangre en un patio trasero*

Ellen observó desde el suelo cómo la recortada sombra de su asesino se alejaba. Cuando llegó a la esquina del callejón, aquel tipo espigado se detuvo y, tras girarse, le lanzó una mirada con sabor a despedida. Hizo un leve gesto con la cabeza y un segundo más tarde se perdió entre las sombras. Ella lo vio hundirse en la negrura mientras seguía allí tirada en el suelo de su terraza. La persistente lluvia golpeaba con fuerza todo su cuerpo. Poco a poco fue notando cómo las fuerzas la abandonaban. Intentó hacer un esfuerzo por levantarse pero apenas consiguió mover su mano izquierda unos centímetros. Cada músculo, cada sentido y cada célula iban disminuyendo su intensidad, cansados ante tanta desgracia. Por las heridas que la había infligido aquel enorme cuchillo de cocina, su sangre seguía fluyendo de manera lenta e inexorable. Poco a poco, el dolor comenzó a desaparecer. Ellen sabía que eso no era buena señal. Hizo un último intento por alcanzar su bolso y, aunque estaba apenas a medio metro, no pudo ni siquiera llegar a acercarse. El esfuerzo le resultó del todo inútil. Su cuerpo iba perdiendo cada vez más sensibilidad y su vista se nublaba. Instantes antes de perder la conciencia escuchó el ruido amortiguado y lejano de las sirenas. Una dulce calidez la fue embargando con la suavidad que una madre envuelve a su bebé después de darle un baño. Su niño. Su pequeño. Llevaba tanto tiempo deseando estar en paz que, a pesar del obstinado deseo de su alma de seguir luchando, su cuerpo se dejó llevar, sumergiéndola en un profundo sueño del que ya nunca jamás iba a despertar.

El agudo zumbido del busca resonaba todavía en su cabeza. Sobresaltado, Peter se despertó y se levantó de la litera de su despacho al tiempo que estiraba sus brazos. Miró el reloj de su teléfono móvil. Las 04:15 de la madrugada. Perfecto, un aviso justo en medio de la noche. Miró la extensión con desgana. Urgencias. Levantó el auricular con pesadez y marcó el número. Y tras dar un par de tonos alguien descolgó.

—Urgencias, dígame -respondió una sensual voz femenina.

—Hola, soy el doctor Peter Tenway, el anestésista de guardia. He recibido un aviso de urgencias. ¿Qué sucede?

—Buenas noches, doctor Tenway. Nos han avisado que viene hacia aquí una mujer con heridas de arma blanca. El cirujano de guardia, el doctor Melvin, me pidió que le avisase. La ambulancia estará aquí en unos 20 minutos -contestó la voz.

—Gracias. Ahora mismo bajo.

Se asomó por la ventana. Llovía a mares. Era noche de estar en casa acurrucado en el sofá debajo de varias capas de mantas, no dando cuchilladas a diestro y siniestro. Resignado, se fue con parsimonia hacia la maquina de café. La noche iba a ser larga. Cogió el fonendoscopio que colgaba del perchero, se lo puso alrededor del hombro y se encaminó a urgencias con el humeante vaso de oro negro en su mano.

Nada más llegar se acercó al mostrador y vio a la enfermera con la que probablemente había hablado. Ella le acercó el historial que había podido recuperar de la paciente. Había imprimido un breve resumen que elaboraba el nuevo programa informático que habían instalado en todo el hospital. El Estado de Maine se había gastado recientemente la nada desdeñable cantidad de 100 millones de dólares en conectar toda la red sanitaria del territorio, tanto pública como privada, mediante el portal RESLIAS. Una de las múltiples novedades era que se había incluido una herramienta en la nueva interfaz que preparaba en segundos un resumen de la historia clínica del paciente. A Peter no le gustaba demasiado en términos del derecho a la privacidad pero debía reconocer que era una aplicación muy útil para los casos de urgencia. Y este caso sin duda lo era.

Se sentó en el destartalado sillón de la sala de estar y abrió el dossier. Ellen Cistar, 39 años. Sin enfermedades importantes ni alergias. Peso dentro de los valores normales. Sin antecedentes quirúrgicos. Nada relevante. Comprobó satisfecho que no había ninguna complicación potencial desde el punto de vista anestésico. Pero, justo cuando iba a cerrarlo, observó una pequeña anotación en el margen inferior. “Falta historial psiquiátrico Hospital St. Joseph”. Aquello le hizo fruncir el ceño.

—¿Rosanne, verdad? -preguntó Peter mirando la dorada chapa que colgaba reluciente en el uniforme de la enfermera

-¿Podría intentar recuperar el historial psiquiátrico de la paciente? Estuvo ingresada en el hospital St. Joseph. El caso es que todavía no me manejo excesivamente bien con el nuevo programa -pidió Peter luciendo su mejor sonrisa.

La enfermera, entre resignada y halagada, suspiró y se fue hacia el ordenador. Después de sentarse empezó a teclear y, dos minutos después, se acercó a Peter con cierta sorpresa reflejada en su rostro mientras no dejaba de observar un folio recién imprimido.

—Esto es muy extraño.

-¿Qué exactamente? -preguntó Peter curioso.

—Los datos de la paciente están en la ficha pero el resto de información sobre ingresos, medicación, tratamiento o enfermedades no aparecen por ningún lado.

—¿A qué se refiere?

—Sí. Es bastante raro porque estas páginas del final del informe están debidamente cumplimentadas pero no así las centrales que se refieren al historial médico.

—¿Y por qué resulta eso tan extraño?

La enfermera le miró y puso los ojos en blanco mientras suspiraba.

—¿Que por qué es extraño? Tantos años de universidad para acabar enseñando informática a las cuatro de la mañana. En fin. Doctor Tenway, RESLIAS se supone que es un programa estanco, es decir, que no te deja cumplimentar una página si no lo está debidamente la anterior. Nadie debería haber podido rellenar las últimas páginas sin hacerlo con las que faltan. Así que, o bien es un error o han sido borradas.

—¿Borradas? -inquirió Peter sorprendido.

—No sería tan extraño. He visto colegas suyos borrando u obviando datos de un paciente en alguna situación determinada con el fin de esconder algún tipo de negligencia, por ejemplo. Algunos han llegado incluso a perder parte o la totalidad de un historial completo. No es algo muy habitual pero a veces sucede. Usted lo sabe, doctor Tenway.

—No creo que nadie se entretenga en borrar historias de una base de datos informática. No estamos en una película de intriga, Rosanne. Supongo que será algún tipo de error informático. ¿Sería tan amable de llamar a St. Joseph y pedirle al psiquiatra de guardia que nos elabore un breve resumen general y lo envíe por fax de manera urgente? -pidió Peter, y ante la mirada de hastío de la enfermera, prosiguió-. Es importante para mi saber si tomó drogas, qué cantidad, tipo y dosis. Esos datos son vitales de cara a una anestesia y más en casos de urgencias. Pueden afectar de manera importante a la vida de la paciente.

La enfermera resopló, miró la cara de cordero camino del matadero que le puso Peter y sonrió.

—Llamaré directamente a urgencias del hospital. Conozco un par de compañeras de la universidad que trabajan allí. A ver si están de turno y

pueden hacer algo -dijo la enfermera mientras, resignada, se giraba e iba hacia el teléfono.

—Gracias, Rosanne -dijo Peter con amabilidad.

Mientras, Peter entró en el quirófano. Revisó con cuidado el respirador y el laringoscopio, comprobando que la aspiración funcionaba de manera correcta y que tenía existencias de todos los elementos que podía necesitar. No sabía con lo que se podía encontrar y le gustaba estar preparado. Habló con el personal del quirófano que estaba preparando la medicación y el resto de equipos. Cuando lo tuvieron todo listo y se iba a sentar a esperar, Rosanne asomó la cabeza por la puerta lateral del lavamanos y siseó a Peter. Este se giró y fue hacia ella.

—He encontrado a una de las compañeras de las que le hable. Justamente hoy también hace turno de noche -dijo la enfermera—. Ha sido una dura negociación. Me ha costado un par de copas en el Sunset Club para el próximo sábado y una entrada de cine para el estreno de la última película de Brad Pitt. Luego ha bajado al archivo en busca de la historia de la paciente. La ha encontrado y no hay nada -terminó de decir.

—¿Cómo que no hay nada?

—Absolutamente nada. La carpeta estaba en su archivador pero dentro no había ni un solo papel -respondió la enfermera-. Fue a ver al psiquiatra de guardia y éste le dijo que no sabía nada de la paciente. Parece que sólo lleva dos meses en la institución. Si no necesita nada más, me voy. Ya me ha salido usted bastante caro para una noche, doctor Tenway

—Gracias, Rosanne, y por cierto, no se preocupe. Estaré encantado de pagarle esas copas. Y también las entradas de cine -comentó Peter mientras volvía a entrar en el quirófano un tanto pensativo.

Un minuto más tarde, un estridente timbre le sacó de su ensoñamiento. Aunque carecía de una información importante para hacer su trabajo, la paciente no podía esperar. Tendría que ir a ciegas y eso era algo que a Peter lo ponía enfermo. Salió del quirófano y fue a recibir a la paciente. Todo el equipo estaba delante de la doble puerta de cristal mientras la ambulancia entraba dando marcha atrás. Se detuvo y los técnicos se bajaron, abriendo la portezuela. “Empieza el baile”, pensó Peter. Unos segundos después corrían a toda prisa por los pasillos guiando la camilla con dirección al quirófano. El médico de la ambulancia iba cantando datos médicos a Peter, que los anotaba mentalmente. Tenía al menos tres heridas por arma blanca. Las dos primeras transversales, en las muñecas, que habían dejado prácticamente de sangrar y

otra, más profunda, en el abdomen, de la que brotaba de manera continua un hilo de sangre muy oscura. Era probablemente hepática. Necesitaba cirugía urgente o entraría en un shock por falta de volumen sanguíneo y moriría.

—...Y el sangrado ha sido abundante. Le ha mantenido la tensión con expansores de volumen y noradrenalina. Esta muy inestable. No he conseguido intubarla debido a la agitación y lleva dos vías periféricas con suero salino. No hemos conseguido tampoco una vía arterial -dijo el médico de la ambulancia como una ametralladora.

Peter ordenaba sus datos mentalmente mientras la trasladaban a la mesa quirúrgica. Una vez ya en la camilla y mientras monitorizaban a la paciente, Peter comenzó a dar ordenes.

—0,15 mg de Fentanilo, 150 miligramos de Propofol y 40 miligramos de Rocuronio. Ponle también un miligramo de atropina. Prepáreme un tubo endotraqueal del número 7

—pidió Peter a la enfermera encargada de ayudarle en la anestesia-. Ellen, ¿puede oírme? Voy a sedarla y a ponerle un tubo en la garganta para que respire. ¿Me ha entendido? -dijo Peter al oído de la paciente.

Ellen se removió inquieta e hizo el ademán de retirarse la mascarilla para hablar. Peter la ayudó y se acercó a ella. De pronto, se levantó de la camilla y se puso a gritar.

—¡Ellos se llevaron a mi niño! Me lo robaron y nadie hizo nada. ¡Mi pequeño, mi pobre pequeño! -gritó Ellen al tiempo que perdía el conocimiento y se desplomaba.

Peter se estremeció. Terminó de retirar la mascarilla y esperó a que la medicación hiciese su efecto. En cuanto la medicación inundó su torrente sanguíneo, la mujer se durmió. Después la ventiló con oxígeno alrededor de un minuto y a continuación le colocó un tubo en la garganta que iba conectado al respirador. Tras comprobar con su fonendoscopio que estaba en el sitio correcto y que la paciente ventilaba con normalidad, Peter dejó que la enfermera de anestesia fijara el tubo mientras que él observaba el monitor de las constantes de Ellen. El estado de la paciente era crítico. Los cirujanos, de hecho, habían empezado a hacer la incisión antes de que estuviese del todo dormida. Había mucha sangre. Peter pidió a la enfermera que llamara de manera urgente al banco de sangre y pidiese 6 concentrados de sangre sin cruzar. Era el tipo de sangre que se solicitaba ante una urgencia vital extrema. Mientras esperaba, Peter intentó ganar tiempo. Comenzó a poner distintos tipos de medicación cuyo fin eran ayudar a la mujer a mantener aceptables sus

niveles de tensión arterial, los cuales bajaban de manera drástica. Si no encontraban pronto el origen del sangrado, las cosas se pondrían muy complicadas. Un par de minutos después de comenzar la intervención y, a pesar de los esfuerzos de todos, la paciente entró en estado de shock.

—¡Anne, trae más fenilefrina y carga dos atropinas! ¡Jhon, haz el favor de llamar al banco de sangre y decirle que se den prisa o no tendrán que venir! -ordenó Peter.

Un minuto después de entrar en shock, Ellen sufrió una fibrilación ventricular y su corazón se detuvo. El doctor Melvin era un excelente cirujano, ligaba vasos e iba reparando venas a una velocidad endiablada, y Peter era un magnífico anestesista. Con todo esto y a pesar de sus esfuerzos, tras más de media hora reanimando a la mujer, los daños en el hígado y el bazo eran tan severos que Ellen Cistar fallecía. Eran las 05:30 de la mañana. Ambos médicos se miraron con tristeza.

—Lo siento, Thomas. Has hecho un buen trabajo. Por desgracia, venía en muy malas condiciones —dijo Peter al doctor Melvin—. No se ha podido hacer nada.

—Lo sé. Gracias. Tú también has hecho un buen trabajo, Peter. Siempre me entristece perder a cualquier paciente pero la juventud siempre agrava esa sensación. ¿A ti no te pasa lo mismo? —dijo el doctor Melvin mientras, con cariño, le pasaba la mano por la cara al rostro ya sin vida de Ellen Cistar.

Ambos médicos se miraron y asintieron. Juventud y muerte nunca fueron buenas compañeras de viaje. Durante los siguientes minutos cosieron las heridas e incisiones practicadas durante la cirugía y retiraron todos los catéteres, tubos y sondas que le habían colocado. Cuando acabaron, la envolvieron con cuidado con un par de sabanas limpias, dejando solamente visible el rostro. Peter la miró a la cara y dejó escapar una triste sonrisa. Anne, la enfermera que le había ayudado en la cirugía, se le acercó.

—No se torture, doctor. Hizo todo lo posible. Bueno, lo hicimos —dijo la enfermera.

-Lo sé. Gracias Anne. Y gracias a ti también, Jhon. Habéis estado perfectos. Todos. Como siempre.

Todos asintieron y con calma se pusieron a recoger los utensilios. Peter miró de nuevo a Ellen, que parecía estar plácidamente dormida. La taparon con una sabana y salieron de la habitación. Cuando acabaron eran casi las seis.

Peter estuvo alrededor de una hora y media rellenando formularios.

Odiaba la burocracia con todo su ser. Fue avanzando con lentitud en esta ardua tarea mientras esperaba a los agentes de policía. En cuanto llegaron, tiró aliviado el bolígrafo sobre la mesa y se levantó a hablar con ellos sobre el caso. Era el procedimiento habitual en casos de muertes violentas. Les explicó, brevemente, las que con toda probabilidad habían sido las causas de la muerte de Ellen. A la policía normalmente sólo le interesaba ver respondida una pregunta.

—En su opinión profesional, doctor Tenway, ¿esas puñaladas influyeron de manera decisiva en el fallecimiento de la señora Ellen Cistar? -preguntó uno de los agentes.

—Sin lugar a dudas, agente.

—Bien. Eso es todo por el momento, doctor. Le dejamos descansar. Si el inspector asignado al caso tuviese más preguntas que hacerle, ya le llamaríamos. Y por favor, háganos llegar su informe a la mayor brevedad posible al fax que aparece en esta tarjeta. Gracias, doctor Tenway. Venga, Jimmy, vámonos.

Les estrechó la mano y ambos policías se marcharon. Los siguió con la mirada mientras se montaban en el coche patrulla y se perdían en la bruma matutina que ocultaba la carretera. Por fin había acabado su guardia. Subió a su taquilla, recogió sus cosas en la maleta y se fue a casa. Acabaría allí el burocrático formalismo. Empezaban para él unas pequeñas vacaciones de diez días. Ya sabía qué quería hacer. De hecho, llevaba un par de meses pensando en ello. Hacía mucho tiempo que tenía ganas de perderse unos días en Boston. Desmadrarse, agarrarse una borrachera y acabar en la cama con cualquiera. Pero eso debía esperar. Ahora mismo, lo único que deseaba era pasar el primer día de vacaciones tirado en la cama durmiendo.

Cuando se montó en su Dodge Durango todavía no eran ni las ocho y media. Arrancó y salió del aparcamiento del hospital enfilando la autopista 95, que discurre paralela al río Kennebec. En esta época del año el río bajaba con mucho caudal y en algunas zonas era normal ver incluso pequeñas cascadas y remolinos. A Peter le encantaba hacer el camino de vuelta a casa por la mañana temprano. Las oscuras aguas del río bajaban revueltas y en ambos márgenes había multitud de zonas boscosas de pino americano. Era muy afortunado de poder observar aquel espectáculo de la naturaleza a diario. Después de recorrer quince kilómetros sin prisas, tomó el desvío para ir a su casa en las afueras de Waterville, un pequeño pueblo cerca de Augusta, que Peter adoraba. Estaba en una pequeña urbanización cerca del río. Era una

planta baja de madera de nogal americano, que vendría a tener unos 15 años de antigüedad. Media unos 180 metros cuadrados y poseía dos amplios jardines, uno bastante grande en la parte delantera de la casa y otro inmenso en la zona trasera. Detrás tenía además una hermosa barbacoa hecha de ladrillo y un precioso porche de madera de pino con una mesa de madera maciza con capacidad para unas veinte personas. El porche, además, tenía persianas que permitían cerrarlo en invierno e impedir así que se dañase el interior con las lluvias y las nevadas. Todo este espectacular jardín estaba coronado por una hermosa piscina de ocho metros de largo y casi tres de ancho. Su jardín, además, daba directamente a una zona boscosa que llegaba hasta el mismísimo río y sólo estaba separada de la arboleda por una bucólica valla de un metro de altura que además delimitaba la propiedad. A Peter le encantaba. Cuando las benevolencias del clima lo permitían, se sentaba tranquilamente a leer mientras escuchaba los sonidos de la naturaleza. Era una zona tan relativamente salvaje que hasta que puso la valla llegó a tener algún susto de relativa importancia. El más importante fue un día en el que después de una barbacoa con unos amigos, un oso negro de un par de metros de altura, atraído por los olores de la carne a la brasa, se presentó en su jardín sin invitación. Al recordar aquel día, Peter no pudo evitar sonreír. Una semana más tarde, un carpintero local estaba colocando a precio de oro el cercado actual. Llegó a su casa y fue directo a la entrada del garaje. Se detuvo delante y pulsó el mando, esperando a que el automatismo abriese la puerta. Entró y, tras detener del vehículo, se bajó y lo cerró. Estaba realmente cansado. Al mismo tiempo que escucho cerrarse la puerta del garaje, abrió la pequeña puerta que daba acceso a la casa. Lo recibió un cálido maullido. Un gato siamés, con principios de obesidad, lo esperaba ronroneando en la entrada.

—¿Qué tal, Nerón? ¿Me has echado de menos, granuja? -dijo Peter mientras acariciaba el lomo del felino— Seguro que tienes hambre. Venga, vamos a desayunar.

Seguido de la oronda mascota entró en la cocina. Le echó de comer y luego se preparó un contundente desayuno a base de un zumo de naranja, tostadas y huevos revueltos. Lo devoró todo a una velocidad de vértigo. Peter, medio dormido, metió los platos en el fregadero, fue a su dormitorio y se metió en la ducha. Quince minutos de agua caliente hicieron maravillas sobre su fatigado cuerpo. Mientras jugueteaba con el agua en su boca, recordó a Ellen Cistar. Todavía le seguían afectando esos casos. Siempre que perdía a algún paciente se preguntaba si había actuado de manera correcta. ¿A qué se referiría aquella

mujer con lo de su hijo robado? ¿Sería cierto que le habrían robado a su hijo de verdad? Peter sintió un escalofrío recorrer su espalda. No. Probablemente sólo fuera el desvarío de una enferma mental en estado de shock. El, por su parte, estaba tranquilo. Hizo todo lo que estuvo a su alcance por salvarla. Cerró el grifo, se secó, se puso su pijama mas viejo y cómodo y, de un salto, se metió en la cama donde ya lo esperaba Nerón desde hacia un buen rato. Peter, agotado, se durmió en menos de un minuto.

## *Capítulo 2 Mal despertar*

Estaba cansado. Llevaba toda la noche despierto eliminando pruebas del crimen que había cometido. Como profesional sabía que deshacerse de las pruebas en un mismo lugar era un completo error. Tampoco podía echarle una lata de gasolina y prenderle fuego sin más. Ese era otro típico fallo que muchos novatos cometían. Hacía un año habían pillado en Ohio a un profesor de instituto quemando todas las pruebas de un crimen que había cometido. Una joven alumna había desaparecido un par de días antes y la policía, que realizaba las tareas de búsqueda de la chica, lo tenía vigilado. Así que se alertaron al ver el humo salir de la parte de atrás de su casa. Cazaron a aquel imbécil con las manos en la masa. Un auténtico chapucero. Su caso era distinto. Él no era igual. Llevaba tantos años viviendo del negocio de la muerte que se consideraba toda una institución. De no ser así, ya estaría muerto o lo que es peor, en la cárcel. Ese era el motivo por el que llevaba toda la noche dando paseos de un lado para otro en su viejo Cadillac mientras se deshacía de todo. Una bolsa con ropa en un contenedor de las afueras de Gardiner. Y el cuchillo que había usado, por ejemplo, dormía ya plácidamente en las negras aguas del río Kennebec. Así continuo hasta llegar a la media docena de bolsas con distintos objetos que había repartido en un radio de sesenta kilómetros. Nadie los encontraría nunca y, de hacerlo, jamás los relacionarían entre sí. El asunto finalmente estaba resuelto. Tendría que acarrear con otra piedra más en sus bolsillos pero no le importaba. Estaba acostumbrado a cargar con ello. Mientras bostezaba desbloqueó su teléfono móvil y marcó un número. Con impaciencia, esperó a que alguien descolgase al otro lado de la línea.

—Si, ¿quién es? -preguntó una voz ronca al otro lado del hilo telefónico.

—Soy yo. Ya está hecho -respondió.

-¿Te has desecho de todo?

—Por supuesto. Mañana quedaremos para el pago. Donde siempre, si le parece bien.

—De acuerdo. Mañana lo concretamos. Adiós.

La línea se cortó. Por fin se podía ir a dormir. Satisfecho, arrancó su viejo coche y salió del aparcamiento trasero de la cafetería de Bangor en cuyo contenedor reposaba la última bolsa. Mientras se encendió un cigarrillo, el coche fue engullido por la densa bruma matutina que envolvía la carretera,

desapareciendo de la vista de miradas indiscretas.

El ruido de una vibración lo despertó. Sacó la cabeza de debajo de la almohada y miró encima de la mesita de noche. Su teléfono móvil no paraba de sonar. Ligeramente enfadado y todavía medio dormido, descolgó.

-¿Diga?

—Buenos días, soy el inspector de homicidios del departamento de policía de Augusta Anderson Harper. ¿Es usted el doctor Peter Tenway? -contestó un hombre al otro lado de la línea telefónica.

—Si, soy yo. Dígame.

-Buenas tardes, doctor. ¿No le habré despertado?

—Pues la verdad es que sí, inspector. Suelo irme a dormir un rato después de tener una guardia y más aún cuando esa no ha sido buena. ¿No han hablado con usted sus agentes? ¿Qué es lo que sucede? -preguntó Peter ligeramente enfadado.

—Lo siento. No sabía que estaba usted durmiendo. Obviamente mis agentes se han olvidado de avisarme. La verdad es que necesito el informe sobre la muerte de Ellen Cistar cuanto antes y me gustaría saber cuándo lo tendrá usted listo.

—Ya se lo dije a los oficiales de policía que vinieron al hospital. Supongo que a última hora de la tarde de hoy o mañana por la mañana como muy tarde. No creo que me lleve mucho.

—Entiendo que esté usted cansado, doctor Tenway, pero necesitaría tener ese informe cuanto antes. En los casos de asesinato las primeras 72 horas son vitales para la resolución de un crimen. Sé que le pido un esfuerzo más, pero se lo agradecería enormemente.

-¿Asesinato? Yo pensaba que había sido una pelea con el marido, una riña entre vecinos o un atraco. Incluso veía más probable el suicidio pero no pensé que pudiese ser un asesinato.

—¿Y qué le hace pensar eso, doctor?

—Los cortes de las muñecas son típicos de los suicidas. Además, tiene antecedentes psiquiátricos. En la mayoría de los casos esos dos factores combinados dan como resultado un intento de suicidio.

—¿Antecedentes psiquiátricos? ¿Qué clase de antecedentes?

—No lo sé. En la hoja resumen del programa RESLIAS se reflejaba al final del mismo que faltaba el historial psiquiátrico de la paciente. No pudimos acceder a él desde el ordenador del hospital.

—¿Programa RESLIAS? Creo que tengo bastantes más preguntas que

hacerle de las que pensaba, doctor Tenway. Es la una del mediodía. ¿Le parecería bien que nos viésemos en algún sitio cerca de su casa? ¿Sobre las dos, por ejemplo?

Peter no tenía ningunas ganas de salir de casa. Estaba cansado y llovía. Podía escuchar el ruido del agua caer contra el tejado de latón de la leñera que estaba al lado de la piscina. Suspiró resignado.

—No me apetece demasiado salir, inspector. ¿Qué le parece si viene usted a casa? Tengo algún resto de comida en la nevera. Deme media hora o cuarenta y cinco minutos para vestirme y arreglar un poco este desorden.

—De acuerdo, doctor Tenway. Sobre la una y media estaré por su casa. Hasta luego. Y gracias.

—Un momento, le daré la dirección.

-No hace falta. Soy policía, ¿lo recuerda?

-Es verdad. Hasta dentro de un rato, inspector.

-Adiós.

Peter fue directo a la cafetera. La encendió y, mientras rebuscaba en la nevera, encontró algo de queso, fiambre y unas lonchas de carne asada. Tenía también un cuenco con un poco de ensalada de col. Sacó una hogaza de pan del día anterior y lo metió en el horno. Sería suficiente. El ruido de la cafetera le animó ligeramente. Se puso un café bien cargado y se lo fue bebiendo a sorbos mientras iba y venía recogiendo la cocina y el salón. Nerón, desde su pequeño cesto, lo miraba divertido. A pesar de la lluvia, abrió las ventanas diez minutos para que se airease la casa. Mientras se terminaba el café fue al baño y se aseó. Justo cuando estaba cerrando las ventanas del salón y la cocina sonó el timbre. La una y media exacta. Peter fue a abrir.

—Hola, buenas tardes. Soy el inspector Harper.

Tendría unos 38 años. Era ligeramente más alto que él. Tenía el pelo rubio ceniza, los ojos de un intenso negro azabache y una mandíbula prominente. Irradiaba seguridad por los cuatro costados. De cuerpo atlético en su justa medida, era, en definitiva, un hombre bastante atractivo. Seguro que tenía mucho éxito entre el público femenino.

—Hola inspector. Soy el doctor Tenway. Adelante, pase – respondió Peter, al tiempo que se apartaba de la puerta y le dejaba entrar.

El inspector entró y se quitó la gabardina. Peter le cogió la prenda de vestir y fue a colgarla en el perchero que estaba justo detrás de la puerta. Se produjo un silencio incómodo.

—Gracias en primer lugar doctor Tenway por ... -comenzó a decir el

inspector.

—Peter, inspector. Llámeme Peter.

—De acuerdo, Peter. Gracias por dejarme pasar por aquí. Tengo un par de dudas que necesito resolver y cuanto antes mejor.

—Bien, acompáñeme a la cocina. Tengo sobras y unas cervezas bien frías. No me ha dado tiempo a preparar nada más.

—Tranquilo, será más que suficiente.

Entraron en la cocina y el inspector Harper se quedó sorprendido de su amplitud. Mediría unos 25 metros cuadrados y en el medio de la misma había una isla. La mitad estaba dispuesta como mesa y en la otra estaban los fogones y una espectacular plancha. Estaba adornada con toda clase de objetos colgados por encima como sartenes y ollas, de todas las variedades de materiales y colores. Era una cocina espectacular.

—Le gusta cocinar por lo que veo –afirmó Harper resuelto–. Tiene una cocina magnífica.

—Sí, la verdad es que me encanta. ¿Una cerveza?

-Sí, gracias.

Comieron con apetito hasta no dejar nada. Mientras lo hacían, hablaron de cocina y banalidades. Peter se dio cuenta que al inspector también le apasionaba comer. De pronto, Nerón saltó sobre la mesa y Harper se sobresaltó.

—¡Nerón! ¡Quieto, chico! ¡Bájate, vamos! Cuanto lo siento, inspector –se excusó Peter–. Lo tengo bastante malcriado. ¡Vamos, baja! -ordenó Peter al tiempo que agarró al grueso siamés y lo soltó en el suelo.

—Tranquilo, Peter. No me molestan los animales. Además, él es el que está en su casa. ¿No es así, pequeño? -respondió Harper– Por cierto, llámeme Andy.

Calentaron el café y recogieron los platos. Luego el inspector insistió en fregar mientras Peter preparaba los cafés.

—Peter, ¿qué fue lo que me dijo acerca del historial psiquiátrico de Ellen Cistar? No lo entendí bien. Dijo algo como que no aparecía en la historia, ¿Es eso posible? – preguntó Andy despreocupado.

—Sí. No aparecía en la hoja resumen del programa RESLIAS.

-¿RESLIAS? ¿Qué es el programa RESLIAS?

—El programa RESLIAS es un programa piloto auspiciado por el gobernador Jhonson. Es algo pionero en todo el país. Es un programa en el que todas las instituciones públicas y privadas tienen la obligación de volcar los

datos clínicos de los pacientes —dijo Peter haciendo una pausa para tomar café, antes de continuar.

—No lo entiendo.

—Es muy sencillo. RESLIAS se creó para facilitar el acceso a los datos médicos de todo el sistema de salud del Estado uniendo así la información que poseen tanto las instituciones públicas como privadas. Es, en otras palabras, como un gran archivador virtual donde están todos los datos del historial de salud de todos los ciudadanos. Esta desarrollado por la empresa NOVOSAFE. Una de las herramientas más útiles es un interfaz que, en segundos, te resume los datos más importantes de un paciente. En el resumen de Ellen Cistar es donde vi lo del historial psiquiátrico.

—¿Qué finalidad tiene almacenar todos esos datos en el programa? ¿Qué beneficios hay para los pacientes?

—Los aspectos positivos del programa son principalmente dos: En primer lugar en caso de una urgencia médica tienes un breve resumen de su historial conociendo alergias, enfermedades y antiguas operaciones, entre otros datos. Nos ayuda mucho en la toma de decisiones y salva vidas por complicaciones que evitamos como, por ejemplo, reacciones producidas por un shock anafiláctico. ¿Esto lo entiende, verdad?

—Creo que sí. Continúe, por favor.

—Bien. Además, se supone que sirve para evitar la duplicidad de pruebas y agilizar los procesos médicos. Más de un 20 % de las pruebas diagnósticas que se realizan al año a los pacientes ya se han hecho con anterioridad y podrían evitarse. El ahorro para las arcas del Estado y de las aseguradoras es enorme. De hecho, se calcula que en sólo 5 años se habrá amortizado el coste del programa —contestó Peter.

—Entiendo. Este punto supongo que no habrá gustado a algunos, ¿no es cierto?

—La verdad es que determinadas clínicas privadas no están muy contentas. Hubo bastantes quejas sobre todo de aquellos centros que sólo están especializados en realizar pruebas diagnósticas. Pero muchas de esas clínicas pertenecen a grandes grupos corporativos de seguros. Al final el dinero sale del mismo bolsillo y si hay un ahorro del 20 por ciento, es una gran noticia para todos.

—¿Tendría por aquí ese resumen que imprimió?

—Sí, por supuesto. Me lo traje para poder elaborar luego mi informe. Ahora mismo se lo enseño. Voy al garaje a traerlo.

Salió de la cocina y un minuto después entró de nuevo con su maletín de piel negro en las manos. Lo abrió y sacó unos cuantos folios. Los miró y luego cogió uno y fue hacia el fregadero. Posteriormente señaló con el dedo al final del folio.

—Ve, aquí lo pone —dijo Andy mientras señalaba con el dedo una inscripción hecha en el apartado observaciones que rezaba: “ Falta historial psiquiátrico Hospital St. Joseph”.

Durante unos segundos Andy se quedó pensativo. Luego volvió a preguntar.

—¿Cuánto tiempo lleva el programa RESLIAS en funcionamiento? ¿Es usual que falten datos de los pacientes en esta aplicación?

—La aplicación lleva en marcha sólo un par de meses, y sí, supongo que es normal, teniendo en cuenta el volumen de datos a introducir, que de vez en cuando falte algo.

—¿Llamaste tú personalmente al St. Joseph para preguntar por los datos perdidos?

Peter le explicó el intento de Rosanne por conseguir el historial y su resultado. Cuando le contó la ausencia de documentos en la carpeta, Andy le miró ligeramente sorprendido.

—A mi también me sorprendió un poco, la verdad. Encontrar la carpeta en el archivador pero que estuviese vacía, es un poco raro. Aunque también he de decir que el St. Joseph es una institución con muchos años de historia. Sus archivos deben ser caóticos.

Andy se mantuvo en silencio. Existía gente con una habilidad innata para cocinar delicias de primer orden. Otros, por contra, podían tallar bellas figuras de madera o vender y comprar acciones en bolsa ganando miles de dólares en cuestión de minutos. Anderson Harper no poseía ninguna de esas cualidades pero tenía un sexto sentido para ver cuándo alguna pieza no encajaba en un rompecabezas. Y en éste, había algunas que estaban empezando a no hacerlo.

—Necesitaré el teléfono de la enfermera que le buscó el informe. ¿Cómo has dicho que se llama? ¿Rosanne? He de hablar con ella para que me ponga en contacto con la enfermera del St. Joseph con la que habló.

—Lo cierto es que no tengo su teléfono. Pero si quieres puedes llamar al hospital. Sabiendo que se llama Rosanne y que estuvo anoche de turno en urgencias, no creo que tenga muchos problemas para conseguirlo.

—Supongo que no. No quiero molestarte más. Si no tienes nada más que añadir creo que lo tengo todo. Gracias por el almuerzo y el café. Estaba todo delicioso.

—Ahora que lo dices, la verdad es que sí. No serán más que imaginaciones mías, pero sucedió algo que creo que debes saber.

Peter explicó a Andy el último grito de lucidez que dio Ellen Cistar al entrar en el quirófano y su desgarradora petición de socorro.

-Todavía se me ponen los pelos de punta.

—¿Crees que podría estar alucinando?

—Sinceramente, creo que no. Me pareció bastante dentro de sus cabales. Pero no te lo podría asegurar. No soy un experto en psiquiatría, todo sea dicho.

Andy se detuvo cerca de la entrada y se giró a mirar a Peter con serias dudas reflejadas en su rostro.

—Hay algo que no encaja en todo este asunto.

—Te voy a proponer algo, Andy. Tengo que ir hoy al St. Joseph. Hablaré con un par de amigos que tengo por allí para ver qué puedo averiguar sobre la paciente. Me vendría bien tener el historial de Ellen para terminar mi informe, ya que no me gustaría tener que hacerlo con información sesgada.

—No me gustaría crearte más problemas, Peter. Ya te he molestado bastante.

—No es molestia. Yo me pasaré sobre las cuatro por el St. Joseph. Luego vendré a casa y acabaré mi informe. Más tarde, si quieres, podríamos quedar en el Harod's y te pongo al día con lo que consiga. ¿Te parece bien sobre las ocho?

Andy dudó. Nunca le había gustado inmiscuir a civiles en las investigaciones. Aunque era verdad que sin el informe psiquiátrico de Ellen, el informe de Peter no estaría del todo completo. De mala gana, accedió.

—Está bien. A las 8 en el Harod's. Gracias otra vez, Peter – dijo Andy mientras salía por la puerta.

-No hay de qué, Andy.

Andy salió de la casa y se metió en el coche. La verdad es que el doctor Tenway había resultado ser un tipo muy agradable. Por su trabajo, tenía que lidiar a menudo con médicos y estos no eran precisamente demasiado simpáticos con la policía. Una vez incluso tuvo que llegar a detener a uno que

se negó a hablar sobre un asunto de maltrato infantil porque según él “no tenía tiempo para tonterías con tipos que eran como sucedáneos de Harry Callaghan”. Tras unas diez horas en un calabozo arrestado por obstrucción a la justicia, pidió gimoteando que lo sacaran de allí. Andy sonrió al recordarlo. Cómo lloraba aquel cretino. Un ruido en la radio de la policía lo hizo volver en sí. Arrancó, salió de la urbanización y comenzó a dirigirse hacia la autopista. Conducía de manera distraída. No dejaba de darle vueltas a lo que le había dicho Peter. ¿Podría ser cierto que Ellen Cistar tuviese un hijo? Rebuscó en su memoria algún detalle de la noche anterior, cuando había estado en casa de la mujer tras sufrir la agresión. Mientras Ellen moría en el quirófano, Andy había estado rebuscando en toda la casa alguna pista que les permitiera empezar a investigar. Y lo cierto es que no vio rastro ninguno de la existencia de niños. O al menos no conseguía recordarlo. Ningún juguete aparcado en el pasillo, ninguna pelota o guante de béisbol encima de un sofá ni lápices de colores en la mesa del comedor. No había rastro de que allí viviera o hubiese vivido algún crío. El ataque parece ser que se originó en la cocina y, salvo en esta habitación, el resto de la casa estaba extremadamente ordenada. Si hubiese tenido un hijo, habría fotos de él por todos lados y sus dibujos estarían colgados con imanes en la puerta de la nevera. Era extraño. Se detuvo en el arcén y cogió su teléfono. Sabía a quién tenía que llamar, y no le gustaba la idea de hacerlo. Marcó su número y después de dar un par de tonos, alguien descolgó el aparato.

—Hola, ¿Quién es? -preguntó una voz juvenil al otro lado de la línea.

—Hola Harry. Soy yo, Andy. ¿Cómo estas?

—¿Andy? ¡Dios mío, cuánto tiempo! ¿Cómo estás? ¡Por Dios! ¿Cuánto hacía que no hablábamos?

—Seis meses y dos semanas, aproximadamente. Desde el último y maravilloso fin de semana que estuvimos juntos en Portland.

Se produjo un silencio incomodo en ambos lados de la línea. La tensión se podía cortar con un cuchillo.

—Siento cómo terminó todo, Andy. No podía ser y lo sabes

—se excusó Harry.

—Tranquilo, no pasa nada. Estoy bien. Ya he superado aquello. Te llamó por otro motivo. Necesito tu ayuda. Bueno, más que tu ayuda, necesito a la

base de datos del FBI. Es por un caso en el que estoy trabajando. Ellen Cistar. Necesitaría saber todo de ella. Si estaba casada o lo estuvo, nombre del marido, si tenía hijos, antecedentes, historia familiar,...todo lo que puedas encontrar. ¿Sigues trabajando en la sede del FBI, no?

—Sí, sí, por supuesto. ¿Cómo has dicho que se llama?

—Ellen. Ellen Cistar. Es importante. Y urgente. Por cierto, ¿Cómo están las cosas con Stacey?

—Bien. La verdad es que nos va bien. No llegó a saber nada de lo nuestro pero en las últimas semanas empezó a sospechar que había algo. Ahora estamos muy contentos porque nos hemos enterado de una buena noticia. Dentro de unos meses vamos a tener nuestro primer hijo –dijo Harry a bocajarro.

—¿Qué? ¿Embarazados? Enhorabuena, Harry. Me alegro que al fin tengas lo que deseas –respondió Andy con sequedad–. ¿Me llamarás con lo que tengas, verdad?

—Sí, por supuesto. Esta noche o mañana por la mañana tendré algo. En serio, siento todo el daño que te hice. Hasta luego, Andy.

—Tranquilo. Está superado. Adiós.

Tras cortar la llamada, Andy se tomó unos segundos. Hay algunas cicatrices que tardan más en cerrarse que otras. Suspiró, arrancó y se metió de nuevo en la carretera. Mientras iba por el camino no dejaba de pensar en quién podría estar interesado en matar a Ellen. A lo mejor se había pasado algo por alto. Tenía que ir de nuevo a su casa o no podría dormir esa noche. Dio un brusco cambio de sentido con el coche y aceleró a fondo.

### *Capítulo 3*

#### *Cenizas y tarta de manzana*

Corría por mitad del bosque como alma que lleva el diablo. De repente, un ruido de ramas al romperse le hizo detenerse en seco. Se agachó detrás de un pequeño matorral y agudizó el oído. Su ropa de camuflaje militar hacía que fuese muy difícil verle. A pesar de ello su corazón, totalmente desbocado, parecía a punto de salir disparado por su boca. Con lentitud, se levantó ligeramente y miró hacia el lugar del que provenía el ruido. Un pequeño ciervo y su madre se movían tranquilos mientras mordisqueaban la abundante vegetación circundante. Suspiró. Recogió los dos bidones vacíos de gasolina que había dejado en el suelo y continuó su huida. Un profundo olor a quemado fue inundando el bosque con lentitud. Al escuchar el ruido lejano de las sirenas, sonrió satisfecho. Nadie iba a pararle. Excitado, se terminó de levantar y volvió a emprender su huida.

Ellen Cistar vivía en Farmington, un pequeño pueblo situado a unos veinte kilómetros de Augusta. Su economía estaba basada principalmente en la agricultura, la ganadería y su cada vez más incipiente turismo rural. Con una población que no llegaba ni a los ocho mil habitantes, tenía una bonita calle principal plagada de pequeños comercios familiares, un par de bares y una coqueta iglesia en lo alto de una colina cercana que eran además sus señas de identidad. Sus habitantes formaban una cohesionada sociedad donde todo el mundo se conocía y se ayudaba. Cuando el inspector Harper empezó a cruzar el puente que daba acceso al pueblo, vio que algo no iba bien. En la zona este una densa columna de humo se elevaba como un gigante entre las casas. Andy tuvo un mal presagio. En aquella zona era donde estaba el domicilio de Ellen Cistar.

Un par de minutos después, al llegar a su calle, sus peores temores se confirmaron. La casa de Ellen ardía de manera descontrolada. Las llamas se erguían poderosas, lamiendo cada una de sus paredes. Un par de patrullas del sheriff del condado acordonaban la calle mientras tres dotaciones de bomberos trabajaban a destajo. Cuando llegó con su coche a donde estaba el cordón policial, Andy apagó el motor y se bajó de él.

—¡Alto, amigo! No se puede pasar —le dijo un joven e imberbe ayudante del sheriff que se le había acercado.

—Inspector de homicidios de Augusta Anderson Harper — contestó Andy

mientras mostraba su identificación.

—¡Qué rapidez! Perdone inspector, pase —dijo el joven mientras levantaba el precinto de seguridad.

—Tranquilo, agente, ¿sabe dónde está el sheriff?

—Esta allí, señor. Es el del sombrero negro —respondió el joven mientras señalaba un grupo de hombres que hablaban alrededor de un coche patrulla.

-Gracias.

A medida que se acercaba, Andy observó cómo la casa se consumía. Los bomberos se limitaban a echar agua por las partes altas de la casa para evitar que el fuego se propagase a los vecinos. Cuando se acercó al grupo, vio que todos le observaban.

—Buenas tardes, caballeros. Soy el inspector de homicidios de Augusta Anderson Harper. Estoy a cargo de la investigación del asesinato de Ellen Cistar —dijo Andy mientras ladeaba la cabeza para observar el incendio.

—Buenas, inspector Harper. Por fin nos conocemos. Anoche fue la boda de mi pequeña Sarah y, como usted comprenderá, no pude venir al aviso. Yo soy el sheriff Rick Hanson. Creo que ya conoce a mis ayudantes y éste el jefe de bomberos del condado, Erik Brashear —contestó el sheriff mientras hacía las presentaciones.

—Encantado de verles de nuevo, señores. Jefe Brashear, ¿sabe ya si ha sido un incendio provocado?

—Es pronto para saberlo con seguridad, inspector. Pero, por lo descontrolado que está y por la intensidad del mismo, yo diría sin mucho temor a equivocarme que alguien ha usado algún tipo de acelerante químico. Sólo hemos tardado cinco minutos en llegar y ya estaba totalmente fuera de control. Tendremos que confirmarlo después pero mi primera impresión es que sí ha sido provocado —respondió el jefe de bomberos.

Andy meneó la cabeza. Esto olía cada vez peor. Y no lo pensaba solamente por el humo de la casa envuelta en llamas que tenía delante.

—¿Ha entrevistado ya a los vecinos? ¿Sabe si alguien ha visto algo fuera de lo normal, sheriff?

—No, nadie ha visto nada. Sólo...bueno, nada.

-No, dígame. ¿Qué sucede?

—Es Catherine McCallister. Una vieja chiflada que tiene la enfermedad esa de la basura. ¿Cómo se llama la enfermedad esa, Paul?

—Síndrome de Diógenes, jefe —respondió uno de los ayudantes.

—¡Eso es! Nunca me acuerdo de ese jodido nombre. Explícale al

inspector lo que te dijo.

—Vive cinco casas más arriba. Aquella amarilla —dijo uno de los ayudantes mientras señalaba con el dedo a un destartado caserón desvencijado—. Me dijo que vio un hombre joven con ropa de camuflaje salir por la parte de atrás segundos antes de que comenzase el fuego. Aunque la verdad es que yo no le haría mucho caso. Hace tiempo que a esa abuela se la ha ido la cabeza —terminó de decir el ayudante mientras hacía un gesto circular con el dedo índice alrededor de su sien.

—Menos mal que yo no soy usted. Me gustaría hablar con ella inmediatamente. ¿Sigue en la casa, o ha sido desalojada?

-preguntó Andy.

—¿Desalojada? ¡Casi me saca un rifle cuando le dije que tenía que salir! No, sigue allí. Es la única de toda la calle que se ha negado a irse de casa —contestó contrariado el sheriff—. Ha dicho que queríamos saquear su casa. ¡Vieja chiflada!

—terminó de decir el sheriff visiblemente enfadado.

—Iré a hablar con ella. Gracias caballeros —dijo Andy, que, tras ponerse de nuevo sus gafas de sol, se encaminó hacia la casa de la anciana.

Cuando entró en el jardín comprobó que las afirmaciones de los agentes se quedaban bastante cortas. Todo estaba totalmente desordenado, lleno de muebles viejos, cajas de revistas con más de veinte años y sacos llenos de ropa con agujeros. Era un auténtico basurero. Y sí aquél era su aspecto externo, no quería ni pensar lo que aguardaría en el interior. Respiró hondo y se preparó mentalmente para entrar en la casa. Se acercó a la puerta de la entrada y llamó al timbre.

—¡Ese condenado sheriff! ¡Ya se lo he dicho! ¡Menudo imbécil! -gritó una vieja voz chillona al otro lado de la puerta; ¡No voy a abandonar mi casa, estúpido! ¡No sé cómo voy a tener que decírselo! -terminó de decir la anciana al tiempo que abría la puerta principal y se quedaba sin habla.

—¿Señora Catherine McCallister? -preguntó Andy.

-Si, soy yo. ¿Quién demonios es usted?

-Buenos días. Soy el inspector de policía Anderson Harper,

de la oficina central de Augusta. Estoy a cargo de la investigación del asesinato de Ellen Cistar, su vecina de un par de casas más abajo. Me gustaría, si no le importa, hacerle algunas preguntas, señora McCallister.

—¿Ha dicho asesinato? ¡Lo sabía! Todos pensaban que fue un suicidio pero yo sabía que no. Ellen no haría algo así. ¡Malditos bastardos! Solo hablan y

hablan.

—Señora, ¿puedo pasar? -preguntó de nuevo Andy con la mayor suavidad que pudo.

La anciana dudó durante unos instantes. Luego, se hizo a un lado y terminó de abrir la puerta. Lo primero que sorprendió a Andy fue la limpieza de la casa. Todo estaba ordenado y en la casa reinaba un ligero aroma a cítricos y a canela. Catherine McCallister miró la cara de sorpresa de Andy y sonrió. Cerró la puerta y le hizo un ademán para que la siguiese, guiándole hasta la cocina. Con la mano, le indicó que se sentase y le acercó una taza de preciosa porcelana china. Después le puso al lado una cafetera con delicioso y humeante café y sacó de la alacena una tarta de limón y manzana. Todavía se respiraba en el ambiente ese olor a bizcocho recién hecho. Dibujó una sonrisa en el rostro mientras miraba a Andy.

—Supongo que se preguntará por qué hay tanta diferencia entre el estado del jardín y el interior de mi casa. Primero he de decirle que no soy una enferma, inspector –dijo la anciana mientras servía café en la taza del policía—. Simplemente no me gusta que venga nadie a casa a molestarme, salvo que yo le haya invitado previamente. Cualquier viuda de bien que se precie, patrulla de niños que vende galletas rancias o párroco local huye en cuanto ven ese jardín. A veces observo cómo entran dubitativos por el camino de grava y se dirigen hacia mi puerta. Entonces, me pongo ese viejo sombrero de paja que hay en el tocador de la entrada, me alboroto el pelo y salgo al porche, poniéndome a gritar como una endemoniada. ¡No sabe usted cómo corren despavoridos calle abajo!. Yo consigo calma y no necesito dar explicaciones a nadie. Es una buena forma de ahorrar mucho tiempo y energía en echar gente indeseable de tu casa, ¿No cree, joven?

—terminó de decir la anciana con una sonrisa en la cara.

Andy sonrió. La anciana le había caído bien desde el principio. Catherine cogió un platillo y le cortó un trozo de tarta, acercándole luego el plato. Miró con expectación la cara del joven inspector mientras este la probaba.

—Está deliciosa, señora McCallister –dijo Andy con la boca semillena—. Es la mejor tarta de limón que he comido jamás. Es impresionante.

—Lo sé. Es una receta secreta. Me la dio mi madre y a ella mi abuela. Lleva en mi familia generaciones –contestó la anciana con un gesto torcido—. Supongo que la receta morirá conmigo.

Andy sonrió y siguió comiendo. Dejó pasar unos instantes para que la tristeza se disipase.

—Señora McCallister, ¿conocía bien a Ellen Cistar?

-Cathy. Llámeme Cathy, por favor. Sí. La conocía bastante bien. De hecho, creo que era la persona que mejor la conocía del vecindario. Era una buena mujer. Y una persona muy agradable. Podría decir sin temor a equivocarme que era la única amiga que me quedaba con vida. Y creo que yo, para ella, ocupaba el mismo lugar. Nos entendíamos a la perfección porque las dos habíamos pasado por lo mismo. ¿De verdad que ha sido asesinada?

—Así lo creo, Cathy. Hay algunos puntos oscuros en este caso y este incendio no hace sino acrecentar mis sospechas.

—Bueno, por lo menos ya ha acabado su sufrimiento. Al fin podrá dormir tranquila y descansar en paz.

—¿Su sufrimiento? ¿A qué se refiere, Cathy?

—Ellen vivía atormentada, inspector. Era una persona que sufría desde que habría los ojos con las primeras luces del alba hasta que se acostaba de madrugada. Su alma no hallaba descanso en las 24 horas que tiene un día. Y no era para menos –dijo la anciana mientras hacía una pausa–. La desaparición de su hijo la estaba consumiendo.

Andy se quedó con la boca abierta. Ante su mirada de sorpresa la anciana siguió hablando.

—¿Cómo? ¿No lo sabían? ¡Pero si ustedes los del FBI lo saben todo! ¡Así hacen su trabajo, por el amor de dios! ¡Vaya forma de despilfarrar los impuestos del contribuyente!

Andy quiso corregir a la anciana aclarándole que él no pertenecía al FBI pero sabía que no era buena idea.

—Cathy, ¿podría contarme algo más sobre ese hijo de Ellen? ¿Cómo desapareció? ¿Y cuándo? -rogó Andy poniendo la mejor cara de niño bueno que pudo conseguir.

Después de gruñir un poco, la anciana prosiguió con su relato.

—Fue hace unos 9 o 10 años. El niño se llamaba Edward. Aunque desde

pequeño todo el mundo, incluidos sus padres, lo llamaron Eddie. Ellen me enseñó muchas fotos de cuando Eddie era niño y en todas se le veía como un chico fuerte y sano. Además era muy guapo. Tenía unos preciosos ojos color avellana y sonrisa de pícaro que lo hacían ser muy fotogénico. Ellen siempre decía que era la alegría personificada. Siempre estaba riendo y jugando. Ella siempre sonreía al contar las travesuras que hacía. Muchas veces se preguntaba a quién había salido Eddie con lo serio que era su padre.

—¿Quién era el padre?

—Creo que era teniente de los marines. Según Ellen era un hombre parco en palabras pero un buen marido. Nunca se fue de copas con los compañeros ni con mujeres de mala vida. Iba del trabajo a casa y de casa al trabajo y, dentro de su recio carácter, era afectuoso con su mujer y su hijo. Parece ser que estaba en las fuerzas especiales. En los SEALs, según recuerdo. Al parecer, en una misión en Oriente Próximo, su marido desapareció. A Ellen nunca le dieron muchas explicaciones. Ya sabe cómo funciona el tío Sam en estos asuntos. Una bandera plegada con una maldita medalla de latón pintado y una mísera pensión fue el premio a toda una vida de entrega y honor —dijo la anciana mientras hacía una pausa y daba un sorbo a su taza de café.

Andy entendía bien lo que quería decir. El también era un hijo de militar y la cúpula del ejército norteamericano no siempre estaba a la altura de sus soldados. La misma historia se repetía siempre una y otra vez. Distintas guerras, distintos protagonistas pero siempre el mismo final.

—Ellen, lejos de hundirse, se dispuso a luchar. Buscó trabajo y lo encontró. La contrataron de dependienta en unos grandes almacenes. El sueldo no era muy bueno pero, unido a la pensión de su marido, le hizo salir adelante. Eddie sufrió mucho la desaparición de su padre y al principio no encajó bien la noticia. Pero a medida que pasaba el tiempo fueron saliendo a flote. Todo empezaba a ir mejor y ambos empezaron a poco a poco a superarlo —dijo la anciana antes de detenerse un segundo mientras guardaba la tarta de nuevo en la alacena.

—¿Recuerda cuál era el apellido del marido de Ellen?

—Sí. Espere un segundo que haga memoria —respondió la mujer que se quedó pensativa en el dintel de la puerta—. Era como... ¡Norman! Al niño le pusieron el mismo nombre que tenía su padre. Se llamaba Edward Norman —contestó la anciana.

Cathy le hizo un gesto a Andy para que la siguiese. El inspector se levantó y siguió obediente a la anciana en dirección a la parte trasera de la casa.

Mientras paseaban por las habitaciones, Andy se fijó de soslayo en las fotos que había encima de una cómoda. En casi todas, Cathy posaba con un joven bastante apuesto y una niña. En la foto en la que la niña tenía más edad, no tendría más de 10 u 11 años. Andy, sin motivo aparente, se detuvo a observarlas. La anciana se paró y se giró. Cuando vio a Andy mirando las fotos, la tristeza embargó su rostro y, por un instante, pareció envejecer cien años.

—Mi marido y mi hija Amy. Ambos murieron en un accidente de tráfico. Un conductor borracho, que salió ileso, chocó con ellos de frente. Ese mal nacido estuvo un par de meses en el hospital y luego cuatro o cinco años en la cárcel. Murió hace ya algún tiempo de cáncer de pulmón. Sé que no está bien que piense así pero no pude evitar alegrarme cuando me entere de la noticia.

—Lo entiendo perfectamente. Por cierto, ¿en qué trabajaba su marido, Cathy?

—El también servía en el ejército. Era instructor de vuelo, y de los mejores, por cierto. No podía ser piloto de combate por una lesión deportiva en una rodilla. Era, además, un hombre muy guapo. Y de mi Amy, no sé qué contarle. Era la chica más dulce y cariñosa del mundo. Aplicada con sus estudios, era el fiel reflejo de la bondad. Cuando murió, hacía dos semanas que acababa de cumplir once años. Una madre nunca supera la muerte de un hijo, inspector Harper – terminó de decir la anciana con amargura.

—Andy, por favor. Llámeme Andy. ¿Por eso conectó tan bien con Ellen, verdad?

—Supongo. Ella me hablaba de su Eddie y yo de mi Amy. Ambas nos enseñábamos fotos y llorábamos juntas. Repasamos sus mejores anécdotas una y mil veces y fantaseábamos imaginando qué hubieran podido llegar a ser. Además, nuestros maridos eran militares y ambos murieron jóvenes. Teníamos mucho en común. Aunque ella siempre me recordaba que a diferencia de su caso, yo sí tenía un par de lápidas a las que llevar flores y en las que poder ir a llorar mi pena. Pobre Ellen –contestó la anciana con la mirada perdida mientras se giraba y seguía en dirección al salón.

Ambos prosiguieron y entraron en un coqueto salón decorado al estilo victoriano. Estaba, al igual que la casa, extremadamente pulcro. Cathy se sentó e invitó con la mano a Andy a hacer lo mismo. Una vez sentados, Andy volvió a preguntar.

—Pero, ¿cómo sabía Ellen que su hijo estaba muerto? ¿Llegó a aparecer el cadáver del chico?

—No. Nunca se encontró. Pero una madre sabe cuándo su hijo está muerto. No sabría decirle cómo ni por qué pero eso es algo que una madre sabe. El día que perdí a mi hija y a mi marido sufrí un leve desvanecimiento. Duró sólo unos segundos, pero cuando me recuperé supe que algo iba mal. Me acuerdo de la hora. Las seis y media de la tarde. Con el paso de los meses me atreví a leer el informe del atestado y vi con asombro que mi desvanecimiento coincidió con la hora exacta del accidente. Sé que pensará que es una tontería pero esto que le cuento sólo es capaz de entenderlo una madre. Ellen sabía que Eddie no estaba ya en este mundo. A mí, con el paso del tiempo, me confesó que lo supo desde el primer momento tras su desaparición. Ella siempre luchó por encontrar su cadáver porque siempre supo que su hijo ya no estaba con vida.

Andy suspiró meditabundo. Empezaba a darse cuenta que aquel rompecabezas no iba a ser sencillo de resolver.

—Siga, por favor.

—Durante medio año la policía y el FBI se esforzaron mucho. Los equipos de ambos cuerpos buscaron durante meses por todo el lago Michigan y cualquier zona boscosa en un radio de cien kilómetros a la redonda. No encontraron absolutamente nada.

—¿Lago Michigan? ¿Dónde vivían antes?

—En Chicago. Después de esos primeros meses se fueron eliminando agentes y medios, poco a poco hasta que se suspendió la búsqueda. Ellen siguió insistiendo. Iba todos los días a la sede del FBI y a la comisaría. Pidió reuniones e informes y se tiraba horas colgada al teléfono. Lo que al principio fueron buenas palabras e intenciones intachables se fueron convirtiendo en largas horas en la sala de espera para conversaciones de apenas dos minutos. “Nada nuevo” y “Sin novedad” era todo lo que le decían. Ellen se dio cuenta que la policía y el FBI se habían rendido.

Andy sabía bien de qué hablaba Cathy. Si en dos o tres meses no se conseguían buenos resultados, las autoridades perdían poco a poco el interés. Se iban eliminando efectivos hasta que se mandaba el caso a una sección especializada en crímenes sin resolver. Sólo en EEUU en la actualidad sigue habiendo unos 4000 menores desaparecidos.

—Ellen llegó incluso a acudir a la prensa. Aquello no sentó excesivamente bien en algunos despachos y tuvo el efecto contrario al deseado.

—Acabaron dejando la investigación, ¿no es cierto?

—Sí. Aunque no todo fue negativo. Hubo un inspector de policía que siguió la investigación por su cuenta.

—¿Le dijo Ellen el nombre de ese policía? ¿Lo recuerda?

—preguntó impaciente Andy.

—Era un apellido italiano. Guitini, Guerini, ....espere.

La anciana se levantó de su butacón y fue hacia un aparador que tenía enfrente. Abrió una portezuela y sacó un portafolios de color marrón. Lo abrió y empezó a hojear el primer folio, siguiendo las líneas del mismo con su dedo hasta que, de pronto, se detuvo.

—¡Guinetti! Paul Guinetti. Ellen lo apreciaba de verdad. Ese hombre hizo muchos esfuerzos. Solicitó a su superior que le disminuyese su jornada laboral para centrarse en el caso. Se veían todas las semanas y él le contaba sus avances. Aquello la mantuvo con vida en aquellos meses tan duros.

—¿Consiguió averiguar algo?

—Un par de meses después de comenzar, Guinetti empezó a avanzar en el caso. Según me contó Ellen, incluso albergó algunas esperanzas que llegase a resolverlo. Entonces, de repente, Guinetti murió. Fue encontrado sin vida en su casa. A Ellen le contaron que la autopsia revelaba que Guinetti había sufrido un infarto. Ella nunca lo creyó. Estaban detrás de algo muy grande. Él se lo decía. Tenía miedo y empezó a darse cuenta de que le seguían. Un mes antes de morir, comenzó a pasar algunas carpetas con información a Ellen. La muerte de Guinetti asustó a Ellen, que decidió mudarse. Malvendió su casa y aprovechó un antiguo amigo de su marido que le ayudó a cambiarse el nombre de casada por el de soltera. Luego, con el paso de los años, decidió venirse a vivir aquí.

—Esa carpeta marrón, ¿se la dio Ellen? -preguntó Andy señalando el portafolio.

—Sí. Siempre me dijo que si le pasaba algo fuese a la policía y se la entregase. Ella quería estar tranquila de que alguien seguiría investigando lo de su Eddie.

—¿Sabe los motivos por los que Ellen eligió Farmington para vivir?

—La verdad es que nunca me lo dijo. Pero siempre he pensado que se vino aquí por algún motivo relacionado con la desaparición. Aunque jamás me dio ninguna pista.

Aprovechando el silencio que reinaba en el ambiente, Andy se levantó. Tenía mucho por hacer. Debía ir Chicago. Si pudiese hablar con la familia de

Guinetti, puede que todavía guardasen notas o información sobre el caso. Y tenía que hojear con detenimiento la carpeta. Además, había quedado en el Harod's con el doctor Peter Tenway en una hora. Era el momento de irse.

—Cathy, siento mucho despedirme así pero es el momento de marcharme. Ha sido un placer hablar con usted. Le voy a dejar mi tarjeta. Si se le ocurre cualquier cosa que usted crea que es importante, no dude en llamarme. A cualquier hora. Por cierto, ¿le importa que me lleve la carpeta? Puede que contenga información importante.

—Sí, por supuesto. Pero tiene que prometerme algo.

-Si, ¿qué?

—Ha de encontrar el cuerpo de Eddie Norman y al mal nacido que esté detrás de todo esto. Ellen se lo merecía. Era una buena mujer —dijo Cathy mientras sus ojos se clavaban en Andy con un brillo especial.

—No se preocupe, Cathy. No pararé y no me detendré. Resolveremos esto cueste lo que cueste. Le doy mi palabra.

—Confío en que lo hará.

Andy dobló la carpeta y, como no abultaba mucho, la

guardo en la parte interior de su chaqueta. Salió de la casa y vio cómo se acercaba hasta ella el sheriff Hanson. Justo cuando atravesaba la valla, se encontraron.

—Menos mal, inspector. Ya empezábamos a pensar que la vieja McCallister le había hecho picadillo y le había echado de comer a los gatos —dijo el sheriff con sorna.

—Casi. Es una mujer peculiar.

-Y bien, ¿le ha contado algo?

-Nada de interés, la verdad.

El sheriff Hanson no observó la silueta de una carpeta que se dibujaba en el lateral de la chaqueta de Andy. Luego bajaron la calle hasta lo poco que quedaba de la casa de Ellen. El fuego estaba prácticamente extinguido. Se pusieron protectores de plástico en los pies y se acercaron al jefe de bomberos, que estaba en lo que fue probablemente la cocina de la casa.

—Jefe Brashear, ¿me puede confirmar ya si fue o no provocado?

—Sí, inspector Harper. Se lo puedo confirmar al 99%. He encontrado restos de acelerante por toda la casa, probablemente gasolina o algún otro tipo de combustible. Y fíjese —dijo Brashear cogiendo el tubo chamuscado del gas de un montón de chatarra quemada que parecía haber sido en algún momento una cocina de cuatro fogones—, el corte de este tubo se hizo de manera

artificial, con un cuchillo o una sierra. Tendremos que analizar bien todas las pruebas pero todo indica que fue provocado.

—Gracias, jefe. Mándeme en cuanto pueda su informe preliminar. Si se da cuenta de algo más, avíseme a este teléfono. Hasta luego —dijo Andy al tiempo que le entregaba una tarjeta al jefe de bomberos y se daba la vuelta. El sheriff Hanson le seguía al trote.

—¿Quién habrá podido hacer algo así?

—No lo sé. Lo averiguaremos. Gracias por todo, sheriff Hanson. Y, por favor, ponga vigilancia a lo que queda de la casa de Ellen Cistar. El equipo forense llegara en cualquier momento. Estaremos en contacto —dijo Andy al tiempo que estrechaba la mano del sheriff para después darse la vuelta en dirección a su coche.

—Hasta luego, inspector Harper.

Andy, ya de espaldas, levantó el brazo a modo de saludo. Fue a su coche y se subió a él. Eran las 7 y diez minutos. Tenía 50 minutos para llegar al Harod's, donde había quedado con Peter Tenway. Arrancó el coche y se dirigió hacia allí como una exhalación. Al salir de la calle no se fijó en la extraña figura que, sentada en un banco cercano, había observado tranquilamente toda la escena sin perderse el más mínimo detalle.

## *Capítulo 4*

### *Un paseo por el lago*

Peter se sentó unos segundos en un cómodo sillón situado en una esquina de la cocina. Había terminado de recoger todo lo que habían ensuciado. Mientras esperaba impaciente que la cafetera arrojase su preciado líquido en su taza, pensó con calma en el lío que se estaba metiendo. Podría haber hecho el informe con lo que ya sabía y haber aclarado en el mismo la falta de información del programa RESLIAS. Ya estaría firmado y entregado y, en estos momentos, se encontraría haciendo la maleta para salir hacia Portland en vez de estar preparándose para dedicar media tarde buceando entre papeles viejos, polvo y suciedad en un sótano con olor a moho. Se puso un café doble bien cargado y se fue a su dormitorio. Arregló un poco la habitación. Se lavó los dientes y se afeitó. Luego se vistió con un pantalón de color caqui y un polo deportivo de color gris. Cogió su americana y fue al garaje. Nada más montarse en el coche pensó en que sería buena idea llamar a Rosanne, por si podía pasarle el teléfono de su amiga. Llamó al hospital y no le fue difícil conseguir su número. Marcó el número de Rosanne y después de tres tonos, alguien descolgó.

—¿Dígame? -preguntó una reconocible sensual voz femenina

—¿Rosanne? Hola, soy Peter. El doctor Peter Tenway. El anestesista.

—¿Doctor Tenway? ¿Cómo ha conseguido mi número?

—preguntó Rosanne más sorprendida que enfadada.

—Eh, bueno, vera...he llamado al hospital. Rubin Murray, el jefe de personal, es un buen amigo mío. Él me ha dado su número. ¿Le molesta?

—¡Ah, no! Esté tranquilo, doctor Tenway. De hecho, estoy encantada de que me llame.

—Peter, por favor. Llámame Peter.

—De acuerdo. No me importa, Peter —dijo Rosanne, que probablemente se estaba poniendo colorada incluso por teléfono.

Peter tenía 39 años, medía 1,80 metros y pesaba unos 75 kilos. Era rubio y, aunque no tenía un cuerpo excesivamente modelado, solía ir al gimnasio con asiduidad. Unos ojos color azul intenso y un par de graciosos hoyuelos en la barbilla le hacían irresistiblemente deseado. A todo esto se le unía que además era educado, amable y extrovertido. Por no hablar de su buena posición económica y social. Era una pieza muy codiciada en el hospital. Peter sabía

eso y, aunque no le gustaba, iba a usarlo a su favor.

—Mire Rosanne, no me malinterprete pero necesitaría el teléfono de su amiga.

—¿Qué amiga?

-Con la que hablaste anoche y que trabaja en el St. Joseph. La policía me ha pedido un informe completo y necesito ir allí haber si soy capaz de encontrar el maldito historial psiquiátrico de la paciente que operamos de urgencia anoche. Nunca he estado y era por si ella me podía hacer de guía. Piense que así ya no le deberé sólo una copa sino además también una cena. ¿Qué le parece?

Rosanne mordió el anzuelo. Aceptó confiada y le pidió que esperase un minuto. Llamaría a su amiga a ver si la convencía para ayudarle y luego lo volvería a llamar. Peter esperó en el coche pacientemente. Solamente un par de minutos después Rosanne le daba a Peter el teléfono de su amiga. Se llamaba Claire. Le confirmó que estaría por el hospital hasta las seis. Peter le dio las gracias y quedó en llamarla para salir el próximo fin de semana.

Arrancó su coche y condujo hasta salir de Waterville. Tomó la autopista en dirección Augusta y luego se salió en el desvío que lo llevaría hasta Belgrado, un pequeño pueblo en cuyas cercanías estaba construido el hospital psiquiátrico. Fundado por colonos europeos en torno a 1770, recibió su nombre debido a que la mayoría de sus fundadores provenían de la capital báltica, por lo que, con el fin de honrar sus raíces, decidieron bautizar con el mismo nombre a su nueva ciudad. Tenía alrededor de tres mil habitantes y se hallaba rodeado por una serie de prístinos lagos donde se desarrollaban multitud de actividades deportivas y de ocio. Agricultura, pesca y turismo ecológico eran los pilares sobre los que se sostenía aquel pequeño pueblo. Peter había estado varias veces allí. De hecho, estuvo a punto de comprar allí su casa cuando consiguió trabajo en Augusta. Pero justo cuando estaba a punto de hacerlo, unas graves inundaciones lo devastaron todo. Peter presintió que aquello era un aviso y decidió buscar otro lugar donde ir a vivir. Y así fue cómo encontró su casa en Waterville. Mientras conducía por sus serpenteantes carreteras, Peter bajo la ventanilla del coche, dejando que la fresca brisa entrara por su ventanilla.

Cuando se quiso dar cuenta, había llegado a las puertas del complejo. El hospital St. Joseph estaba encima de una colina aproximadamente a un kilómetro al este de Belgrado. Era un antiguo complejo vacacional remodelado y compuesto por varios edificios de estilo colonial clásico. Un

muro de unos tres metros de altura rodeaba todo el centro, en su mayor parte disimulado por abundante vegetación. La propiedad debería medir varias hectáreas. Tenía un edificio central donde estaban las oficinas y los despachos administrativos. Luego había una serie de pabellones donde se ingresaban a los pacientes según patologías, nivel de agresividad, tiempo de ingreso y sexo. Existía además un edificio que albergaba una pequeña cafetería y un pequeño supermercado donde el personal y los enfermos podían comprar algunos enseres de primera necesidad. Otro de los edificios, más al norte, acogía un club social donde los pacientes llevaban a cabo todo tipo de actividades. En un lateral de la entrada había una garita y una pequeña estructura de unos 80 metros donde se alojaba el personal de seguridad. El resto del complejo alternaba jardines y huertos, que eran cuidados por los propios enfermos. En la parte sur, anexada al muro exterior que rodeaba todo el complejo, estaban las cocinas. Peter conocía bien el lugar. Había asistido a un par de charlas allí. Cuando llegó a la garita, detuvo su coche y bajó el cristal de la ventanilla.

—¿En qué puedo ayudarle? - preguntó el guardia escudriñando a Peter.

—Hola, buenas tardes. Soy el doctor Peter Tenway. Soy anestesista en el County General. He venido aquí porque he quedado con una amiga. Es enfermera y se llama Claire Fontaine.

—¿Tiene usted alguna identificación, doctor Tenway?

—Sí, un momento –dijo Peter mientras rebuscaba en su cartera–. Sí, aquí está. Ésta es mi tarjeta del County –terminó de decir Peter mientras alargaba la mano hacia el guardia.

—Espere un segundo. Voy a comprobarlo –dijo el guardia.

El guardia se metió dentro de la garita. Después de comprobar algo en un libro, llamó por teléfono. Tras hablar durante unos instantes, colgó. Luego salió y fue directo hacia el coche de Peter, que aguardaba impaciente.

—Aquí tiene, doctor Tenway. Siga la línea azul marcada en el suelo y le llevara directo al aparcamiento del edificio principal. Allí le espera la señorita Fontaine. Gracias por su colaboración –terminó de decir el guardia mientras entregaba a Peter su carnet.

—De nada.

Una vez levantada la barrera, Peter siguió la línea y se dirigió al aparcamiento. Detuvo el coche debajo de un enorme olmo y se bajó. Todo estaba igual a como lo recordaba. Miró hacia el edificio principal y observó a una mujer de unos 40 años y con ligeros problemas de obesidad custodiando la entrada. Se acercó a ella al ver que agitaba vigorosamente el brazo.

—¿Claire? ¿Claire Fontaine? -pregunto Peter con dudas.

—¿Peter? ¡Dios mío! Ahora entiendo los nervios de Rosanne. ¡Menuda pieza ha cazado! -dijo Claire obviando que Peter estuviese delante— Sí, yo soy Claire. Encantada. Bueno, bombón, ¿quieres que te enseñe un poco esto?

—Sí, claro. Me encantaría —mintió Peter.

—Venga, vamos. Pongámonos al día. ¡Vaya suerte que tiene Rose últimamente!

Durante la siguiente media hora Claire aburrió a Peter enseñándole hasta el último rincón del complejo. Era al parecer algo así como la responsable de enfermería en el turno de tarde y le gustó demostrarlo con cada trabajador con el que se cruzaron en aquel anodino paseo. A todos les recriminaba algo y no siempre de la manera más educada. Le estuvo preguntado sin ningún tacto por su relación con Rosanne y cómo se habían conocido. Peter no mintió en nada pero no dijo tampoco toda la verdad. Se limitó a omitir las partes que no le interesaban. Tras media hora interminable, Peter reconoció el problema que tenía con el historial de Ellen y le pidió visitar el archivo.

—Por cierto, ¿sabías que Rose y yo tenemos un pacto por el cual ambas seremos damas de honor en nuestras futuras bodas?

—Pues no. Lo cierto es que no lo sabía.

—Sí. Somos íntimas desde que éramos niñas. Y ahora ella se me ha adelantado. ¡Menuda arpía esta hecha!

Peter forzó una sonrisa.

—Claire, no quiero que te ofendas pero ¿podríamos ir al archivo? He quedado con el inspector a las ocho y todavía tengo que acabar ese maldito informe. Voy muy justo con el tiempo.

—Por supuesto. Tranquilo, nos dirigimos allí en este momento. No te puedo decir que no ahora que eres el novio de mi mejor amiga. ¡Y menos con esos preciosos hoyuelos! ¡Qué guapo eres, por Dios! -dijo Claire al tiempo que le pellizcaba el mentón.

El archivo estaba en el sótano del edificio de administración. Claire le guió por las entrañas de la estructura hasta llegar al segundo sótano. El olor a humedad y moho era similar al de una vieja iglesia. Se detuvieron delante de una doble puerta de roble macizo. En el lateral había un cartel que ponía “Archivos generales. Hospital St. Joseph”. Claire sonrió y sacó un manojito de llaves.

—Alguna ventaja tiene ser jefa de enfermeras. Cuidado, esto estará lleno de polvo –dijo Claire al tiempo que metía una llave en la cerradura y la hacía girar.

Empujaron la puerta con dificultad y encendieron la luz. Una larga fila de fluorescentes parpadearon somnolientos. Vieron una enorme estancia, de unos sesenta metros cuadrados, abarrotada de ficheros. El polvo y la suciedad lo inundaban todo. La verdad es que era mejor que todo aquello se informatizase en vez de estar allí cogiendo polvo. Claire le pidió a Peter que le recordara el nombre de la paciente.

—Cistar. Ellen Cistar.

—Bien. Si no recuerdo mal la encontré en este fichero de aquí.

Buscaron con paciencia la carpeta de Ellen. Cuando la encontraron vieron que efectivamente estaba vacía. Peter se rascó la cabeza.

—Ya se lo dije a Claire. Aquí no hay nada.

—Lo normal sería no encontrar la carpeta pero ¿encontrarla sin nada dentro? Todo esto es muy extraño.

—La verdad es que sí. Se están informatizando los archivos para el programa RESLIAS, pero todavía van por los apellidos que empiezan por B. Es un poco raro.

-Sí que lo es. Si quieres podemos irnos. Aquí va a ser imposible encontrar nada.

—Perfecto. Así podemos ir a la cafetería y te podré invitar a una taza del magnífico té que hacen nuestros pacientes. Realizan todo el proceso. Lo siembran en el invernadero, lo secan y lo muelen. Es una maravilla.

—Seguro que está espectacular y sé que es abusar de ti pero, ¿sería posible hablar con el psiquiatra que se encuentre de guardia? A lo mejor él sabe algo acerca de los documentos de Ellen –preguntó Peter al tiempo que lucía su mejor sonrisa.

La risueña enfermera torció el gesto ligeramente. Luego sonrió con falsedad.

—Supongo que sí. Aunque esta tarde está de guardia el doctor Blend. Es el nuevo psiquiatra que ha contratado el hospital. Sustituye al doctor Herrero.

—¿El doctor Herrero ha sido cesado?

-¿Lo conoces?

—Sí, vagamente. Coincidimos en una charla y me lo presentaron. Parecía un buen tipo.

—Es una magnífica persona. Fue despedido hace unos meses. Pero la verdad es que nadie sabe el porqué. Era un gran psiquiatra y un hombre muy educado. Todos lo queríamos mucho —respondió Claire con sinceridad—. Venga Peter, vamos al despacho de arriba a ver al doctor Blend. Como siga aquí mucho tiempo mi alergia empezará a hacer de las suyas.

Salieron del archivo y cerraron la puerta. Subieron hasta la primera planta y fueron hasta el despacho del médico. Claire le indicó a Peter que esperara para que primero entrase ella a hablar con el doctor y le explicase la situación. Un minuto después, Claire se asomaba y le hacía gestos para que pasase. Peter entró en el despacho. Era una estancia austera. Una camilla, un pequeño carro para hacer curas y reconocimientos, un armario que hacía las veces de botiquín y un viejo escritorio de caoba tras el cual se sentaba el doctor Blend eran los enseres más importantes. Blend debía tener alrededor de unos 35 años. Tenía un aspecto jovial y debajo de su bata de médico llevaba una alegre camisa de cuadros de colores chillones. Se levantó y estrechó la mano de Peter.

—¿Qué tal está, doctor Tenway? Ya me ha comentado Claire que necesitaba preguntarme un par de cosas sobre una antigua paciente. Espero poder ayudarle, aunque lo cierto es que no llevo mucho tiempo aquí. Usted dirá —dijo el doctor Blend mientras se volvía a sentar en su sillón.

—En primer lugar gracias por atenderme. En segundo lugar —dijo Peter mientras miraba a Claire— te tengo que pedir que nos deje a solas. Voy a hablar sobre datos confidenciales de una paciente. Es mejor que esta conversación quede entre el doctor Blend y yo. Gracias Claire, se que cómo profesional lo entiendes —terminó de decir mientras le sonreía a la enfermera.

Claire se quedó un poco sorprendida e indignada al mismo tiempo. Luego dibujó una ladina sonrisa y se acercó a Peter.

—Claro que sí, Peter. Ya nos veremos. Otro día tomaremos ese té. Saluda a Rosanne de mi parte. Espero que sepas llegar a tu coche. Si tienes algún problema, avísame, ¿de acuerdo?

—respondió Claire evidentemente enfadada al mismo tiempo que le plantaba dos ruidosos besos en las mejillas— Hasta luego, doctor Blend.

Claire salió dando digno portazo. Peter miró a Blend que tenía cara de circunstancias. Luego comenzó a hablar.

—Necesito toda la información que pueda darme sobre una paciente que ha estado aquí ingresada. Su nombre es Ellen Cistar. He buscado con Claire su historial en el archivo y ha desaparecido —pidió Peter de manera cortés.

—¿Desaparecido?

—Sí. Estaba la carpeta pero en su interior no había ningún documento.

—Y, sin que se ofenda, ¿para qué quiere usted nuestro historial de una paciente? Según me ha dicho Claire, es usted anestesista del County General. ¿Para qué le hace falta?

—preguntó Blend.

Peter explicó con brevedad la llegada a urgencias de Ellen Cistar y su posterior intervención quirúrgica a vida o muerte. También le contó la exigencia por parte de la policía de que el informe fuese lo más completo posible.

—Por eso necesito una copia de su historial. Si le supone un problema les puedo decir que vengan ellos a buscarlo. Blend se quedó mirando pensativo a Peter.

—Lo siento, Peter. No se ofenda pero lo cierto es que no se cómo ayudarle. Puede que ya se hayan llevado su historia para introducirla en RESLIAS. O que algún médico residente la haya cogido para hacer un estudio. Desconozco su paradero, y sobre la paciente tampoco le puedo ser de más ayuda. No la conocí ni sé nada sobre su historial. Y si no está abajo, no sabría ni por dónde empezar —respondió Blend.

Peter resopló. No sabía qué hacer. No quería llevarle malas noticias al inspector Harper. De repente, se le ocurrió una idea.

—¿Y si me da el teléfono del Dr. Herrero? El estuvo aquí bastante tiempo y seguramente sí la conozca. Tampoco necesito un historial completo. Si me explica por encima sus trastornos, sería para mí más que suficiente. ¿Podría darme el número del doctor Herrero? —rogó Peter.

Blend dudaba. No sabía si podía darle un número de antiguo médico a un desconocido.

—Lo siento, Dr. Tenway. No me está permitido. Supongo que lo entenderá. Será mejor que llame mañana por la mañana y hable directamente con el director del centro. Llevó poco tiempo y es mi primer trabajo. No quiero tener problemas. O incluso creo que podría buscarlo en la guía. No creo que haya muchos doctores que se apelliden Herrero en el Estado de Maine.

-Sí, supongo que podré encontrarlo por ahí. Tranquilo, doctor, lo entiendo. Yo en su situación hubiese hecho exactamente lo mismo. Muchas gracias por su tiempo –dijo Peter a modo de despedida al tiempo que se levantaba y estrechaba la mano del joven psiquiatra.

Peter salió del despacho y empezó a bajar la escalera. Eran las 7 y media. Debía darse prisa o no llegaría a tiempo a su cita con Andy. Y eso era lo último que quería.

Se montó en su coche y salió a toda velocidad del complejo. Iba tan concentrado en llegar pronto al pub donde habían quedado que no se dio cuenta de que un Cadillac negro salía de la cuneta y lo empezaba a seguir.

## *Capítulo 5 Sala de urgencias*

Andy aparcó el coche delante del Harod's. Era un bar deportivo, con tres pantallas gigantes donde la gente iba a ver el fútbol o el béisbol mientras se emborrachaba con cerveza y comía patatas rancias. Tenía una veintena de mesas y todo su interior era de madera. Fue directo a la barra y una camarera se le acercó.

—¿Qué es lo que quieres ricura? -preguntó la camarera, que debía rondar los cincuenta años.

—Una Budweiser, por favor –respondió Andy.

La camarera asintió y sacó una botella de cerveza de la nevera. Se la abrió y la dejó delante de Andy, que sacó un billete de diez dólares y lo dejó encima de la barra. Luego se levantó, cogió su botella y se fue a una de las mesas situadas en el rincón, lejos de todos. La bebió despacio, sin prisas. Pocas cosas en la vida superaban el poder tomar una cerveza bien fría después de un duro día de trabajo. Mientras la saboreaba miró el reloj. Las 20:10. El doctor se retrasaba.

Cinco minutos más tarde Andy apuró su primera cerveza. Levantó la mano para llamar la atención de la mujer de la barra. Cuando la mujer se dio cuenta y lo miró, Andy le pidió por señas otra botella. Instantes después la joven camarera que atendía las mesas se acercaba a Andy con su bebida. Retiró la botella vacía y colocó la nueva en su lugar. Andy sacó otro billete de diez y se lo dejó a la camarera en la bandeja. Era una chica joven de unos 24 o 25 años. Sonrió a Andy y soltó un papel junto a la botella. Andy miró la nota: era un número de teléfono. Andy sonrió de manera cortés. La camarera se ruborizó.

—Por si necesita algo más.

—Gracias –contestó Andy mientras guardaba el papel con el número en el bolsillo de su gabardina.

La chica se dio la vuelta y se fue, sonriendo como una colegiala. Cuando la segunda cerveza estaba casi liquidada, su móvil sonó. Eran las 20:25.

—Inspector Harper al aparato.

—Buenas noches, inspector. Soy Eleanor Rosenwood, médico de urgencias del County General. Le llamo para informarle que el doctor Peter Tenway ha tenido un accidente y está aquí, ingresado en urgencias.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Se encuentra bien? ¿Cuándo ha pasado? – bombardeo a preguntas Andy con preocupación.

—Tranquilo inspector. Se encuentra bien y fuera de peligro. Sólo está magullado y un poco asustado. Al parecer y según nos ha contado, un coche lo ha echado de la carretera. Ha insistido en que le avisemos.

—Voy para allá. Gracias doctora —dijo Andy al tiempo que colgaba el teléfono.

Se levantó y salió como alma que lleva el demonio. Se montó en el coche, encendió la sirena y salió lanzado hacia el hospital. La situación se hacía cada vez más compleja.

Veinte minutos más tarde, Andy se bajaba de su vehículo y se encaminaba hacia la entrada de urgencias. El County General era el hospital de referencia de todo el condado. Estaba situado a las afueras de la ciudad. Su predecesor, un precioso edificio de ladrillo de cuatro plantas, estuvo situado en pleno centro de Augusta. Este era tan antiguo que decidieron que era mejor construir uno nuevo en las afueras antes que rehabilitar el viejo. De eso hacía casi diez años. El nuevo hospital estaba en una inmensa llanura, con muchas zonas verdes alrededor. Había un pequeño pero frondoso bosque de pinos en su parte posterior. Tenía un aparcamiento subterráneo de dos niveles y el edificio contaba con seis plantas. Las estancias eran amplias y luminosas. Se construyó incluso un ala lateral que se dejó cerrada y preparada por si algún día era necesario una ampliación. Era un buen hospital.

Andy se fue directo al mostrador de urgencias, sacó su placa y preguntó por Peter. Una joven se giró al escuchar el nombre de Peter y se acercó a Andy.

—Buenas noches, inspector. Soy la doctora Rosenwood. Hablamos antes por teléfono —dijo la joven—. Está en una habitación aparte. Venga conmigo, por favor —terminó de decir la doctora.

Andy siguió a la joven por un largo pasillo. Luego se detuvieron delante de una habitación, la 113. La doctora golpeó con suavidad con los nudillos.

—Peter, está aquí el inspector Harper. ¿Podemos pasar?

—Sí, sí, pasad —respondió la voz de Peter desde el otro lado de la puerta.

Entraron y vieron a Peter sentado en la cama. Tenía el torso desnudo y una enfermera estaba quitando los electrodos del pecho. La enfermera le alargó a la doctora una tira con el electrocardiograma que acababa de salir de la impresora.

—Aquí tiene, doctora.

—Perfecto. Gracias Mary —dijo la doctora Rosenwood al tiempo que lo cogía—. Haber qué tal está tu motor, Peter.

Después de observar el registro durante unos segundos le pasó el papel a Peter y éste lo desestimó con una sonrisa. Andy, desde una esquina de la habitación, observaba en silencio.

—Bueno Peter, todo está correcto. Iré a prepararte los papeles del alta. Volveré en unos minutos.

—Gracias, Eleanor. Te lo agradezco. Tengo ganas de irme a casa —contestó Peter con la fatiga reflejada en su mirada. La médica salió dejando a Peter y Andy a solas.

—Lo siento. Todo esto es culpa mía —empezó a decir Andy tras unos instantes de silencio.

—¿Pero qué dices? No es culpa suya, inspector...Andy. No has tenido nada que ver. No entiendo cómo puedes tener la culpa porque suceda algo así.

—No deberías haber ido al St. Joseph. Era asunto de la policía. No debí permitir que fueses. De haberte quedado en casa no te habría pasado nada. Si quieres interponer una denuncia contra mí, lo entenderé —contestó Andy.

—¿Una denuncia? ¿Acaso te has vuelto loco? ¡Bobadas! Hubiera ido a St. Joseph para poder finalizar mi informe de todos modos. Nunca sabemos dónde está el peligro.

—¿Cómo ha ocurrido?

—Salí rápido del hospital porque eran las siete y media pasadas. Había quedado contigo y no me gusta llegar tarde. No llevaría ni dos kilómetros desde que salí del St. Joseph cuando vi un coche negro que me seguía.

—¿Pudiste reconocer coche y modelo? —preguntó Andy con calma mientras sacaba su pequeño bloc de notas del bolsillo de la chaqueta.

—Creo que era un Cadillac. No sé el modelo porque no entiendo mucho de coches. Lo único que sé es que no era un coche moderno. Sus formas eran de los años 60 o 70. Aunque lo cierto es que no estoy seguro.

—Continúa, por favor —animó Andy.

—Se mantuvo a una distancia prudencial, unos 100 metros más o menos. Entramos en la carretera que bordea el lago Penney. De repente, aceleró y se dispuso a adelantarme. No me extrañó. No me gusta correr y pensé que era de ese tipo de conductores inquietos que no soportan ir detrás de otro coche más de un minuto. Yo invadí un poco el arcén para facilitarle la maniobra. Cuando estaba a mi altura, me tocó el claxon y le miré. Tenía sus espejos tintados y no pude ver a nadie. De pronto, justo al llegar a una curva se me echó encima. Yo viré con brusquedad para evitar el choque y me salí de la carretera. No pude controlar el coche y me estrellé contra un cenagal en el lago. Pude salir por los

pelos antes que mi coche se hundiese. Cuando conseguí llegar a la orilla, volví la vista a la carretera. El otro coche se había esfumado.

Andy se puso de pie y comenzó a dar vueltas por la habitación. Primero un desconocido quema la casa de Ellen. Al mismo tiempo, a un buen puñado de kilómetros de distancia, alguien echa de la carretera a Peter al salir del psiquiátrico tras seguir con la investigación del historial médico. Demasiadas casualidades juntas. Andy sabía que cuando esto ocurría era porque alguien no desea que se investigue más el tema.

—Voy a hablar con la central. Solicitaré que te pongan protección. Creo que hemos enfadado a alguien y te he puesto en peligro.

—¿Protección? ¿Pero de qué demonios hablas? -exclamó Peter.

—Sí. Alguien puede ir a por ti. Será sólo por unos días, hasta que desenrede todo este embrollo.

-Andy, por el amor de Dios ¿No crees que estas exagerando? - preguntó Peter con vehemencia.

Andy le negó con la cabeza. Luego con un hilo de voz, le relató a Peter lo sucedido con la casa de Ellen Cistar. No le contó nada de lo que había hablado con la señora McCallister. Después de acabar la exposición de Andy, Peter se quedó con la boca abierta. Durante unos segundos ambos se miraron.

—Me da igual. No quiero una niñera con placa metido en mi casa.

—No es negociable. Yo me tengo que ir mañana de la ciudad por temas de la investigación y no te voy a dejar expuesto. Es mi última palabra.

Peter frunció el entrecejo. Luego se sentó de golpe en la camilla.

—Tengo una idea. Tú me has metido en esto, ¿no es cierto?

—preguntó Peter con una maliciosa media sonrisa.

—Sí, eso me temo.

—Yo no quiero un extraño en mi casa. Y tú eres el responsable de la situación y quien debería velar por mi seguridad hasta que esto acabe. Pero como te vas, no puedes hacerlo, ¿no es cierto?

—Así es –contesto Andy intuyendo que no le iba a gustar lo que vendría a continuación.

-Yo tengo unos diez días de vacaciones. Así que, como aquí no estoy seguro, iré contigo. Así podrás protegerme, señor inspector, y yo podré disfrutar de mis días de descanso.

—Pero, ¿Qué estás diciendo? ¿Estás loco o qué te pasa?

-exclamó Andy- Creo que te has debido golpear la cabeza en el accidente más fuerte de la cuenta. Eso es imposible. No voy a exponerte a una situación más peligrosa. Además, no sé lo que puedo encontrar durante mi investigación.

—Me da igual. Estoy en peligro igualmente, me quede o me vaya. Prefiero irme. En general siempre he desconfiado de la policía pero en cambio tú me transmites seguridad. No se cómo explicarlo pero cuando estoy contigo estoy mucho más tranquilo. Déjame ir contigo, por favor.

Al inspector Harper no le gustaba el cariz que estaba tomando el asunto. Podían expedientarlo. Miró a los ojos a Peter. Aquellos vivos ojos azules relampagueaban mientras le observaban. Andy siempre había sido un oficial modélico. No se podía creer lo que estaba a punto de hacer. Suspiró pesadamente. Mierda.

—¿Entiendes que no puedo asegurar que no te vaya a pasar nada, verdad? No sé que nos vamos a encontrar.

—Si quieres puedo hasta firmarte un documento que te exima de cualquier responsabilidad, señor inspector. Andy suspiró de nuevo.

—Está bien, Peter. Si vienes será bajo tu cuenta y riesgo. Te pondré sólo una condición. Me obedecerás en todo lo que te pida que hagas sin hacer preguntas. Si te pido que te quedes en el coche tres horas, deberás hacerlo. Me pueden sancionar si se enteran que un implicado en la investigación viaja conmigo haciendo turismo. No serán más de dos o tres días. No esperes que sea excitante. Va a ser un completo aburrimiento. ¿De acuerdo? -preguntó Andy adelantando la mano.

—De acuerdo, Andy —dijo Peter al tiempo que estrechaba la mano del inspector sellando el pacto entre caballeros.

Un momento después entro la doctora Rosenwood con los papeles del alta. Peter los firmó y agradeció a la joven doctora sus cuidados. Ella salió, dejando a Peter un pijama viejo del hospital encima de la cama. Peter se levantó y empezó a desnudarse delante de Andy.

—Te esperaré fuera —dijo Andy, que salió de la habitación con prisas ante la desnudez del anestesista.

Quince minutos más tarde estaban montados en el coche del inspector. Iban a casa de Andy a recoger algo de ropa. Habían decidido ir a dormir a casa de Peter para salir temprano a primera hora de la mañana siguiente. Peter tuvo la idea y Andy no quiso discutir. La casa del inspector estaba muy cerca del County. No llevarían más de 2 o 3 minutos en el coche cuando se detuvieron en un edificio de cuatro alturas situado en el número 25 de la calle Green.

Después de parar el motor, Andy le pidió a Peter que se quedase en el coche.

—Serán sólo 5 minutos. Cogeré tres mudas de ropa y poco más. Mantén los ojos bien abiertos. Enseguida bajo.

—De acuerdo. ¿Te parece bien que mientras llame para pedir comida china? Podemos recogerla de camino. Estoy muerto de hambre.

Andy afirmó con la cabeza al tiempo que cerraba la puerta del coche. Subió a su casa, abrió la puerta y entró. Era un pequeño apartamento de unos 70 metros cuadrados. No era un piso enorme y lujoso pero estaba bien para un soltero. La señora Owen, su casera, no le había subido el alquiler en años. Como a casi cualquier anciana le encantaba tener a un policía viviendo en su edificio. Tenía una cocina que no era demasiado grande que se comunicaba con un pequeño patio que hacia las veces de lavadero. Entró y fue al armario situado encima de la secadora. Cogió su vieja bolsa de deporte y se fue al dormitorio. Al pasar por el salón vio lo desordenado que estaba. Cuando regresase tocaba limpieza, sin duda. Entró en su cuarto y cogió varias mudas con rapidez que tiró de cualquier manera en la bolsa. Fue al baño y abrió el neceser, echando dentro su cepillo de dientes, un bote de pasta, la maquinilla de afeitar y algo de colonia. Por último fue al armario que estaba en el otro dormitorio y que hacia las veces de despacho. Lo abrió y levantó una tabla suelta que tenía detrás del último cajón. Recogió de su particular caja de seguridad dos cargadores de su pistola y 800 dolares. Empezó a colocar la tabla en su lugar cuando rectificó y la levantó de nuevo, cogiendo otro cargador más. Mejor que sobren balas. Cerró la bolsa y salió del piso, echando antes el cerrojo.

Se alejó del edificio y se fue directo al coche. Se montó justo cuando Peter colgaba su teléfono móvil. Se acomodó, tiró la maleta de deporte a la parte trasera, se puso el cinturón y arrancó el vehículo. El Ford Explorer Interceptor ronroneó como un gatito. Un par de minutos después estaban en la autopista de camino a Waterville, directos a casa de Peter.

—Sal por esta salida. Por aquí llegaremos antes al restaurante chino. El Ku-bak de gambas con salsa de ostras es una delicia.

—De acuerdo. ¿Cómo se llama el restaurante?

—Se llama “El jardín del sol”. Tienen también comida japonesa y sushi. He pedido un poco de todo.

—A ver si no conseguimos levantarnos mañana de la cama – dijo irónico Andy.

—Sí, tranquilo. El truco está en no comer mucha salsa de soja. Seguro que

podemos levantarnos. Por cierto, ¿Cuál es nuestro plan para mañana?

—Mi idea es ir primero a Boston. Tengo allí un amigo que trabaja en el FBI y que me debe un favor. Espero que haya conseguido alguna información valiosa.

—¿Boston? Hace mucho tiempo que no bajo por allí. Podríamos ir a comer al Legal Sea Foods que hay en el puerto de la ciudad. Sus bocadillos de langosta con mayonesa de azafrán son realmente espectaculares.

—No sé si podremos. Ya te he dicho que esto no es un viaje de placer. La prioridad es encontrar pruebas del caso de Ellen. Es un viaje de trabajo.

Peter se quedó callado. Se hizo un silencio algo tenso. Andy, que sabía que a veces era bastante brusco, resopló.

—Aunque supongo que a nadie le hace daño un buen bocadillo de langosta. Intentaremos ir pero no te prometo nada.

—Gracias Andy. No te arrepentirás. Por cierto, allí está. Es en aquella esquina —dijo Peter al tiempo que señalaba con el dedo hacia un local con multitud de luces de neón—. Detente y yo me bajo a por la comida. Será un minuto. Invito yo — terminó de decir Peter al tiempo que saltaba del coche nada más detenerse.

Una vez recogida la comida se encaminaron a casa de Peter. Aparcaron el coche patrulla en la entrada de casa, en una parte bastante visible. Eso serviría también como elemento disuasorio. Una vez dentro, fueron a la cocina y dejaron las cajas de comida. Peter sacó unos platos, tenedores y un par de cervezas bien frías. Sin mediar palabra se abalanzaron sobre la comida. Ambos estaban hambrientos.

—Pásame el arroz tres delicias, por favor —pidió Peter.

-Toma —contestó Andy con la boca llena—. Por cierto, ¿qué pasa con Nerón?

—Gracias. Creo que se va a quedar aquí en casa. No creo que le pase nada. Le dejare bien repuesto su casillero de agua y comida. Además tiene la gatera de la puerta de atrás abierta y le gusta salir a buscarse la vida. Ahora iré a hablar con Grace, mi vecina, para que se pase cada día y le eche un ojo. Él también va a cogerse unas vacaciones, ¿Verdad? —contestó Peter al tiempo que acariciaba la cabeza del felino que tenía a sus pies.

El gato ronroneó mientras se retorció de placer. Acabaron de cenar y se dispusieron a recogerlo todo. Andy metió los platos y cubiertos en el fregadero mientras Peter limpiaba la encimera de la isla donde habían comido.

—Ve si quieres a ver a tu vecina mientras yo termino de recoger —sugirió Andy.

—¿Si? ¿No te importa?

—Por supuesto que no. Ha sido un día duro y cuanto antes acabes de organizarlo antes podremos ir a dormir. Hay que estar descansados para mañana.

—De acuerdo. Me voy. Vuelvo en diez minutos.

Andy acabó de recoger y fue al salón. Mientras buscaba el mando de la televisión se puso a curiosear por los muebles. Peter tenía un montón de fotos de diversas cenas, comidas y fiestas. Había una en la que salía con un montón de niños, todos vestidos con un uniforme de baloncesto de color amarillo. En ella, Peter no tendría más de 15 años. Le costó trabajo localizarlo entre tantos críos pero aquellos ojos azules eran inconfundibles. Su graduación en el instituto, la de la universidad,... De pronto encontró una que le sorprendió. En ella se veía a un Peter bastante joven, con aproximadamente unos veinte años menos, vestido de militar. Andy reconoció el águila que sujeta un tridente, con una pistola en primer término y un ancla detrás: los Navy SEALs, la fuerza de élite del ejército estadounidense. De pronto, el ruido de la puerta al cerrarse le sobresaltó.

—Todo el mundo tiene un pasado —dijo Peter con una sonrisa.

—No sabía que habías pertenecido a los SEALs. No entra cualquiera. Lo sé por experiencia —expuso Andy sorprendido.

—Sí. Son muy exigentes. Acabé el instituto y vino un reclutador a vernos. Tuvimos una charla y me convenció. Yo quería ayudar a los demás y me pareció una buena forma de contribuir. Después de graduarme, me presenté al examen de acceso. Tuve algo de suerte pues ese año el nivel de mi grupo de examen no fue excesivamente alto. Pasé con excelente nota el examen físico y el examen teórico. Siempre fui muy aplicado y disciplinado —confeso Peter mientras se acercaba y miraba de cerca la foto con su uniforme militar—. Conseguí pasar por los pelos las pruebas de supervivencia pero las pasé. Fui el alumno más joven en graduarme como SEAL ese año en todo el país —terminó de decir Peter.

—¿Qué pasó luego? ¿Llegaste a entrar en combate?

—preguntó Andy intrigado.

—No. Al mes y medio en unas maniobras en las Montañas Rocosas me caí desde un desnivel de 11 metros. Me salvé de milagro. Me fracture 6 vértebras, la cadera izquierda y me perforé un pulmón. Si no hubiese sido tan joven y con

una forma física tan excepcional, a buen seguro habría muerto. Fue una carrera meteórica. Y corta también. Probablemente mucha gente se alegró de ello. No fue fácil para muchos como un chaval casi imberbe pasaba unas pruebas tan exigentes. Estuve más de una año recuperándome. En ese tiempo creo que fue donde apareció mi vocación por la medicina –contó Peter con cierta resignación dibujada en su voz.

—¿Te licenciaron?

—No, lo cierto es que no quisieron perderme. Me ofrecieron puestos de formador e incluso de reclutador de nuevos talentos. Pero no era lo que yo quería. No me veía toda la vida preparando jóvenes para ir a las distintas guerras presentes o futuras mientras yo me quedaba en casa viéndolo por televisión. Así que me licencie y empecé a estudiar medicina –concluyó Peter.

Andy le miró comprensivo. Entendía perfectamente la sensación de fracaso. Él mismo intento en su juventud en dos ocasiones pasar las pruebas de acceso de los SEALs. No pudo aprobar en ninguna de las dos.

—Bueno, subiré a hacer el equipaje. Si quieres te puedes duchar. Al fondo del pasillo, enfrente de la cocina, hay un pequeño baño con una ducha. Hay toallas limpias en la estantería. Ahora te bajaré mantas y una almohada vieja. El sofá no es como una cama en el Hilton pero se duerme bien. Lo sé por experiencia.

—Gracias, Peter. Será suficiente.

-No hay de qué. Por cierto, ¿a qué hora quieres salir?

—Creo que a las siete estará bien. Quiero llegar pronto a Boston.

—Perfecto. Buenas noches, inspector Harper.

-Buenas noches.

Andy cogió sus cosas y se fue al baño. Después de todo el día de trabajo, su cuerpo agradeció sobremanera aquella ducha. Cuando salió, se encontró una mullida almohada de plumas encima de un edredón viejo. Lo estiró en el sofá y se refugió debajo, quedándose dormido en cuestión de segundos.

## *Capítulo 6*

### *Viaje a ninguna parte*

Andrej estaba harto. Ya le había dicho a su jefe que después de aquel trabajo su relación profesional se había acabado. Se retiraba del negocio. Tenía demasiado barro bajo sus uñas. Más del que podría limpiar en cien vidas. Se removió incomodo en el asiento. Un amargor le subió de pronto por la garganta. Abrió la ventanilla y escupió el café. Un fuerte sabor a quemado le inundaba toda la boca. Malditas maquinas expendedoras. Cogió su móvil y marcó el único número que tenía en su agenda. Al otro lado alguien descolgó.

—Si, ¿Quién es? -preguntó un hombre con voz ronca.

—Soy yo. El inspector está en la casa con nuestro amigo. Intenté dejarle claro esta tarde en la carretera de los lagos de Belgrado que no debía inmiscuirse en esto. Parece que se ha negado a colaborar —dijo escueto Andrej con un fuerte acento balcánico mientras notaba cómo un poso de decepción aparecía en la respiración de su interlocutor.

—Es una decepción. No me esperaba esto. ¿Sabes que están planeando? -preguntó la voz.

—No. Supongo que, después del espectáculo en el lago de esta tarde, el policía le estará haciendo de niñera.

-Bien. Vigíalos. Llamame con cualquier novedad -ordeno la voz.

—No prefiere que acabe con esto ya, jefe. Puedo liquidarlos esta misma noche si quiere -insinuó Andrej.

—¡Ya te dije antes que no! Todavía no les puede pasar nada. Y menos aquí, en Maine. Habra una ocasión mejor. Ya bastante ruido has hecho con lo de la mujer, ¿no crees? Mañana hablamos. Llamame con cualquier novedad sea la hora que sea. Y que no te descubran. Adios.

Andrej suspiró y colgó el movil. Lo dejó encima del asiento del acompañante y metió su pistola glock en la guantera. Sacó un paquete de tabaco y cogió un cigarrillo. Se puso cómodo mientras lo encendía. La noche iba a ser bastante larga.

El aroma a café recién hecho y pan tostado despertó a Andy. Se levantó del sofá desperezandose como un oso se levanta de la hibernación, y fue descalzo por el parquet hasta que llego a la cocina. Entró y vio a Andy preparando el desayuno. Gruñó a modo de saludo y se fue directo a la cafetera. Se echó un cafe bien cargado y cogió una tostada recién hecha.

—¿Has dormido bien?

-Sí. He estado perfecto. Un buen sofá , la verdad. Terminaron de desayunar y después de recoger las cosas se

dispusieron a salir. Metieron la maleta de deportes de Andy y los dos bolsos de Peter en el maletero. Se montaron en el coche y Andy se giró hacia Peter, mirándole a los ojos.

—¿Estas seguro de que no quieres quedarte? Podemos pasar por la comisaria. Te asignaran protección y estarás a salvo. Además, ni siquiera estoy seguro si realmente estás en peligro. Y el viaje va a ser un aburrrrimiento.

—Por supuesto que quiero ir. Me hace falta salir unos dias de la rutina. Y si estoy en peligro, prefiero estar contigo.

—Está bien. Pongamonos en marcha -terminó de decir Andy y arrancó; salió de delante de la casa de Peter buscando la autopista de Boston. No se dió cuenta que, a unos doscientos metros más atras, un Cadillac negro se desperezaba, salía del aparcamiento y empezaba a seguirles.

Andy miraba de reojo a Peter. El anestesista iba sumergido en el precioso paisaje por el que discurría la autopista. Cruzaban lagos, rios y bosques de una belleza inigualable. Era un autentico privilegio vivir en aquel rincón casi virgen que era el Estado de Maine. Tras unos 40 kilometros de camino, observaron a su derecha como las White Mountains empezaban a abrirse paso. Era una cordillera conocida como la cordillera presidencial debido a que muchas de sus montañas habían sido bautizadas con los nombres de varios presidentes. La mayor parte de la cadena montañosa se encuentra en el Estado de New Hampshire pero una pequeña parte de la misma tiene sus raices en Maine. Eran espectacularmente bellas pues, en su mayoría, eran de granito macizo. Andy las conocía bien. Durante el último año y medio había pasado muchos fines de semana en unos alojamientos rurales que había en el Parque Nacional de las White Mountains. Era un buen sitio para quedar si tenías pareja y querías un discreto punto de encuentro. Noches de vino, confidencias y sexo bajo el abrigo de una buena chimenea. Notó cómo la bilis le subía por el estómago.

—Tengo ganas de ir a las White Mountains. ¿Tú has estado?

—preguntó a bocajarro Peter saliendo de su ensoñamiento.

A Andy la pregunta le pilló por sorpresa. Se había hundido en sus pensamientos y se quedó con la boca abierta sin saber qué decir.

—Sí. Las conozco bien. Antes iba bastante a menudo – respondió dubitativo Andy.

—Me han dicho que hay un parque nacional con unas cabañas rurales impresionantes. Tienen su propia chimenea y su cocina. Podríamos ir alguna vez —dijo Peter despreocupado.

Andy se quedó callado. Miró al frente y quiso que se lo tragase la tierra. Vio un panel informativo que avisaba de la existencia de una gasolinera en aproximadamente un kilómetro. Puso el intermitente y se metió en el carril de desvío. Necesitaba parar.

—Peter, ahora vamos a parar a echar gasolina. Necesito llamar a mi comisario jefe. Tengo que explicarle la situación y decirle que necesitare un par de días. Mientras, si quieres, puedes llenar el tanque de gasolina de 93 octanos. En la guantera hay dinero en una vieja cartera marrón. Pídeles factura, por favor —pidió Andy con amabilidad.

—De acuerdo. Después iré un segundo al baño.

Llegaron a la gasolinera. Andy cogió su móvil y se retiró del coche unos 30 metros. Observó, desde la distancia, cómo Peter charlaba con el joven que le estaba poniendo gasolina. Una voz interrumpió sus pensamientos.

—Sí, dígame —preguntó la voz del comisario Glenn Michaels.

—Buenos días, comisario. Soy el inspector Harper. Siento molestarle tan pronto pero tengo que hablar con usted. Es sobre el asesinato de Ellen Cistar —dijo Andy con pausa.

—¿Asesinato? ¿Ya está seguro, Harper? ¿No se está precipitando? —preguntó el comisario con cierta dosis de incredulidad.

—No lo creo, señor. Estoy casi seguro que ha sido un asesinato —contestó Andy al tiempo que ponía al día al comisario de sus investigaciones. También le contó su viaje con Peter Tenway. Un gruñido de desaprobación se oyó al otro lado del teléfono.

—No me gusta, Harper. ¿Por qué viaja con un civil? No es propio de usted. ¿Qué pasaría si le sucede algo? —volvió a preguntar el comisario.

—Lo hace bajo su responsabilidad, señor. Además, ya le he contado lo que le pasó al ir al St. Joseph. Lo echaron de la carretera. No creo que intentaran sólo asustarle. Ahora mismo creo que está más seguro fuera de Augusta que quedándose allí. Al fin y al cabo, usted es el único que sabe que nos hemos ido.

—Está bien, Harper. Lleva usted muchos años como inspector y hasta ahora su trabajo ha sido intachable. Intente no demorarse demasiado y no gaste en exceso. Este año nos han recortado el presupuesto un tres por ciento. Mantengame informado.

—Gracias señor. No se preocupe. No espero tardar más de 2 o 3 días.

—Adiós, Harper.

-Adiós comisario.

Cortó la llamada y se dispuso a marcar de nuevo. Esta vez la llamada que tenía que hacer sería más desagradable. Tras un par de pitidos alguien descolgó.

—Hola, Andy. ¿Qué tal estas? -dijo al instante la jovial voz del agente del FBI Harry Norris.

—Bien. Siento parecer brusco pero, ¿has conseguido averiguar algo sobre Ellen Cistar? -preguntó Andy impaciente.

—Bueno, la verdad es que no mucho. Dame si quieres un fax y te lo envío.

-No, no hace falta. En una hora y media o dos estaremos en Boston. Podríamos quedar a comer y allí me das lo que hayas conseguido recopilar.

—¿Estaremos? ¿Con quien vienes? -preguntó intrigado Harry.

Andy le explicó superficialmente la situación a Harry. Notó como la tensión crecía entre ambos.

—De acuerdo. Yo puedo salir una hora más o menos. Sobre la una. ¿Dónde nos vemos?

—¿Qué te parece en el Legal Sea Foods que hay en el puerto? Creo que los bocadillos de langosta son espectaculares.

—Lo cierto es que lo son. Me parece perfecto. Esta muy cerca de la sede del FBI. Allí nos vemos —dijo Harry.

—De acuerdo. Hasta la una entonces. Adiós —se despidió Andy al tiempo que colgaba. Sin saber muy bien el motivo, el humor de Andy mejoró de manera ostensible.

Andy guardó su teléfono en el bolsillo de la chaqueta y se dirigió de nuevo al coche. Se montó en él y esperó a que llegara Peter, que estaba pagando. Tras un par de minutos de espera, Peter salió de la tienda de la gasolinera con dos latas de Coca-Cola en las manos. Se acercó al coche, abrió el portón y se montó. Dejó la cartera de Andy de nuevo en la guantera y se puso el cinturón. Luego le pasó una lata a Andy y él se abrió la otra.

-Gracias.

—No hay de qué. ¿Has conseguido hablar con tu amigo?

—Sí. Hemos quedado a la una en el Legal Sea Foods del puerto. A ver qué tal está ese bocadillo de langosta.

—Perfecto. Ya veras cómo no te defrauda.

Unos cuarenta minutos más tarde entraban en la ciudad. Boston es una de las ciudades más antiguas de los Estados Unidos. Centro neuralgico de Nueva Inglaterra, su area metropolitana conocida como el "Gran Boston" concentra alrededor de 4,5 millones de habitantes. Es uno de los mayores centros culturales del pais y reúne un gran número de sus universidades más prestigiosas. Es un magnífico lugar para vivir. Andy lo sabía. De hecho estuvo a punto de trasladarse allí hacía no demasiado tiempo.

—Me encanta la atmósfera que se respira aquí. Aire limpio, gente con un buen nivel cultural, espacios abiertos...si no fuera porque juegan aquí los malditos Celtics me mudaría sin pensarlo —pensó Peter en voz alta.

—Sí. La verdad es que es una ciudad muy bonita y acogedora.

Dieron un paseo con el coche por el centro de la ciudad para hacer algo de tiempo. Más tarde, sobre las 12 y cuarto se encaminaron hacía los muelles. El viejo puerto de Boston todavía destilaba ese aroma añejo a lugar con historia. Sus aguas y embarcaderos fueron testigos mudos, entre otras cosas, de la famosa rebelión del té, semilla de la que acabaría siendo la guerra de secesión de los EEUU. Impregnados por este espíritu presente en cada trozo de madera que conformaba aquellos muelles, llegaron al aparcamiento del restaurante. Hacía un espléndido día soleado y, mientras esperaban al agente Norris, se sentaron a tomarse un par de jarras de cerveza bien fría.

—¿Qué tenía que investigar ese amigo tuyo? -preguntó Peter a bocajarro.

—Le pedí que recopilara información sobre Ellen y también sobre el caso de la desaparición de su hijo.

—¿Su hijo? ¡Entonces era cierto!

—Sí. No desvariaba cuando te gritó aquello en la mesa de operaciones, Peter.

Andy puso al día a Peter de alguno de los detalles que Cathy McCallister le había contado la tarde anterior.

—Entiendo. Esto se complica cada vez más. ¿Piensas que ambos casos estan conectados?

—Sí, lo creo. Aunque ahora mismo es más una corazonada que otra cosa. Por eso necesito algo sólido sobre lo que empezar.

—Pobre mujer. Pierde a su marido, le secuestran a su hijo y, años más tarde, la asesinan. Hay gente que viene a este mundo marcado por la mala

suerte –dijo Peter con tristeza.

-Sí, la verdad es que su vida no ha sido demasiado afortunada –terminó de decir Andy.

Ambos se quedaron mirando la entrada de los muelles. Un pequeño pesquero entraba en puerto y a juzgar por el remolino de gaviotas que lo cercaban, venía cargado de pescado fresco. Peter se levantó y se excusó para ir al baño. Andy, durante un segundo, cerró los ojos y dejó que el aroma salado del mar penetrase en sus sentidos. Unos segundos después un carraspeo cerca suyo lo sacó de su estado casi cataleptico.

—¿Qué tal, Andy? ¿Disfrutando del paisaje? -preguntó el agente del FBI Harry Norris.

—Sí. Este sitio es precioso –dijo Andy al tiempo que se levantaba del asiento.

Harry se acercó a abrazar a Andy pero este le extendió la mano. El agente se quedó congelado y, tras unos segundos de duda, estiró la suya y se la estrechó.

—Aún no he mordido a nadie, Andy. ¿O es que todavía estás resentido? - volvió a preguntar Harry.

—No. Pero tampoco tengo ganas de abrazarte. He venido sólo por temas profesionales, Harry.

Se miraron con intensidad unos segundos.

—Lo nuestro no iba a ningún lado, Andy. Tu vives en Augusta y yo en Boston. Además, de haber seguido juntos, nuestra relación hubiera sido de dominio público. Nuestras carreras se hubieran ido al garete, y lo sabes – explicó Harry con dureza—. Además, yo estoy casado.

—Lo sé. No sería bueno para tí que tu jefe o tu mujer se enterasen que estabas liado con un policía de pueblo de Maine. La gran carrera del agente Norris se hubiese acabado. Sin lugar a dudas la pérdida para el país habría sido irreparable.

—No es tan sencillo, Andy. Yo también lo he pasado mal. No creas que ha sido nada fácil para mí. Yo te quería. De hecho, creo que te sigo queriendo. Aunque no lo creas, también he sufrido.

—Ni para ti ni para nadie. No es agradable que después de un año de promesas incumplidas, la persona que quieres te deje por teléfono. Pudiste hacerlo mejor, tener agallas y enfrentarte a la situación como un hombre.

—Supongo que en eso tienes razón —dijo Harry con la tristeza reflejada en su voz—. Lo siento, Andy. No quise hacerte daño.

Andy resopló. Lo cierto es que ya lo había superado. No tenía sentido seguir la conversación en esa dirección. Suspiró para sus adentros y sonrió.

—No te preocupes. No se puede mirar el pasado todos los días porque corres el riesgo de quedarte anclado en él. Por cierto, enhorabuena por tu futura paternidad. ¿Cómo está Grace? —contestó Andy suavizando claramente el tono al tiempo que volvía a sentarse.

-Gracias. Está bien, la verdad. Está en el segundo trimestre y empieza a tener los tobillos hinchados. Además, ahora tiene un ataque de ciática. La pobre no puede moverse del sillón — contestó Harry agradeciendo el cambio de rumbo en la conversación y sentándose también.

—Me alegro.

—Por cierto, Andy, ¿dónde está el anestesista? ¿No lo habrás dejado asándose lentamente en el coche, verdad?

—No, tranquilo. Sólo ha ido al baño.

-¿Hay algo entre vosotros?

—No. Nuestra relación es profesional. Viene conmigo porque ha insistido y creo que puede estar en peligro. Está de vacaciones en su hospital y no quería quedarse sólo en su casa. Ha habido problemas desde que hablamos. Además lo cierto es que no me da la sensación que sea gay.

—¿Problemas? ¿Qué clase de problemas?

Andy le contó el incidente de Peter en el lago y el de la casa de Ellen pero no dijo nada de la conversación con Catherine McCallister. Nunca se deben poner todos los huevos en el mismo cesto.

—Esto no pinta bien, Andy.

-Lo sé. ¿Qué has averiguado tú?

—No mucho, la verdad. Ellen Cistar, antes Ellen Norman, nació hace 39 años en Glendora, un pueblo de menos de cinco mil habitantes en New Jersey. Viuda del teniente de los navy SEALs Peter Norman. Desaparecido en combate en una emboscada en Afganistán hace 13 años. Nunca se llegó a saber mucho del tema. El pentágono clasificó el asunto y no he podido acceder a ninguna información. Lo único que he conseguido saber es que un día el teniente, junto con una veintena de soldados más, cuando estaba en una incursión cerca de una carretera de Kandahar su convoy fue atacado. Murieron 3 soldados y el teniente Norman desapareció. Se crearon dos equipos de rescate que no encontraron una sola pista. Para el pentágono, a día de hoy, sigue constando

como prisionero de guerra. Aun así, concedieron temporalmente la pensión de viudedad y orfandad a Ellen.

—¿Y qué has averiguado de la desaparición del chico?

—preguntó Andy nuevamente.

—Tampoco he encontrado demasiado. Su expediente no son más de veinte páginas. El chico tenía que volver sobre las seis de dar clases particulares a menos de una manzana de su domicilio, pero nunca llegó. Su madre llamó sobre las siete a su profesor particular para preguntar por él y éste le confirmó que su hijo hacía más de una hora que se había marchado a casa. Ellen llamó a la policía y durante varios días rastrearon Chicago de arriba a abajo. Entrevistaron a los vecinos, a Ellen y al profesor. Todo está ahí pero yo no he encontrado nada relevante. Luego, cuando vieron que el caso no avanzaba nos pidieron colaboración. Aunque tampoco hicimos un papel muy brillante, la verdad. Tras cuatro meses de búsqueda infructuosa lo pasamos a desaparecidos. Y así esta todavía a día de hoy —dijo Harry al tiempo que sacaba y entregaba una carpeta de color marrón con cierre de seguridad a Andy.

El inspector asintió y frunció el ceño. Es cierto que el FBI a veces no se tomaba en serio todos los casos. Y aquél, al parecer, era uno de ellos. En ese momento apareció Peter volviendo del baño.

—Usted debe de ser el doctor Tenway, ¿no es así? -preguntó Harry al tiempo que alargaba la mano hacia Peter.

—Así es. Y usted será el agente del FBI amigo de Andy...del inspector Harper. Encantado —corrigió Peter al tiempo mientras estrechaba la mano de Harry.

Harry sonrió y ambos hombres se sentaron. Charlaron de manera animada de comida, de los Celtics y de la situación de cierto abandono que sufría el puerto de Boston. Harry contó que hay una teoría que sostiene que dentro de aproximadamente unos 100 años el deshielo inundará y sumergirá bajo las aguas tan insigne lugar, lo cual fue ampliamente rechazado por los presentes. Una hora después de interesantes y triviales conversaciones y, tras degustar el mejor bocadillo de langosta que se habían comido en sus vidas, los tres hombres pagaron y se encaminaron hacia el coche de Andy. Peter se despidió y se montó con rapidez en el coche dando cierta intimidad a Harry y Andy.

—Bueno Andy, a ver si no tardamos tanto en volver a vernos, ¿de acuerdo? -dijo Harry con un tono más cercano a la súplica que la pregunta.

—Lo cierto, Harry, es que no sé si estoy preparado para volver a verte. Al

menos, ahora mismo. Ya veremos en un futuro. Suerte con el parto y dales besos a Stacey –confesó Andy mientras extendía la mano.

En ese momento Harry se abalanzó encima de Andy y lo besó. Andy no le acompañó el beso y luego, de manera cortés, se retiró del agente del FBI. Se produjo un silencio incomodo que fue interpretado a la perfección por Harry, que se apartó de Andy. Con un gesto torcido, el agente del FBI forzó una sonrisa.

—Supongo que llego tarde. Te echaré de menos, Andy.

-Y yo a ti. Ya hablaremos, Harry.

Durante unos segundos, Andy se quedó bloqueado. Aquel beso había despertado muchos fantasmas que creía olvidados. Respiró hondo y se fue directo al coche. Abrió la puerta y entró.

—Bueno, creo que debemos ir a Chicago.

-¿Chicago? -preguntó sorprendido Peter.

—Sí. Me gustaría ver a la familia de un policía que llevó la investigación del caso. Además, debo ver la casa de Ellen – afirmó Andy con seguridad—. Sí no te apetece venir, dímelo. Podemos hablar con Harry y que te quedes por Boston unos días –terminó de decir.

-De ningún modo. No me quiero perder cómo acaba esto.

—No puedo garantizar tu seguridad, ¿lo sabes, verdad?

—Por supuesto. Ni tú ni nadie. También me puedo quedar aquí y que me atropelle un maldito tranvía. O que me de un infarto cuando vea una tienda oficial de los Celtics. La seguridad absoluta no existe, inspector Harper.

—Está bien –dijo Andy tras lo que metió la llave bajo el volante y arrancó el coche.

Nadie se percató de aquel desgarrado individuo que, a unos 300 metros, y gracias al teleobjetivo de su espectacular cámara fotográfica Canon ultimo modelo, estaba terminando un precioso reportaje fotográfico. El material que había conseguido era simplemente espectacular. Su jefe iba a estar contento.

## *Capítulo 7 Interestatal 90*

Peter se acomodó en el asiento del copiloto, se puso las gafas de sol y se tapó la cara con la gorra. Luego bostezó un par de veces antes de hablar.

—Tengo un poco de sueño. Voy a intentar dormir. Haz el favor de despertarme en un par de horas y te relevo conduciendo, ¿de acuerdo?

—No tienes por qué hacerlo, Peter.

—Estoy aquí porque al parecer las pruebas apuntan a que alguien podría querer matarme, Andy. He venido contigo para que no me pase nada, no para no hacer nada. Soy el mayor interesado en resolver esto. Y, si nos turnamos conduciendo, llegaremos antes a Chicago y podré recuperar mi vida cuanto antes.

—Está bien. Duerme y luego te despierto.

Andy cogió la carretera que salía de Boston y tomó la interestatal 90, al tiempo que se sumergía en la conducción. El paisaje era de una belleza que cortaba la respiración. Primero pasaron por Worcester, pueblo que da nombre a una famosa salsa para carnes. Unos 40 minutos después le tocó el turno a Springfield. Se daba la curiosidad que en todos y cada uno de los estados del país hay, al menos, una ciudad con dicho nombre. Bosques de arces rojos, abedules o pinos blancos adornaban los márgenes de la carretera. A medida que iban penetrando en el interior del país, la vegetación se hacía más y más densa mientras los núcleos urbanos disminuían. Andy disfrutaba a cada segundo. Le encantaba conducir. Su camino discurría en dirección a Albany. Dos horas y media después de salir de Boston, llegaron a la que es considerada la segunda ciudad más antigua de los Estados Unidos. Siguieron por la 90, bordeando la ciudad y el río Hudson. Tras cruzarlo, Andy puso rumbo a la siguiente parada del camino: Syracuse. Unos diez kilómetros después de salir de la ciudad, se detuvo a echar gasolina. Al detener el coche Peter se despertó.

—Voy a echar gasolina. Si quieres conducir, ve preparándote Peter.

Peter asintió, se bajó del coche y se desperezó. La gasolinera estaba enclavada en mitad de un bosquecillo de arces, encima de una colina. Mientras Andy pedía que le llenasen el depósito, Peter le hizo un gesto de que iba a la tienda. Un minuto después salió con un café doble y una botella de agua en las manos. Andy aprovechó para ir al servicio. Cuando volvió se encontró a Peter ya subido en el asiento del conductor, apurando el café.

—No te he comprado uno, ¿quieres que baje? -preguntó Peter.

—No, tranquilo. La cafeína no me sienta muy bien.

-Bien. ¿Hacia dónde nos dirigimos?

-Creo que podríamos hacer noche en Buffalo –dijo Andy.

—Perfecto. Pasajero siéntese en su asiento, abróchese el cinturón de seguridad y póngase cómodo. Nuestra próxima parada es Buffalo –respondió Peter al tiempo que imitaba tener un intercomunicador imaginario en las manos, haciendo sonreír a Andy.

Peter arrancó y se incorporó a la carretera mientras en el asiento del copiloto Andy se recostaba. Al igual que en el puerto de Boston, ninguno observó el Cadillac negro que lentamente se incorporaba a la carretera unos 400 metros más atrás.

Entrada ya la noche observaron las luces de la ciudad de Buffalo. Estarían a unos diez kilómetros. Peter zarandeó a Andy, que se despertó bruscamente.

—¿Qué sucede? -grito exaltado Andy.

-Nada, tranquilo. Estamos llegando a Buffalo.

El inspector refunfuñó y se enderezó en el sillón. Se pasó la mano por el rostro y cogió la botella de agua que descansaba en el reposabotellas, bebiéndose media de un solo trago. Vio un cartel que avisaba de una estación de servicio unos tres kilómetros más adelante.

—Métete por la siguiente salida. Hay una estación de servicio, una cafetería y un motel. Pasaremos allí la noche – ordenó Andy todavía medio dormido.

Peter obedeció. Entraron en la estación de servicio sobre las diez de la noche. Aparcaron y se bajaron del coche. Mientras Peter estiraba las piernas, Andy fue a registrarlos al motel. Tras recibir la llave, recogieron su equipaje y fueron a su habitación, la número 17. Dejaron las cosas y volvieron a salir en dirección a la cafetería. Después de sentarse y pedir abundante comida, Peter se quedó mirando a Andy.

—¿Quién es el inspector Guinetti, Andy?

-¿Cómo sabes ese nombre? ¿Y por qué lo preguntas?

—Mientras dormías no has parado de hablar de él. Balbuceabas su nombre en sueños. Parecías muy nervioso. Andy se sorprendió. Él y su tendencia a hablar dormido. Maldita sea.

—Es el inspector de la policía de Chicago que investigó la desaparición del niño. Murió al poco tiempo de decidir dedicarse al caso casi en exclusiva –contestó Andy.

—¿Cómo murió? ¿Asesinado? -volvió a preguntar Peter con cierta sombra de temor.

—En principio, no. La causa oficial de su muerte fue un infarto.

—Pero tú no crees eso, ¿verdad?

—No lo sé. Hay algo que no encaja. Por eso quiero ir a Chicago. Creo que en la desaparición de su hijo está la clave de la muerte de Ellen.

La comida llegó como caída del cielo. Ambos comieron con la intensidad de una plaga bíblica. Veinte minutos más tarde, sus estómagos gritaron basta. Se levantaron, Andy pagó y se fueron directos a la habitación del motel.

Una vez allí Andy se duchó en primer lugar. El inspector salió sólo con una toalla anudada por debajo de la cintura mientras se secaba el pelo con otra. Durante unos segundos, Peter se le quedó mirando detenidamente. Luego, cogió sus cosas y tomó el relevo en el baño. Para cuando salió, Andy ya estaba cómodamente instalado en un escritorio y con un montón de papeles desplegados sobre el mismo. Peter se acercó con una sonrisa.

—¿Qué haces? ¿Qué son todos estos papeles? -preguntó Peter, al tiempo que cogía uno de los mismos.

—Suelta eso, por favor –ordenó Andy al tiempo que arrancaba el papel de las manos a Peter–. Todo esto es documentación confidencial, Peter. Ya he comentado cosas del caso que no se deben compartir con un testigo. Por favor, intenta descansar que mañana tenemos por delante más de 800 kilómetros. Ha sido un error traerte conmigo –terminó de decir Andy arrepintiéndose de sus palabras en el mismo instante que le salían de la boca.

Peter se quedó sin saber qué decir. Se giró, cogió su ropa y se vistió. Luego se metió en la cama y se giró hacia el armario, dando la espalda por completo a Andy.

Andy estuvo unos minutos callado. Se dio cuenta que había sido demasiado brusco y grosero con Peter. Él era quien, desde un primer momento, no había puesto los límites bien definidos con el anestesista. Desde que se conocieron, había existido un magnetismo brutal y casi salvaje entre ambos. Quizás por eso Andy se había comportado de una forma tan poco profesional, permitiendo que un civil le acompañase en una investigación en curso o se enterase de su propia boca de información fundamental del caso. Era él quien había dejado que esto ocurriese y aunque sabía que había obrado correctamente al cortarlo de raíz, las formas quizás no fueron las adecuadas. Tras unos minutos que empleó en rehacerse, empezó a releer el dossier que le había pasado Harry. Tras media hora de arduo trabajo, Andy resopló. No

había nada de interés. Empezó a recoger los papeles cuando de pronto algo en su mente se despejó: empezó a rebuscar frenéticamente entre las páginas hasta que encontró la que buscaba. Un día después del secuestro, la policía entrevistó a una mujer afroamericana, Mary-Anne Whilliams, de 50 años, que vivía justo enfrente de la familia de Eddie. Dijo que vio un coche clásico, de color negro, merodeando la zona y la casa de los Norman la tarde de la desaparición del chaval.

Andy se levantó de un salto, eufórico. Sin ser un hallazgo espectacular, ese coche negro conectaba ambos casos. Andy tenía razón. Se giró hacia Peter para contarle lo que había descubierto y vio que este dormía profundamente. En ese momento, se sintió aún más culpable. Recogió todos los documentos, los metió en su equipaje y se acostó en la cama contigua. Entre la coca-cola y la excitación, le costó trabajo quedarse dormido.

Desde la habitación de la esquina, una sombra observaba desde detrás de la cortina. Mierda. Aquella situación se iba complicando poco a poco. Por la dirección que estaban tomando, sabía muy bien hacia dónde iban. Aun sin apetecerle, abrió la pantalla de su móvil y marcó el número de su jefe.

—Sí, diga –dijo la voz con el sueño reflejado en su tono.

—Hemos parado en las afueras de Buffalo. Estamos en el motel “The Beef House”. Vamos a Chicago –dijo Andrej telegráficamente.

Andrej notó cómo el enfado se acumulaba en su interlocutor.

—¿Estás seguro de eso? -preguntó la voz mientras carraspeaba.

—Sí. Todo parece indicar que sí. ¿Quiere que acabe con esto ya, señor?

—No, todavía no. Desconocemos lo que saben. No es que me agrade que rebusquen en Chicago, pero tampoco creo que averigüen nada allí.

—A lo mejor necesito contratar alguien más en Chicago, señor.

—Está bien. Haz lo que necesites. Pero no debes matar ni a Tenway ni al inspector hasta que te lo diga, ¿está claro? Si contratas a alguien, que sea de tu confianza. Y desde luego, que no queden cabos sueltos. Avísame con las novedades.

—De acuerdo. Por cierto, ¿recibió el dossier fotográfico?

-Sí. Buen trabajo. Mañana mismo verán la luz.

—Gracias, señor. Espero que lo tenga en cuenta en el momento de cobrar mis honorarios.

—Así será, Andrej. Siempre he tenido en cuenta los trabajos bien hechos.

Tú lo sabe mejor que nadie. Debes mantenerme informado, ¿de acuerdo?

—Sí, señor.

-Adiós.

-Hasta pronto.

Andrej colgó. La batería estaba a punto de agotarse. Lo apagó y sacó la tarjeta del teléfono. Cogió el aparato de última tecnología y levantó la pata de una silla, poniéndolo debajo. Luego se apoyó en el marco y empujó hacia abajo, triturándolo. Con cuidado, cogió los restos, abrió la puerta y tras observar que no venía nadie, salió del abrigo de su habitación y tiró aquel amasijo de cables y plástico a una papelera. Volvió a la habitación y abrió su maleta, sacando de ella otro aparato nuevo con otra tarjeta. Los cargó, metió el código pin del nuevo terminal y grabó en su memoria el número del jefe. Luego, como el cazador paciente que espera a su presa durante horas en un claro del bosque, se sentó en un viejo sillón de cuero marrón, abrió una lata de bebida energética y se puso a observar la noche por un hueco entre las cortinas.

Andy se despertó al escuchar el ruido de la cisterna. Se levantó, somnoliento, y se quedó sentado en el borde de la cama. Al instante Peter salió del servicio. Hizo un gesto de saludo con la cabeza y empezó a vestirse. Andy, que nunca había sido especialmente hábil en este tipo de situaciones, suspiró y fue hacia el baño. Después de vaciar la vejiga y asearse durante unos minutos volvió a salir. Peter se había esfumado. Una nota escrita en un trozo de papel colgaba del dintel de la puerta. “Estoy en la cafetería”. Al parecer estaba más cabreado de lo que Andy pensaba.

Unos diez minutos después, Andy salió de la habitación y se dirigió a la cafetería. Peter, ausente, estaba sentado en la mesa del fondo con la mirada perdida en el bosque que nacía a los pies de la autopista mientras removía distraído con una cucharilla su taza de café.

—¿Has pedido ya? -preguntó Andy con tono conciliador. Peter le miró a los ojos y asintió, volviendo a desviar de nuevo la mirada hacia el exterior.

Andy encargó su desayuno a la camarera que, con ojeras en su rostro correspondientes a varias vidas, lo apuntó con desgana al tiempo que forzaba una mueca.

—Siento haberte hablado como lo hice anoche, Peter – empezó a decir Andy en tono de disculpa.

Peter, sin dejar de mirar afuera, sonrió levemente.

—No te disculpes, Andy. Tienes razón. Es una investigación policial y yo me he inmiscuido. No debería haber venido contigo. Debí quedarme con el agente Harris en Boston. Sólo seré un estorbo.

—Eso no es verdad, Peter. Me has ayudado bastante. La culpa es mía. Yo suelo trabajar sólo y no estoy acostumbrado a explicarle a nadie los pormenores de un caso. Si alguien se ha equivocado en esta situación, he sido yo. Soy el único culpable.

—Supongo que no ha sido muy buena idea. Ambos tenemos la culpa, yo por proponerlo y tu por aceptar.

—Eso parece.

Durante unos instantes ambos quedaron en silencio.

—Por eso he decidido que nos separemos en Chicago. Tengo un amigo allí que me ha pedido muchas veces que vaya a verle. Creo que no habrá problema en que me quede unos días con él. Luego puedo coger un vuelo de regreso o alquilar un coche. Ya veré lo que hago. Lo mismo me voy unos días yo sólo a las White Mountains.

—Eso no será necesario, Peter. Yo no te he pedido que te vayas.

-Ya lo sé. Eres demasiado bueno para hacer algo así.

—Te diré lo que haremos. Llegaremos a Chicago, estaremos un par de días y regresaremos. No podemos dejarlo ahora.

—No estoy diciendo que lo dejes, Andy. Sólo te digo que yo no sigo. Además, ¿a ti que más te da? Has cumplido con tu deber conmigo. No me debes absolutamente nada, inspector Harper.

Andy suspiró. Miró a Peter, que le mantenía la mirada de manera impasible.

—No quiero que esto acabe así. Sé que no soy una persona muy abierta pero la verdad es que.... -dijo Andy quedándose en suspenso.

—¿Qué? ¿La verdad es qué, Andy?

—Te necesito. La verdad es que te necesito. Necesito saber que estas bien y necesito comprobar si lo que he empezado a sentir es real o forzado por la situación de tensión que hemos vivido. Nunca he sido tan directo y tan sincero con nadie. Tengo un carácter difícil y sé que no soy precisamente una persona extrovertida. Es más, ni siquiera sé si tú eres... bueno, ya sabes. Sólo sé que yo.... -confesó Andy atropelladamente antes de ser interrumpido por Peter.

—Andy, yo... -balbuceó Peter, sobrepasado.

—Espera. Déjame que termine. Sigue conmigo. Aguanta el viaje hasta

volver a Aurora. Ayúdame a desenredar la madeja en que se ha convertido este caso. Pasa estos días conmigo e intenta conocerme un poco. Si luego lo que ves no te gusta, te dejare en paz. No te molestare más. Te doy mi palabra.

Peter se quedó mirando a Andy. Luego esbozó una sonrisa y estiró su mano para cogerle la suya a Andy.

—Me quedaré contigo, inspector. Yo también tengo curiosidad por ver cómo se resuelve todo este asunto. Incluido el caso —afirmo Peter mientras acariciaba con suavidad la mano de Andy.

Andy se sintió explotar de júbilo. Le costó trabajo quedarse sentado en el sillón de su mesa. Miraba a Peter, que sonreía también. De repente, apareció la camarera con el café y las tostadas de Andy. Al ver cómo los dos hombres se agarraban de la mano, soltó el plato con brusquedad y el café.

—¿Solo o con leche? -preguntó la arisca mujer en cuyo rostro se podía leer, entre líneas, siglos de prejuicios y odio hacia lo distinto.

Andy balbuceó durante unos instantes, cortado ante la violenta situación. Entonces Peter, más seguro de sí mismo, intervino.

—A él le gusta con leche. Con mucha leche —contesto divertido Peter, al tiempo que cogía el dedo índice de la mano derecha de Andy y se lo metía en la boca, chupándose de manera lasciva.

La camarera, entre asqueada e indignada, dejó la jarra con leche humeante encima de la mesa y se fue farfullando improperios en voz baja. Andy, con la boca abierta de par en par, miró a Peter que sonreía divertido. Ambos estallaron en una sonora carcajada que hizo que toda la cafetería se girase hacia ellos. Más o menos un minuto después consiguieron recuperar la compostura. La tensión provocada la noche anterior se había disipado.

—Será mejor que acabe de desayunar antes de que nos echen estos buenos samaritanos —dijo Andy mientras empezaba a devorar las tostadas.

Diez minutos más tarde, tras pagar la cuenta a la camarera y no dejar propina, ambos hombres salieron de la cafetería rumbo a su vehículo. Mientras Andy fue a devolver la llave de la habitación, Peter cargó las maletas en la parte trasera del Ford Explorer. Unos minutos después, Andy regresó, se montó en el vehículo y arrancó, sin darse cuenta que, a unos 50 metros, agazapado detrás de una furgoneta, Andrej había observado toda la escena al tiempo que no dejaba de hablar por un móvil de última generación que tenía pegado en su oreja izquierda. También les pasó inadvertidos el GPS

que, durante la noche, había instalado en los bajos traseros de su coche el antiguo guerrillero militar croata. Un hombre siempre debía estar atento a sus movimientos. Y más aún si el enemigo que tenía enfrente era Andrej Gabo.

## *Capítulo 8 Miradas*

Wayne Mathewson se miró en el espejo de su despacho. Era una espectacular habitación de unos 200 metros cuadrados desde donde se observaban unas vistas impresionantes. Asqueado de la imagen que le devolvía, tiró el teléfono contra el elegante sofá de piel tunecina que habían importado para él directamente desde el país del Magreb. No eran buenas noticias. La situación se estaba complicando y el asunto se le iba de las manos. Tendría que hablar con el jefe. No le apetecía y sabía que iba a pasar. Se iba a poner hecho una furia y le gritaría. Pero no había más remedio. Si no se actuaba con rapidez, todo se iría al traste. Se ajustó la corbata, se alisó las pocas arrugas que tenía su prohibitivo traje italiano hecho a medida en París y salió de su despacho.

—Mónica, voy a subir al despacho de la quinta planta. Estaré allí al menos media hora. Retrasa todas mis citas y cancela todas las que sea posible cancelar —ordenó el doctor Mathewson a su joven secretaria.

—Como usted diga, señor Mathewson.

Salió del pasillo de la planta noble y se subió al último ascensor de la derecha. Entró, puso la huella dactilar de su dedo pulgar izquierdo en el visor electrónico y, tras su reconocimiento positivo, pulsó el botón de la quinta planta. Apenas una decena de personas tenían acceso a dicho lugar. Todavía, a pesar de los años, seguía poniéndose excesivamente nervioso cuando subía a verle. No lo podía evitar puesto que su asquerosa y miserable vida estaba en sus manos. Aquello le carcomía por dentro. Había vendido su alma al mismísimo diablo. El timbre del ascensor sacó al doctor Mathewson de su ensoñamiento, avisándole del fin de trayecto. Se abrieron las puertas y salió a un inmenso hall donde su anfitrión lo esperaba de pie al lado de un inmenso ventanal, fumándose un espectacular habano de 900 dólares la pieza, que llenaba la gigantesca estancia de humo.

—Señor, tenemos un problema —dijo el doctor Mathewson ligeramente intimidado.

—Eso supongo, señor Mathewson. Si no lo hubiese, no estaría usted hasta aquí arriba, importunando mi precioso habano —contestó el hombre que miraba con tranquilidad por la ventana—. Cuéntame, pedazo de escoria. ¿Qué es lo que sucede?

Mathewson suspiró, se acercó y comenzó a narrarle lo sucedido con todo lujo de detalles.

Andy tarareaba mientras conducía por la carretera que los llevaba directos a Cleveland. Estaba exultante. Nunca se había sentido tan bien consigo mismo. Jamás tuvo problemas en asumir su homosexualidad pero tampoco era un asunto que le gustase airear. “Holydays in the sun”, de los Sex Pistols, sonaba en la radio. El sol tenía hoy un poco más de brillo. Peter le miró divertido.

-Pareces de buen humor.

—Pues sí. Estoy bastante contento. Anoche, además de ser grosero contigo, me dio tiempo a encontrar una pista que conecta ambos casos. Fue una noche bastante completa.

—¿En serio? ¿Qué clase de pista? Perdona. Soy demasiado curioso. No contestes si no quieres.

—No, tranquilo. Estamos juntos en esto, ¿lo has olvidado? Además, dos mentes piensan mejor que una.

Andy explicó a Peter la conexión que según él podría haber entre el coche negro que aparecía en ambos casos.

—¿Así que el mismo que me echó de la carretera podría ser que estuviese detrás de la desaparición del niño y de la muerte de Ellen? ¡Me parece increíble!

—Sólo es una posibilidad, Peter. Pero cada vez estoy más convencido que mi decisión de ir a Chicago es acertada. Creo que vamos a encontrar allí las respuestas que necesitamos.

—Eso espero. Si no, creo que estaremos metidos en un buen lío.

Durante un buen rato ambos hombres se quedaron callados observando el vasto paisaje y escuchando música. Un manto de denso bosque inundaba ambos márgenes de la autopista, que tenía un bajo volumen de vehículos. A lo lejos se empezaba a intuir la silueta del lago Erie. De repente, Peter comenzó a hablar de nuevo.

—Por cierto, Andy, ¿de dónde eres? Seguro que de mí sabes hasta la fecha de mi cumpleaños pero en cambio yo de ti no se absolutamente nada.

—Eso es cierto. La verdad es que no sabía que eras tan viejo.

-¿Pero qué estás diciendo? ¡Soy mucho más joven que tú!

—Eso no es cierto. Además, soy un tipo aburrido. No creo que mi historia

pasada sea demasiado interesante.

—Eso lo decidiré yo. Habla.

Andy soltó una sonora carcajada. Luego, tras ver la cara de pocos amigos de Peter, recuperó la compostura y se calló.

—Está bien, no te enfades. ¿Qué quieres saber?

—Un poco de tu vida: tus orígenes, tus padres, tu primer amor,... ¡Quiero saberlo todo! Y no te dejes ningún detalle. ¡Me encantan!

—Nací en Austin, Texas. Mi padre era militar y mi madre trabajaba en casa.

—¿No tienes hermanos?

—No. Soy hijo único. Durante el parto hubo complicaciones en la cirugía. Mi madre tuvo que ser operada de urgencia y tuvieron que extirparle el útero. Casi no sobrevive. Perdió mucha sangre y estuvo varios días ingresada en la UCI.

—A veces pasa. Un parto es una intervención que se puede descontrolar en segundos, con graves consecuencias tanto para la madre como incluso muchas veces para el bebé.

-Sí, eso es cierto. Como ya no podían tener más hijos mis padres se volcaron conmigo. Me consintieron todos los caprichos y nunca me negaron nada. A pesar de ello, siempre fui tímido e introvertido. Era aplicado y brillante en los estudios pero nunca tuve muchos amigos. Texas sigue sin ser hoy día un lugar muy apacible para que alguien con mi condición crezca libre así que imagina cómo era hace 30 años.

—Tuvo que ser muy duro.

—Lo cierto es que sí. Hasta los 10 o 11 años todo fue más o menos bien. Todavía no tenía las hormonas a flor de piel y pude pasar desapercibido. Luego, de repente, todo cambió.

—El maldito acné.

—Me di cuenta que me empezaban a gustar cada vez más algunos de mis compañeros de clase. Yo disimulaba bastante bien pero siempre sucedía algo que me descubría. Un gesto o una mirada en las duchas bastaban para delatarme. Me llegué a odiar a mi mismo durante años. Pensaba que llevaba la palabra marica escrita en la frente. De hecho, no soportaba ni mirarme al espejo.

—¿Y tus padres? ¿Qué tal lo llevaron?

—Mi madre creo que lo supo desde un principio. Una calurosa tarde de Julio me lo preguntó sin rodeos. Recuerdo que estábamos sentados en el porche tomando un vaso de limonada helada. La pregunta me pilló totalmente por sorpresa. Me quedé absolutamente bloqueado y no supe qué responder. Aunque lo cierto es que no hizo falta. Al parecer tenía la respuesta escrita en mis ojos. Ella, bastante emocionada, me miró a la cara durante unos segundos y luego, con los ojos bañados en lágrimas, me abrazó.

—Las madres siempre han llevado mejor este tipo de situaciones. ¿Cómo se lo tomó tu padre?

—Nunca llegamos a hablar. Al menos no de manera directa. Una vez que veníamos de un partido de béisbol sacó el tema, aunque a su manera.

—¿Qué te dijo?

—Me explicó que mi madre le había contado mi problema. Estoy seguro que no le fue fácil hablar de aquello. Es un hombre muy orgulloso y tradicional. Tuvo que ser un palo que su único hijo fuese un marica. Durante aquella conversación noté cómo su voz destilaba desprecio y vergüenza en cada palabra. Sólo me llegó a pedir una cosa.

—¿Qué?

—Discreción. Le daban igual mis gustos pero lo único que deseaba era no verme un día vestido de mujer ni llamando la atención en algún sitio público. Yo me limité a asentir y quedarme en silencio. En ese preciso instante, la relación con mi padre se rompió. Con el paso de los años ha mejorado pero nunca hemos vuelto a tener esa complicidad que teníamos cuando yo era un niño.

—Ha debido de ser duro. ¿Y qué tal en el instituto? Yo es la época de la que guardo los mejores recuerdos. Aunque también los peores.

—Durante algún tiempo cambiamos de domicilio cada pocos meses hasta que mi padre consiguió destino definitivo en la base de Fort Hood. Eso ayudó puesto que en algunos institutos descubrían mi homosexualidad cuando yo estaba casi haciendo las maletas. Con 18 años recién cumplidos y tras graduarme, me alisté en el ejército. Supongo que intentaba compensarle por haberle salido rana. Aunque de haber tenido claras las consecuencias, no me habría inscrito jamás. Con los años me confesó que hubiese preferido que estudiase Derecho o Medicina.

Durante unos segundos Andy se detuvo, desempolvando en su cabeza toda una batería de recuerdos. Peter se mantuvo callado de manera respetuosa, brindándole una reconfortante sonrisa. Andy, después de devolvérsela,

prosiguió.

—Tras el shock inicial, mis padres respetaron mi decisión. Yo sólo tenía la aspiración de llegar a ser tan buen soldado como lo era mi padre. Trabajé muy duro. Estuve lejos de los problemas y cumplí siempre las ordenes al pie de la letra. Fui un soldado modelo. Soldado de primera a los 20, Cabo a los 22 y Sargento a los 25. Hice misiones, sobre todo logísticas, en Sudamérica y Oriente próximo. Volví e intenté entrar en los SEALs en varias ocasiones, pero no pude conseguirlo. A pesar de ello, con 29 años ya era subteniente. Mi padre empezó a estar de nuevo orgulloso de mí. Tenía un futuro prometedor. Entonces, ocurrió algo horrible.

-¿Qué pasó?

—Destinaron a mi unidad al Teniente Coronel Thomas Powell, el mando más cabrón, retorcido, racista y homófobo que ha dado el ejército. No tardó mucho tiempo en fijarse en mí. Me tanteó y empezó a acosarme. Yo sabía que si me quejaba, estaba acabado. Así que aguante durante meses. Pidió que me trasladasen a su unidad y comenzó a hacerme la vida imposible. Yo siempre fui muy discreto en mis relaciones. Pero él no cejó en su obsesión por mí.

—Tal vez él también fuera gay. Los reprimidos que no han salido del armario pueden llegar a ser mucho más retrógrados que los heterosexuales.

—Supongo que es una posibilidad, aunque yo nunca tuve pruebas. Una mañana de sábado me hizo llamar. Cuando me presenté en su despacho, me lanzó una sonrisa al tiempo que desparramaba una montaña de fotos sobre la mesa. En ellas, se me veía besándome con el Cabo Jan Olliver, un joven de Utah que llevaba sólo dos meses destinado en la base. Nos había mandado seguir fuera de la base. De hecho, las fotos nos las hicieron en un parque. Exigió mi renuncia por escrito bajo la amenaza de hacer llegar las fotos a mis padres y repartirlas por toda la base —musitó Andy apagando su voz como lo hace la llama de una vela.

—¿Qué pedazo de escoria!

—No tuve más remedio que renunciar. Aquella historia los habría devastado, sobre todo a mi padre. A ellos les dije que estaba harto de maniobras y estar en despachos rellenos de papeles. Así que, con relativa facilidad y sobretodo gracias a mi formación militar, entre en el FBI. Estuve varios años haciendo trabajos menores de vigilancia e inteligencia. Luego, con 34 años, me ofrecieron el puesto de inspector aquí en Augusta. Aunque sabía que era una ciudad pequeña, con una tasa de delincuencia mínima, la idea me sedujo muchísimo. Acepté y aquí sigo desde entonces.

—Vaya historia.

Ambos estuvieron callados un buen rato perdiendo su mirada sobre el lago Erie. Muchos sentimientos encontrados estuvieron revoloteando en el ambiente durante algunos minutos. Viejos recuerdos y heridas que jamás llegarían a cicatrizar. Peter miró de soslayo a Andy que tenía la mirada perdida en el infinito. El silencio se hizo patente en el interior del vehículo. Nadie observaba el viejo Cadillac que los seguía unos cientos de metros por detrás.

Un rato después, sobre las dos de la tarde, llegaron a Cleveland. Antigua ciudad manufacturera, era la segunda más grande del Estado de Ohio. Sus negocios de industria pesada se habían diversificado en otros sectores como servicios, sanitarios e investigación. Además, tenía una de las redes públicas de bibliotecas más importante de todo Estados Unidos. Recientes estudios la colocaban como una de las mejores ciudades para vivir de todo el país.

—Cleveland es una preciosa ciudad para vivir —pensó Andy en voz alta.

-La verdad es que sí.

—Si te parece bien podemos pedir algo para llevar. Así iremos más rápido. Me gustaría dormir en Chicago esta noche a ser posible. Hay un restaurante de comida para llevar un par de salidas más adelante.

—Me parece perfecto.

Unos quince minutos más tarde se detenían en una sucursal de una conocida cadena nacional de hamburgueserías. Tras cambiarse de asientos, devoraron con ganas dos grasientas hamburguesas dobles con queso y beicon, medio litro de refresco y sus correspondientes e hipercalóricos helados. Fueron al baño y, tras estirar un poco las piernas, reanudaron la marcha. Eran algo menos de las tres de la tarde. Si no había incidencias, estarían en Chicago sobre las 8 de la noche. No tenían tiempo que perder.

—En un rato haz el favor de despertarme. No quiero dormir todo el camino. Así además te daré conversación.

—De acuerdo. Duerme tranquilo.

Andy reclinó el asiento y se durmió en menos de un minuto. Peter lo miraba con ternura. Además de muy atractivo, era un buen tipo. Cuando estaba junto a él se sentía seguro. Peter suspiró. El nunca se había enamorado y se sorprendió al verse con una sonrisa de oreja a oreja en el pequeño espejo interior del coche. La vida a veces es muy peculiar. Justo ahora, en una situación tan importante de su vida, el amor por fin aparecía. Aunque lo cierto es que el momento no podía ser más inoportuno. Volvió a suspirar. Nada se podía hacer por luchar contra los sentimientos. Sacó su mirada del varonil

rostro de Andy y observó el paisaje que los rodeaba. Extensas llanuras y campos de cultivo abundaban por doquier mientras las azules aguas del lago Erie dominaba todo el paisaje. Un pequeño velero surcaba sus aguas a unos cientos de metros de la orilla con sus blancas velas henchidas por el viento. Todo iba a cambiar. De hecho, todo había cambiado ya.

Un par de horas después, Peter se detuvo a echar gasolina. Andy se despertó sobresaltado del asiento del copiloto.

—Tranquilo, Andy. Sólo he parado a echar gasolina. Quedan unos 20 kilómetros y son las seis. Vamos bien de tiempo – dijo tranquilizador Peter, que se bajó del coche y se dirigió al mostrador de la tienda para pagar la gasolina.

Andy gruñó y se estiró. De pronto se quedó helado por algo que había visto por el espejo retrovisor. Unos 50 metros antes de entrar en la gasolinera, en el arcén de la interestatal 90, un Cadillac del 68, negro, con las lunas tintadas, estaba detenido. Disimulando, se bajó del coche y entró en la tienda, encaminándose directamente hacia donde estaba Peter.

—¿Qué sucede? -preguntó Peter preocupado.

—No mires. En la cuneta, 100 metros por detrás de donde está nuestro coche, hay detenido un Cadillac negro del 68. No hagas nada raro. Paga, ve y montate en el coche. Yo iré al baño, saldré por la puerta trasera e intentaré interceptarlo – contestó Andy con autoridad.

—Está bien.

Andy se dirigió al baño y, evitando hacer ruido, salió por la puerta de emergencia de la tienda. Corrió paralelo al muro y se adentró en el bosquecillo que circundaba la gasolinera. Bordeó unos 100 metros la primera línea de pinos y empezó a acercarse, lentamente, al vehículo. Estaba a unos veinte metros y casi podía ver la matrícula del Cadillac cuando, de repente, el coche aceleró y salió cómo una exhalación, metiéndose en la autopista de manera temeraria. Andy, sorprendido, salió de su escondite y, pistola en mano, corrió hacia la carretera. Se había escapado. Contrariado, regresó corriendo al Ford Explorer.

Mientras se montaba en el coche, Peter miró inquisitivamente a Andy.

—Se ha escapado –escupió escueto Andy  
-Ya veo. ¿Has podido ver la matrícula?

-No. Justo cuando iba a acercarme ha huido.

—Es una pena. Menos mal que mi móvil tiene una cámara con un zoom óptico brutal –replicó Peter al tiempo que le pasaba a Andy una fotografía hecha con su teléfono en la que, aunque de manera borrosa, se leía perfectamente la matrícula del vehículo.

Andy miró sorprendido a Peter. Con evidente excitación, cogió su teléfono dispuesto a hacer una llamada al tiempo que le hacía un gesto a Peter para que siguiese conduciendo él.

—De nada – dijo ligeramente sarcástico Peter, que ya se estaba cambiando de sitio para ponerse al volante.

Andy dibujó un “Gracias” con sus labios sin emitir ningún sonido mientras se acomodaba en el asiento del copiloto y se ponía el cinturón de seguridad.

—Con el inspector Norris, por favor.

—Me debes una cena. Y será cara –exigió Peter simulando estar enfadado, tras lo cual arrancó y se metió de cabeza en la interestatal.

Andrej todavía se recuperaba del susto. Se había incorporado a la carretera con tantas prisas que casi choca con un camión cargado de cervezas. Con el corazón latiendo desbocado como un joven potro, intentó controlar lentamente su respiración. Estuvo con el pie en el acelerador a fondo durante varios kilómetros hasta que pudo tomar la siguiente salida, perdiéndose durante unos 10 km por carreteras rurales de la zona. Cuando se calmó y volvió a tener la sensación de seguridad, se detuvo en la parte de atrás de un granero abandonado. Sacó el caro equipo localización GPS portátil y encendió la pantalla. El puntito que indicaba la posición del coche del inspector Harper seguía circulando por la interestatal 90, a unos 30 km de su posición. Andrej suspiró, dejó el equipo encendido en el asiento de al lado y arrancó de nuevo su viejo coche. Tendría que cambiarlo. Mierda. Odiaba dejar a su pequeño en un sucio garaje aunque sólo fuese para un par de meses. Pero no había otra solución. Sabía a quién podía recurrir. Y no iba a ser barato. Con resignación, dio la vuelta y se incorporó de nuevo a la vieja carretera comarcal, perdiéndose en sus sombras.

—Gracias, Harry. Ya hablaremos –dijo Andy al tiempo que acababa la conversación.

—¿Qué te ha dicho?

—La matrícula es falsa. Pertenece a Lilian Stone, una anciana de 92 años que vive en las afueras de Santa Mónica, California.

—Lo siento, Andy.

—¿Sentirlo? ¡No digas tonterías! Tú no tienes la culpa de que la matrícula sea falsa. Gracias a ti hemos estado cerca de pillar a ese malnacido.

—Estamos a diez kilómetros de Chicago. ¿Vas a llamar a alguna de las personas que quieres ver? -pregunto Peter.

—No. Estamos cansados y ha sido un día muy largo. Hablaré con ellos luego e intentaré quedar mañana —dijo Andy con marcas de fatiga surcando su rostro.

—Bien, esta noche no dormiremos en un motel mugriento. Vamos a ir a un pequeño hotel rural, cerca de South Bend. Tiene un baño en condiciones y camas de tamaño adecuado. Incluso tienen servicio de habitaciones. Necesitaremos dormir bien y recargar las pilas. Mañana será un día muy largo. ¿Te parece bien? —propuso Peter con autoridad.

Andy levantó las manos en señal de rendición. No tenía fuerzas para oponerse a nada. Y tampoco tenía ganas de hacerlo.

Quince minutos más tarde llegaban al pequeño hotel que había recomendado Peter. Enclavado en una zona escondida y apartada, habían pasado varias intersecciones en la carretera que Peter había cruzado sin vacilar. Parecía que conocía muy bien el camino. Era un edificio de madera de dos alturas enclavado a los pies de una colina y con un pequeño bosquecillo de pinos y abedules en su parte posterior. Las plantas del edificio tendrían unos 150 metros cuadrados de superficie cada una. Alrededor, diseminadas por el bosque, había media docena de pequeñas cabañas de madera. Al bajar del coche Andy notó cómo el aire era fresco y estaba cargado de aromas a madera y vegetación húmeda. Se giró a observar a su izquierda y se sorprendió con la nitidez con la que brillaban las aguas del lago Michigan mientras al fondo la ciudad de Chicago se asomaba curiosa. El lugar era idílico y la imagen, de postal. Peter se bajó de un salto y fue directo a recepción. Unos minutos después volvía sonriente con una llave en la mano mientras Andy todavía se estaba deleitando con las vistas.

—Precioso, ¿verdad?

-Sí. Lo es. ¿Ya habías estado aquí antes?

—Eso te lo responderé luego. Pongámonos en marcha, inspector. Bungalow número 13. ¡Se me está empezando a helar el culo!

Andy suspiró y cogió el equipaje. Cerró el coche y siguió a Peter. La pequeña cabaña era más grande y acogedora de lo que cabría imaginar con su imagen externa. Nada más entrar se observaba una pequeña chimenea. Justo a su izquierda había un gran cesto de mimbre con leña y todos los elementos

necesarios para encenderla. En el salón había además dos butacones de piel antigua y frente a estos estaba, alojada en la pared, una televisión de plasma. A la derecha del salón se abría paso una cocina americana con un minúsculo frigorífico, un microondas y unos fogones. Justo delante, sobre una tarima de unos 50 centímetros se hallaba una cama de matrimonio de dos metros por dos metros. Ambos se quedaron mirando la cama muy serios para luego echarse a reír. Al lado de la cama estaba el cuarto de baño. Era enorme y estaba totalmente reformado. Tenía una zona con una ducha doble muy espaciosa y con una espectacular mampara de cristal. A su lado, un jacuzzi para dos personas se desplegaba a los pies de un ventanal que dominaba las mejores vistas. Peter miró a Andy y le sonrió.

—No es la primera vez que vienes por aquí, ¿verdad? preguntó ligeramente enfadado Andy.

—Lo cierto es que no. Conozco este sitio de un congreso nacional de Anestesia pediátrica que se celebró en Chicago hace unos años.

—¿Y qué tal estuvo?

—¿El congreso? No lo sé. No llegué a ir ni un solo día. Ve duchándote que yo mientras voy a pedir la cena.

Andy fue a decir algo pero estaba demasiado cansado. En cuanto Peter se marchó del baño, se desnudó y se metió bajo el potente chorro de la ducha. Notó cómo su cansancio se evaporaba. Unos quince minutos después, Peter entró de nuevo en el servicio. El vapor del agua empañaba los cristales. Andy frotó con la mano el cristal a la altura de su cara y observó como Peter se desnudaba lentamente al notar cómo era observado.

—Espera un segundo que enseguida termino.

—Tranquilo. Hay dos duchas distintas para poder ducharse. Lo podemos hacer al mismo tiempo. Relájate —dijo Peter al tiempo que, de un salto, se metía dentro de la ducha con Andy.

Desde el primer segundo Andy se sintió violento. Se giró contra la pared intentado disimular su nerviosismo. Hacía mucho tiempo que no estaba en una situación parecida. Incluso sus últimos encuentros con Harry fueron polvos rápidos bajo el edredón, en una cama y con la luz apagada. De repente, Peter lo agarró de los hombros y lo giró, quedando ambos hombres desnudos frente a frente. Después de soltarlo, se retiró y, con una sonrisa pícaro, empezó, a menos de un metro de Andy, a enjabonarse todo el cuerpo con sumo cuidado. Lo hacía lentamente, de manera muy sensual, mientras el agua relamía su cuerpo. Andy, totalmente bloqueado, observó la espectacular y modelada

anatomía de Peter y, sin poder controlarlo, su cuerpo empezó a verbalizar la excitación que sentía. Avergonzado, hizo el amago de volver a girarse contra la pared pero Peter, con un movimiento suave y firme, lo impidió. Andy se quedó clavado mirando la parte más sobresaliente del cuerpo de Peter, que crecía por segundos. Él también estaba bastante excitado aunque el pánico lo mantenía paralizado. Entonces intentó empezar a hablar.

—Yo, es que..no sé, Peter. Hace tanto tiempo... no sé si....esto es un error.

—Tranquilo, Andy. Aquí no está pasando ni va a pasar nada que no quieras que suceda. No tengo prisa. Me gustas lo bastante como para esperar a que estés preparado.

—Además, el servicio de habitaciones vendrá en cualquier momento – esgrimió Andy con cierta desesperación.

—Les he dicho que trajesen la cena dentro de una hora – contestó Peter con picardía.

Andy dibujó una media sonrisa. Miró a Peter a los ojos y terminó de derribar los últimos muros mentales que bloqueaban su cerebro, dejándose llevar. Peter se acercó y, con suavidad, besó a Andy en la boca, estallando ambos al instante de manera casi violenta, al igual que lo harían dos huracanes que se encuentran en mitad del cielo. Y en ese instante dejaron de ser dos personas para convertirse en un solo ser.

## *Capítulo 9 La caza*

Andrej se encontraba en la calle Trempton, cerca de Garfield Boulevard, en pleno corazón de Chicago, y aunque era uno de los barrios más peligrosos de Estados Unidos, él se movía por allí como pez en el agua. No en vano, vivió en Chicago los primeros años que estuvo en el país, después de huir de Croacia. Paseaba por la calle después de acabar de dejar su espectacular y querido Cadillac en el local de un viejo conocido suyo de muy mala reputación, previo pago de dos mil dólares por su guarda y custodia. Además, un par de miles más iban a conseguirle un coche limpio en tan sólo unas horas. Parecía que su suerte estaba cambiando. Llegó a la esquina de la calle Trempton con Folliet y, mientras esperaba su nuevo transporte, se sentó en el “Little Kiev”, un pequeño bar ucraniano que conocía de sus primeros años. Pidió un poco de Borsch, el plato típico del país, que en aquel local lo preparaban de manera sublime. Mientras esperaba, cogió su móvil y llamó por teléfono a su jefe.

—Soy yo. Estoy en Chicago. Tenway y el inspector están en un pequeño hotel rural a 10 minutos de aquí —dijo Andrej de manera escueta.

—¿Cómo? ¿No estas con ellos? ¡Vas a perder su rastro!

-¡Quiere estar tranquilo! Les he colocado un dispositivo

GPS. Lo llevan en el coche y están localizados en todo momento. He tenido que venir a Chicago a cambiar el coche por un percance que tuve en una gasolinera. Casi me pillan.

—¿Estás seguro que tienes la situación controlada, Andrej?

—preguntó la voz, ligeramente más tranquila.

—Sí, señor. En dos horas tendré un nuevo vehículo. Ya he hablado con mi primo Ivasnitch y me prestará un par de sus chicos. ¿Quiere que acabe esto de una vez o sigue pensando que es mejor seguirlos?

—Sigue con el plan establecido. En cuanto salgan de Chicago, síguelos y mátalos en la primera oportunidad que tengas. Eso sí, no quiero ruido, ¿entendido?

—Entendido, señor. ¿Algo más?

—Sí. Antes de deshacerte de ellos, recupera toda la información que encuentres. Luego, no dejes rastro. Llámame con cualquier novedad. Adiós —dijo la voz, colgando antes de esperar respuesta.

Andrej se separó el teléfono de la oreja y torció una sonrisa mientras

miraba la pantalla del móvil. Menudo imbécil. Si no fuese por los cuarenta mil dólares que le pagaba, Andrej ya habría zanjado el asunto, ajustándole las cuentas a aquel malnacido. Aunque, al fin y al cabo, los negocios son los negocios. Hundió su cuchara en el plato de Borsch todavía humeante y, por un segundo, se trasladó de nuevo a los sabores de su infancia.

Andy se sentó a la pequeña mesa que tenían delante de la cocina y bebió un buen trago de cerveza. Miró lo que había traído el diligente servicio de habitaciones y suspiró. Un par de filetes en su punto con patatas fritas, una ensalada Cesar y un poco queso camembert frito con confitura de arándanos, regado con media docena de botellas de Budweiser metidos en una cubitera con hielo. Insuperable. Sin más preámbulos Peter y Andy se sentaron a comer en albornoz. Alguna mirada cómplice entre bocado y bocado y un par de brindis con los cuellos de sus cervezas fue el único dialogo que tuvieron. Ambos hombres estaban exhaustos y hambrientos. Unos diez minutos después de acabar con la fabulosa cena, Andy se levantó de pronto al oír la vibración de su teléfono móvil.

—Aquí el inspector Harper, ¿Quién es?

—Gracias por cogerme el teléfono, inspector. Le llevo llamando más una hora. ¿Qué demonios estaba haciendo? Mejor no conteste a eso -interpeló la voz del comisario Michaels.

Tras escuchar la voz del comisario, Andy se tensó como las cuerdas de una guitarra.

—Estaba duchándome, señor. Ya hemos llegado a Chicago. Si todo va bien, mañana por la noche estaremos regresando a casa.

—¿Duchándose? En fin. Eso no va a ser posible, inspector. He recibido órdenes de que vuelva usted aquí inmediatamente. Digamos que su situación en el departamento ha variado de manera sustancial, Harper.

Durante unos instantes, Andy se mantuvo en silencio.

-¿Cómo que ha cambiado mi situación? ¿A qué se refiere?

—No es un tema cómodo de hablar, Andy. Y menos para que lo hagamos por teléfono. Debe volver y cuanto antes mejor. Cuando esté de regreso en Augusta le mandará toda la información del caso a la sede central del FBI en Chicago. Ellos se encargarán de todo desde entonces. Es una orden.

—Lo siento, señor. Si no me explica qué sucede, no pienso hacerle caso.

—¡Es usted un cabezota! Está bien. Usted gana. Pero más que explicárselo,

se lo voy a enviar al móvil.

Andy separó el aparato de su oreja y, al instante, le llegó un archivo con varias fotos. Su rostro palideció como la cera en cuanto abrió el archivo adjunto. Después de unos segundos que usó para recomponerse, Andy se volvió a colocarse el teléfono para hablar con el comisario.

—Entiendo que al departamento pueda que no le gusten estas fotos, señor, pero no entiendo en que influyen para la investigación del caso.

—¿Qué no lo entiende? Mire, Harper, a mi este tipo de situaciones me dan igual. Cada cual en su vida y en su tiempo libre debe hacer lo que le parezca. Pero yo no dirijo el departamento de FBI de Maine. Vive usted en una zona del país donde, por decirlo de manera suave, este tipo de estilos de vida todavía son poco aceptados. El comisario jefe me ha dicho que el dinero de los contribuyentes no está para permitir que...

—¿Para permitir qué? ¡Ahora no vaya a callarse, comisario! Michaels suspiró al otro lado de la línea.

—Para permitir que un marica se vaya de vacaciones a Chicago con su novio -dijo el comisario con la voz temblorosa.

—Comprendo.

La tensión a ambos lados de la línea se podía cortar con un cuchillo.

—No se enfade conmigo, Harper. Yo he tenido una tremenda discusión con mis superiores por este motivo. Les he dicho que es usted un excelente policía, con un historial intachable y que siempre ha sido un profesional modélico.

—Pero supongo que eso hoy en día todavía no es suficiente, ¿verdad, señor?

—Al parecer no. Al menos no en el Estado de Maine, Harper.

—Todo esto es una mierda, señor.

—Lo sé, Andy. ¿Sigue creyendo que lo de esa mujer fue un asesinato? -preguntó el comisario.

Andy meditó durante unos instantes su respuesta.

—Totalmente -contesto Andy.

Entonces comenzó a explicarle al comisario el incidente con el Cadillac negro. Michaels no daba crédito a la nueva información.

—Esto se oscurece cada vez más, Harper.

—Lo sé. Si a todo esto le sumamos el hecho que se hayan tomado la molestia de seguirme para fotografiarme, mi teoría adquiere cada vez más

consistencia. Hay alguien que desea que este caso no se esclarezca, señor. Hay alguien que no desea que se aclaren las muertes de Ellen y su hijo. Y creo además que ese alguien es una persona con bastante peso, señor.

—Entiendo —susurró el comisario quedándose unos segundos en suspenso—. Está bien, inspector. Le cubriré. 48 horas más. Averigüe lo que pueda y que sea rápido. No apagaré el teléfono pero debe mantenerme al corriente de todo, ¿de acuerdo?

—Por supuesto, señor.

-Hasta pronto, Harper.

—Perdone comisario, hay una cosa más. Sólo por curiosidad, ¿qué va a decirles a los de arriba?

—Pues la verdad es que no tengo ni la más remota idea. Suerte y tenga cuidado.

-Si señor. Lo tendré. Una última cosa, ¿Cómo llegaron las fotos al departamento?

—Lo hicieron de manera anónima. ¿Algo más? -respondió el comisario ligeramente molesto.

—Nada más. Gracias, señor.

—No hay de qué. Espero que, por su bien y el mío, no se equivoque. Adiós.

Andy dejó el teléfono encima de la mesa y se quedó sumido en sus pensamientos mientras daba vueltas de un lado a otro de la habitación. Peter le miraba con preocupación.

—¿Qué sucede?

—Alguien quiere quitarme del caso —contestó Andy mientras enseñaba a Peter la foto en la que salía besándose con el agente Norris.

—¡Malditos bastardos! Aunque la verdad es que sales bastante guapo, Andy.

—Gracias. La próxima vez me pondré del lado derecho. Es mi perfil bueno —contestó Andy sarcástico.

—No te enfades. Además, ¿qué importa que te hayan pillado en esas fotos? ¡Estamos en el siglo XXI, por Dios santo!

—Parece que no en el Estado de Maine.

Entonces Andy le contó las presiones sufridas por el comisario para que le apartara del caso. Peter palideció.

—Sí. Hay algo más detrás del asesinato de Ellen -dijo Andy pensando en voz alta al tiempo que empezaba a vestirse y ponerse de nuevo sus vaqueros.

—¿A dónde vas? Es muy tarde. Quédate aquí y mañana iremos a Chicago – ronroneó Peter mientras se levantaba de la silla y se acercaba al inspector con intención de abrazarle.

Andy se separó de él antes de que lo agarrase. Peter se detuvo en seco, quedándose un poco cortado.

—No te enfades, pero no puedo esperar a mañana. Me encantaría quedarme aquí y pasar contigo la noche pero necesito encontrar información y volver a Augusta lo más rápido posible. Si no, mucho me temo que me apartaran del caso y pasará al FBI, perdiéndose entre montañas de expedientes como sucedió con el de su hijo. Es importante, ¿Lo entiendes, verdad?

—Sí, por supuesto –dijo Peter mientras se acercaba a la maleta y empezaba a ponerse los pantalones.

—¿Qué haces?

—Voy contigo. Me vestiré porque aunque hemos ganado bastante confianza en las últimas horas, no creo que sea adecuado que te siga por Chicago en cueros, inspector -dijo Peter ante la mirada de incredulidad de Andy-. Y por cierto, no pongas esa cara. Si hay alguien siguiéndonos es mejor que esté contigo en vez de aquí sólo. Además, no debes olvidar que yo también he estado en el ejército. No soy precisamente una hermana de la caridad inocente y desvalida.

Andy lo miró, suspiró y le lanzó a Peter su camiseta, que estaba arrugada en una esquina de la cama.

—Te espero fuera. Mientras terminas iré haciendo un par de llamadas – dijo Andy al tiempo que salía por la puerta.

Andy salió de la pequeña cabaña y bajó por el camino empedrado en dirección al aparcamiento. Llegó al coche y cuando estaba delante de la puerta miró su reloj. Eran poco más de las ocho de la tarde. Abrió el teléfono para llamar al tiempo que intentaba sacar las llaves. Sin querer, estas se les resbalaron, cayéndose al suelo. Cuando Andy se agachó a recogerlas, vio un pequeño aparato adosado al eje trasero de su coche. Se acercó y observó con detenimiento el artefacto. Reconoció enseguida el nombre que llevaba grabado en letras doradas en su lateral. Con cuidado, lo arrancó y se acercó a una vieja

papelera cercana que parecía llevar años sin ser vaciada. Cogió una lata de refresco del suelo y le acercó la zona imantada del dispositivo GPS. Ambos se pegaron como pan y mantequilla. Luego, con mucho cuidado, Andy dejó el dispositivo al fondo de la papelera. Esos dispositivos emitían una alarma a su receptor si estaban más de un minuto sin estar adosados a algo. Lo único que esperaba Andy es que el servicio de recogida de basuras de Chicago no fuese el más eficiente del país y tuviese en mente hacer vaciado de papeleras esa noche. Volvió a su coche, abriendo el capó delantero en busca de explosivos. No encontró nada en absoluto. Andy sabía que había cometido un error al subestimar a sus oponentes. Había bajado la guardia y eso les podía haber costado muy caro. No volvería a suceder. Cogió el teléfono y marcó. Al otro lado, alguien descolgó el aparato.

Andrej se paseaba en un Toyota Land Cruiser último modelo con sus dos nuevos amigos, Yaroslav y Dimitri. Su "hermano" Ivasnitch (como ambos hombres se llamaban, aunque ningún lazo de sangre les unía) había dado ordenes a dos de sus matones que le acompañasen. Se conocieron en los últimos años de la guerra de los Balcanes. Ambos eran mandos intermedios de la sección de élite del ejército croata: el BSD. Llevaron a cabo más una veintena de misiones juntos, todas con éxito. Por eso cuando Andrej, recién llegado a Chicago recibió el aviso de la llegada de Ivasnitch, la alegría le embargó. Juntos, desde un taller de mecánica situado en la calle Thompson empezaron a sentar las bases del grupo que, en aquel momento, gobernaba con mano de hierro el barrio de Englewood y la mitad de West Garfield Park. Andrej, no obstante, cansado de tanta lucha, había decidido hacía años abandonar la organización que él mismo había creado. A Ivasnitch no le hizo demasiada gracia quedarse al mando totalmente solo pero, al fin y al cabo, él y Andrej eran como hermanos. Ninguno de los dos confiaba en nadie más en todo el mundo.

—¿Dónde vamos, señor? -preguntó Yaroslav.

-Nos hace falta otro coche –dijo Andrej de manera escueta. El calvo gigantón asintió con indiferencia.

Unos minutos después llegaron al taller concertado. Los tres hombres se bajaron del vehículo y entraron por una puerta lateral del local. Minutos después salían con las llaves de un Ford 250, una espectacular pick up de color negro. Andrej se acercó a los dos hombres que le acompañaban.

—Tenemos que seguir a dos hombres. Uno de ellos es inspector de policía de Augusta, en el Estado de Maine. Están rebuscando sobre algo que no deben

buscar –dijo Andrej.

—¿Hay que matarlos?

—No, de momento. No deben darse cuenta de que los seguimos. Ya ajustaremos cuentas cuando abandonen la ciudad. ¿Está claro? -ordenó Andrej.

—Sí. Todo claro, señor –respondió Yaroslav mientras Dimitri, en silencio, también asentía con la cabeza.

—En marcha. Dimitri, tú ve en la furgoneta y síguenos. Toma este teléfono. Sólo podrás hablar conmigo –dijo Andrej al tiempo que sacaba un pequeño móvil de su bolsillo y se lo entregaba a Dimitri—. Recordad, no podéis ser vistos. Yaroslav, tú y yo iremos juntos en éste –terminó de decir Andrej al tiempo que se encaminaban hacia el todoterreno.

Instantes después los dos vehículos salían en dirección al pequeño hotel rural donde se alojaban Peter y Andy. Lo que no sabían es que hacía más de media hora que ambos hombres habían abandonado el complejo.

## *Capítulo 10 Edison Park*

Andy y Peter se dirigían al noroeste de la ciudad, en concreto a Edison Park. Era una amplia zona de viviendas que tuvo un crecimiento demográfico muy elevado a partir de 1950. La mayor parte de las familias de italianos que emigraron a Chicago se habían asentado en la zona dando lugar al nacimiento de multitud de negocios tales como lavanderías, restaurantes o pastelerías. En el corazón del barrio, en el número 24 de la calle Jefferson, es donde hacía ya algunos años habían decidido comprar su casa la familia de Ellen. Y hacia allí es a donde iban en esos momentos.

—¿Vamos a casa de Ellen? -preguntó Peter rompiendo el silencio reinante desde que salieran precipitadamente del hotel.

—No. Un año después de la desaparición del niño, Ellen la vendió. No creo que haya nada de interés allí -respondió Andy.

—Entonces, ¿dónde vamos?

-A casa de Mary-Anne Williams, su vecina.

-¿Su vecina?

—Sí. La noche de la desaparición del pequeño Eddie Norman, esa mujer vio un coche de color negro merodeando la zona. La policía no le dio importancia. Pasaremos por allí antes de ir a la casa de la hija del inspector Guinetti. No creo que nos lleve mucho tiempo -dijo Andy.

Ambos se quedaron unos segundos callados hasta que Peter se incorporó de golpe en el asiento.

—Mira, ahí esta. Esa es la calle Jefferson.

—Ya la veo. Buscamos el número 25 -dijo Andy, al tiempo que embocaban la calle reduciendo notablemente la velocidad.

Un minuto después detenían el coche delante de la casa de la señora Williams. Se bajaron del vehículo y se dirigieron a la entrada. Era una preciosa casa de una sola planta, pintada de color blanca. Tenía un cuidado porche victoriano en la parte delantera protegido con un espectacular jardín cuajado de rosas. En él, en una preciosa mecedora de mimbre, estaba sentada una anciana afroamericana. Se levantó en el momento en el que vio cómo los dos hombres se acercaban a su puerta.

—Buenas noches, agentes -dijo la anciana sorprendiéndoles a ambos -Sí, se que son policías. Se les ve a la legua. Es como si llevaran tatuada la

palabra policía en sus huesudas frentes. Y desde ya les digo que me da igual las denuncias que me ponga esa maldita polaca. Llevo más de cuarenta años viviendo aquí y no va a venir nadie a decirme cuándo puedo o no regar mis rosales –espetó la entrañable abuela de pie y con los brazos en jarra.

Andy sonrió y se acercó despacio a la mujer. Peter se quedó en un segundo plano.

—Buenas tardes, señora. Efectivamente somos policías – afirmó Andy mientras miraba de soslayo a Peter–, pero no sabemos nada de ningunos rosales. Venimos por otro motivo. ¿Es usted la señora Mary-Anne Williams? – explicó Andy con tono suave y seguro.

—Sí, lo soy. ¿Y cuál es ese motivo, si puede saberse?

—preguntó la anciana.

—La desaparición hace 10 años de Eddie Norman, su vecino. ¿Podemos pasar a su casa? -dijo Andy con cautela.

La anciana gruñó ligeramente contrariada. Luego se giró y les hizo señas para que la siguiesen. Entraron directamente al salón de la casa y se sentaron en un viejo sofá de piel, enfrente de una hermosa butaca que sirvió de asiento para la mujer.

—¿Han encontrado el cuerpo del chico, verdad? -preguntó la anciana con desdén.

—No. ¿Por qué pregunta eso, señora?

—No sé. Supongo que después de tantos años es lo que cabe esperar. Nadie cree ya que el pequeño Eddie vaya a volver a casa –reflexionó la mujer en voz alta.

—No. Yo soy el inspector Harper y este es mi colega Peter Tenway. Investigamos el asesinato de Ellen Cistar.

-¿Ellen Cistar? ¿Y quién demonios es esa mujer? -preguntó la anciana de manera vehemente.

—Ellen Cistar era el actual nombre de Ellen Norman, la madre del pequeño Eddie.

—¿Ellen ha muerto? ¡Pobre mujer! Primero su marido, luego su hijo y ahora ella. ¡Qué familia más desgraciada, por el amor de Dios!

—Sí, la verdad es que no han tenido mucha suerte –dijo Peter con tristeza.

—¿Ha dicho asesinada? ¿Qué ha pasado? ¿Cómo ha ocurrido? -preguntó de nuevo la mujer.

Andy le hizo un breve resumen del asesinato de Ellen. En el momento oportuno, con la curiosidad de la anciana ya encendida, lanzó el sedal.

—En nuestra investigación nos hemos topado en un par de ocasiones con la enigmática figura de un coche clásico, probablemente un Cadillac, de color negro. Y, después de leer los interrogatorios del día de la desaparición del niño me dí cuenta de que usted había visto un coche que podía ser el mismo que estaba implicado en el asesinato de Ellen – aseveró Andy.

—El coche que vi y que ustedes buscan es un Cadillac del 68, en color negro azabache –afirmó la señora Williams que perdió su mirada en el gran ventanal del salón.

Andy, interrogador experto, guardó silencio. Instantes después, con lágrimas rodando por sus arrugadas mejillas, la mujer comenzó a hablar.

—Ya supongo que da igual. No me queda nada en este mundo por lo que tener miedo. Mi único hijo falleció hace 6 años de esclerodermia pulmonar. Y mi marido Louis se reunió con él hace tan sólo dos.

—¿A qué se refiere, señora Williams? -preguntó Andy desconcertado.

—Yo sé quién fue el secuestrador del pequeño Eddie Norman –confesó la mujer con la mirada cabizbaja.

Peter y Andy se miraron boquiabiertos mientras se quedaban callados observando a la mujer. Tras exhalar un suspiro, la mujer continuó.

—Tras la desaparición del niño, se armó un gran revuelo. Durante semanas muchas personas iban y venían por el barrio haciendo preguntas. En la mayoría de las ocasiones eran periodistas ansiosos en busca de noticias frescas. Alguno incluso llegó a disfrazarse de policía. Atajo de hienas.

—Suele ocurrir, señora Williams. Siga, por favor.

—Se organizaron batidas en todo el barrio. Prácticamente todo el vecindario se implicó. La policía tomó declaración a todo el mundo. De todos los testimonios, siempre creí que el mío fue el único que aportó alguna pista. Cuando en los primeros días hable con Ellen, le conté lo que había visto. Tanto ella como yo le insistimos durante semanas al inspector encargado del caso en que esa era la pista a seguir pero no nos hicieron caso. Una noche, mi marido llegó a casa, visiblemente alterado. Trabajaba como mecánico en la central del departamento de policía de Chicago, reparando sus vehículos y aparatos electrónicos. Nunca tuvo mucho carácter mi Louis, pero siempre fue un buen hombre –dijo la anciana antes de callarse para tomarse una pausa y acariciar con nostalgia un retrato del matrimonio que había encima de una mesita de té cercana.

Andy miró con suavidad a la anciana, esperando que continuase su relato.

—Sí, es verdad. Esa fue la única noche durante los 33 años de nuestro matrimonio que mi Louis me gritó. Me insistió en que dejásemos en paz el tema de la desaparición del niño de los vecinos, que no sabía en el lío que nos estaba metiendo por insistir tanto con la policía.

—¿Y usted le preguntó por qué?

—Por supuesto. Cuando lo hice me respondió que nosotros también teníamos un hijo y que, si queríamos protegerlo, debíamos estar callados – siguió explicando la anciana destilando tristeza en cada palabra—. Yo conocía bien a mi esposo. El miedo que vi reflejado en su rostro fue suficiente para convencerme de que aparcara el asunto –continuó la mujer.

—¿Cómo se tomó Ellen su cambio de actitud?

-Muy mal. No lo entendía. Vino varias veces llorando a mi

puerta. A mí se me rompió el alma. Incluso una noche mi marido llegó a echarla de casa después de que nos llamase cobardes. A partir de ahí, nunca más nos dirigió la palabra. De hecho, no me enteré que se mudaba hasta que vi el cartel de “Se vende” clavado en el jardín de su casa –explicó la anciana.

—¿Sabe por qué su marido no quiso que usted siguiera ayudando a Ellen?  
-volvió a preguntar Andy.

—Creo que sí. Ellen contrató a un inspector con nombre italiano, Guideli, Guipenti,... -empezó a decir la mujer sin conseguir terminar de recordar el nombre.

—Guinetti. Inspector Paul Guinetti.

—Eso, Guinetti. No fue hasta la aparición del inspector cuando me empezaron a encajar las piezas del rompecabezas. Vino a vernos una noche y mi marido tuvo una fuerte discusión con él. En un momento de la misma mi marido le gritó a Guinetti que “no sabía con quien estaba jugando” y que “él quería mucho a su hijo y a su mujer para ponerlos en peligro” -dijo la mujer citando las palabras de su marido.

—¿Y qué hizo Guinetti?

—Se levantó y nos dijo que él también tenía una hija. Nos dejó una tarjeta con su teléfono y se marchó. Parecía un buen hombre. Sentí mucho su muerte cuando la leí en los periódicos unos meses más tarde. Aquello no hizo sino aumentar las suspicacias de mi marido. De hecho, llegó a prohibir a nuestro hijo Thomas que volviese a hablar de Eddie o de su madre –terminó de explicar la anciana.

—¿Acaso se conocían su hijo y el pequeño Eddie? -preguntó Andy de nuevo.

—Por supuesto. Iban juntos a la escuela. Eddie Norman era el mejor amigo de mi hijo —concluyó la anciana.

Andrej montó en cólera cuando vio que el Ford Explorer del inspector Harper no estaba en su aparcamiento. Se bajó del coche con cuidado de no hacer ruido y, tras observar que nadie le viese, sacó un pequeño aparato que delimitaba con un margen de error de 10 metros la posición del GPS. Su vista, de pronto, se fijó en la papelera que tenía enfrente, entendiendo lo ocurrido. Se le escapó una sonrisa.

—Chico listo —dijo en voz baja Andrej, mientras metía la mano en la papelera y, tras rebuscar un poco, sacaba la lata con el GPS pegado a ella.

Retiró el aparato valorado en casi veinte mil dólares y se dirigió de nuevo al vehículo.

—Vamos, tenemos que volver de nuevo a Chicago. Se han ido pero sé hacia dónde van. Dimitri, síguenos y estate atento al teléfono. Cuando llegemos al objetivo te llamaré para avisarte, ¿entendido? -ordenó Andrej mientras miraba al enorme ruso que estaba delante de la furgoneta.

Éste asintió y los tres hombres se montaron en los coches y salieron como una exhalación del aparcamiento del pequeño hotel. Andy y Peter todavía estaban sorprendidos por los hechos revelados por la anciana.

—Señora Williams, antes me ha dicho que usted sabía quién secuestro al pequeño Eddie. ¿Cómo está tan segura de eso? -preguntó Andy con astucia reconduciendo la conversación.

—Lo supe hace un par de años, un mes después de morir mi marido. Él, a menudo, se encerraba en el garaje a arreglar muebles y aparatos de todo tipo durante fines de semana enteros. Tenía aquello muy desordenado y con herramientas tiradas por todos sitios pero era un trabajador excelente. Miren, aquel mueble lo hizo mi Louis —dijo la anciana señalando un robusto armario de roble de doble puerta.

—Precioso, señora Williams. Siga, por favor —pidió Andy sutilmente.

—Sí, perdone inspector. Pues les contaba que, viendo la cantidad y calidad de las herramientas que mi marido tenía en el garaje y, al no vivir ya mi hijo, decidí montar un pequeño rastrillo para ganar algo de dinero. Me

partía el corazón pero la pensión que me quedó de mi Louis es demasiado pequeña para los tiempos que corren. De hecho, el entierro de mi marido me dejó casi sin dinero. Tardé varios días en ordenar y tirar toda la basura que había. La última tarde, cuando ya estaba a punto de irme a la ducha, fue cuando la encontré – dijo la anciana mientras se quedaba en silencio.

Andy y Peter se miraron expectantes.

—Debajo de una mugrienta caja de viejas piezas de coches encontré un dossier lleno de polvo. Al principio creí que se trataría de algún manual de reparaciones de un coche o algo así pero cuando lo abrí, me quedé desconcertada. En primera plana estaba una foto de un hombre de aspecto intimidatorio, con un tatuaje de una sirena atravesada por dos flechas en su brazo izquierdo. Era el hombre que vi la tarde que desapareció Eddie –contó la anciana casi entre susurros.

—¿Se acuerda del nombre? -preguntó Andy casi levantándose del sillón.

—Jamás podría olvidarlo. Se llama Andrej. Andrej Gabo – respondió la mujer con firmeza.

Andy y Peter se estremecieron. Al parecer, por fin tenían un nombre por el que comenzar.

—¿Cómo está tan segura que ese es el tipo que usted vio?

—preguntó de nuevo Andy mientras volvía a tomar asiento.

—Junto con la foto, venía su ficha policial. La leí y me estremecí, entendiendo por fin el miedo de mi marido. Si ese sujeto estaba implicado en la desaparición del niño, era mejor no cruzarse en su camino. No pude siquiera terminar de leer la cantidad de graves delitos que se le atribuían. La lista era casi interminable. Entre el resto de papeles encontré además una copia de los interrogatorios que nos realizaron a los vecinos. Para mi sorpresa, otro vecino más había visto al mismo tipo varias noches atrás merodeando la zona –afirmó la mujer, desconcertada.

—¿Qué vecino?

—El señor Geleri. Vivía tres casas más arriba, en el número 31.

—¿Vivía? ¿Se ha mudado?

—No. El señor Geleri murió hace varios años. En su casa ahora vive esa maldita polaca borracha que me hace la vida imposible –dijo resignada la mujer.

—Por casualidad ¿no habrá guardado usted todos esos documentos, señora Williams?

—Por supuesto. Acompáñeme a mi dormitorio y se los entregaré. Siempre he tenido la esperanza que alguien viniese algún día a por ellos. A mi ya no me valen de nada.

Peter y Andy siguieron a la mujer por el pasillo en dirección a su dormitorio. Por el camino intercambiaron miradas de incredulidad. El dormitorio al que entraron era una amplia estancia, con fotos de un joven de color puestas por todos lados. Ambos dedujeron que se trataba de Thomas Williams, el hijo de Mary-Anne.

La anciana se acercó a una gran cómoda de cuatro cajones. Abrió el primero y sacó una vieja carpeta de color azul, entregándosela a Andy. La abrió para hojearla y de su interior se cayó un dossier grapado. Parecía algún tipo de informe médico. Andy no pudo evitar echarle un vistazo mientras lo recogía del suelo y se lo entregaba a la mujer.

—Ah, esto deben ser los viejos informes médicos de Thomas. Unas pruebas tan caras y no sirvieron para nada – escupió la anciana.

—¿A qué se refiere? -preguntó Andy.

—A mi hijo le detectaron una enfermedad rara: esclerodermia pulmonar. Él nunca fumó y siempre fue un chico sano. El seguro de mi marido, en el que estábamos incluidos los tres, cubría los tratamientos más complejos. Varias especialistas nos recomendaron que la mejor opción era un trasplante pulmonar bilateral —explicó Mary-Anne, al tiempo que rozaba con la yema de sus dedos el rostro de su hijo Thomas en una foto en la que no tendría más de 11 años.

El silencio se hizo presente hasta que la mujer tuvo fuerzas para continuar.

—Pero el seguro nos puso muchas trabas. Nos pidió todo tipo de documentación. Al final, accedieron si nosotros costeábamos unos análisis muy caros que servían para buscar unos buenos pulmones para nuestro Thomas, a sabiendas que no podíamos costear dichas pruebas. Menudo atajo de golfos y ladrones —expresó la mujer indignada.

—Los seguros a veces marean a la gente para evitar darles las coberturas que tienen contratadas. Muchos llegan a morir enterrados en burocracia. Es asqueroso —explicó Peter visiblemente enfadado.

—Sí, eso es así. Lo que no sabían es que nosotros ya teníamos hechas esas

pruebas desde hacía años. Cuando sólo un par de días después de recibir la carta con las pruebas solicitadas nos presentamos en la sede del seguro con todo hecho y listo para el trasplante, no supieron que argumentar y no tuvieron más remedio que meter a mi Thomas en la lista de espera de trasplantes. A pesar de eso, los pulmones de mi niño no llegaron a tiempo. Thomas murió dos meses después de entrar en la lista –dijo la anciana con abatimiento.

—¿Cómo es posible que su hijo tuviese hecho esas pruebas, señora Williams?

—Fue más o menos un año antes de la desaparición de Eddie. La fundación del hospital de Illinois se ofreció a hacer un examen médico exhaustivo a todos los niños del barrio de Edison Park. Era un programa piloto para comprobar los beneficios de realizar exámenes médicos completos a los niños con el fin de detectar de manera precoz posibles enfermedades. Estaba aprobado por el mismísimo alcalde – afirmó la mujer con firmeza.

—¿Y se lo hicieron?

—Sí. Al principio todo el mundo receló pero luego todos aceptamos. Nuestros médicos de familia y pediatras nos explicaron que era una oportunidad especial y excelente para vigilar la salud de nuestros hijos. Y además, gratuita, que no es poco. Hasta el hijo del alcalde se la hizo. Sacaron sus fotos en todos los periódicos.

—¿Y el pequeño Eddie? ¿También se hizo el examen?

-Sí, por supuesto. El resultado fue bueno. Se hicieron el examen más de trescientos niños de entre doce y catorce años. Se detectaron problemas de mayor o menor gravedad en veinte de ellos. Según el hospital, fue un éxito rotundo – concluyó la mujer.

—¿No se repitió en años siguientes? -preguntó de nuevo Andy.

—No. Alegaron que los beneficios fueron escasos en comparación con el gasto realizado. Los padres no estábamos de acuerdo. Hicimos reuniones, las asociaciones de padres protestaron e incluso nos manifestamos en la puerta del ayuntamiento. No sirvió para nada. El poder del dinero, inspector.

Andy asintió con la cabeza. Luego miró a la anciana a los ojos, sosteniéndole la mirada.

—Me gustaría llevarme este dossier también, señora Williams. Si le parece bien, por supuesto.

—Desde luego que sí. Pero antes, sólo me gustaría decirle una cosa más,

inspector.

—Usted dirá.

—Los individuos que llevaron a cabo lo del secuestro de Eddie son gente muy peligrosa. Mi Louis no era un hombre fácil de asustar. Hay gente con mucho poder implicada en este asunto. Mire sino cómo han conseguido dar caza a la pobre Ellen después de tantos años. Ha de prometerme dos cosas.

—¿Y cuáles son?

—La primera es que tendrá mucho cuidado. No podría cargar con la culpa de haberle enviado a la muerte debido a la información que le he dado. Y la segunda es que, pase lo que pase, seguirá hasta el final. Ellen y Eddie merecen justicia –rogó de manera apasionada la mujer.

—Se lo prometo, señora Williams. Aclararé este asunto. Le doy mi palabra –afirmó Andy con solemnidad al tiempo que estrechaba la mano que la mujer le estaba ofreciendo.

Con lágrimas asomando por sus vivarachos ojos, la anciana los acompañó a la puerta. Salieron de la casa en dirección al coche todavía ligeramente aturridos. Andy no hablaba y Peter suspiró en un par de ocasiones. Se montaron en el coche con rapidez, quedándose los dos en silencio durante unos segundos. Andy abrió el dossier policial de Andrej Gabo, hojeándolo con detenimiento.

—¿Qué piensas? -preguntó Peter.

—No lo sé. Creo que tenemos un pez demasiado grande detrás del sedal y no sé si nuestra caña va a poder soportar el peso. Quien esté detrás del secuestro de Eddie y la muerte de Ellen a de ser alguien con mucha influencia. Viendo su ficha, Gabo tuvo que ser uno de los criminales más buscados y conocidos de su época. Y si consiguieron implicarle, tuvo que haber mucho dinero en la operación. Y a eso hay que unirle las altas cifras que a buen seguro se pagaron para comprar silencios, entre otros de la policía de Chicago y quien sabe si del FBI –dijo Andy al tiempo que cerraba el dossier y se mesaba los cabellos.

—Parece cómo si empezases a estar asustado.

—Por supuesto que no. Esos mal nacidos van a pagar por lo han hecho.

Ambos se miraron un segundo y luego sonrieron. Después Peter cogió el dossier policial de entre las piernas de Andy, rozándole ligeramente el muslo. Andy se tensó como las cuerdas de un violín. Abrió su móvil y se puso a hacer fotos con su teléfono a los documentos que había en la carpeta. Andy se le quedó mirando.

—¿Se puede saber qué haces? -preguntó Andy visiblemente enfadado.

—Sólo hacer una copia. Después del trabajo que nos ha costado encontrar pruebas, quiero estar tranquilos por si nos los roban o desaparecen. En cuanto acabe te los mando a tu correo electrónico –respondió Peter en tono conciliador.

—¿Correo electrónico? Definitivamente tengo que actualizarme con las nuevas tecnologías. Está bien. Gracias, Peter.

—De nada. ¿Cuál es el siguiente paso, jefe? -preguntó Peter con sorna al tiempo que cerraba el dossier y lo guardaba en la guantera del coche.

—Número 28 de Park avenue. La casa de la familia Guinetti.

Desde su posición, Andrej tenía total control de la calle. Había aparcado el todoterreno en el camino de entrada del garaje de la casa de enfrente de los Guinetti. Sus lunas tintadas evitaban que nadie pudiese verle. Con cuidado de no ser observado, se bajó de coche y retiró el cartel de propiedad en venta que estaba clavado en el césped. Luego volvió a observar alrededor y se montó de nuevo en el vehículo. En sentido norte, a unos 100 metros, estaba aparcado Yaroslav dentro de la Ford 250. A unos 50 metros de la casa, en sentido sur, había una pequeña cafetería haciendo esquina. Sentado en el exterior, un ruso bastante alto llamado Dimitri tomaba con delicadeza un frapuccino bien frío. Esta vez ese maldito inspector no se le iba a escapar. Su teléfono empezó a vibrar.

—Diga –respondió Andrej con sequedad.

—Soy yo. Tienen información que te implica. Hemos conseguido verla en el móvil del médico –comunicó la voz de manera fría y distante.

—¿Cómo? ¿Qué información?

-Un momento. Te la estoy enviando.

Un segundo después recibió varios archivos adjuntos. Cuando los observó, Andrej perdió el poco color que tenía su blanquecina piel.

—Señor, ¿quién le ha entregado estos documentos?

-No lo sé. Ese inspector Harper está resultando ser más molesto de lo esperado.

—Tengo una pregunta que hacerle, señor.

-Dispare Andrej.

-¿Cómo demonios ha conseguido usted las fotos?

—Conozco mucha gente, señor Gabo. Algunos de ellos, recibiendo la cantidad adecuada de dinero, hacen verdaderas diabluras con los ordenadores.

—Esto tiene que acabar, señor. Si esto llegase a manos de quien no debe,

estaría acabado –pidió Andrej con la voz casi rota.

—Espera un poco más. Es vital saber que sabe la hija de Guinetti. Una vez que esa puerta esté cerrada, podrás matarlos. A todos. Ya casi hemos acabado.

—¿Y si envían la información a alguien, señor? No me da miedo la policía. Pero mi cabeza sigue teniendo un precio muy alto para mis antiguos enemigos. Y esa lista no es precisamente corta.

—No te preocupes. Tenemos instalado un virus en sus teléfonos. Si intentan enviarlo a alguien, el virus borrará la placa base del móvil, perdiéndose así todos sus datos. Céntrate en seguirlos, conseguir toda la información y atar todos los cabos. El resto es cosa mía ¿Lo has entendido, Gabo?

-Si señor.

Después de colgar, Andrej tuvo un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo. Desde el principio no había tenido buenas vibraciones con todo este asunto. Ahora solo quedaba seguir adelante o acabaría sus días en una cárcel o en una cuneta. Suspiró y ordenó por los intercomunicadores a sus hombres que estuvieran atentos. Luego, se quedó sentado mirando la puerta de la casa de los Guinetti mientras esperaba acariciando el frío acero de su vieja Glock. Minutos después, el sonido de su intercomunicador dio un breve pitido.

—Señor, se acercan desde mi posición –dijo escuetamente Yaroslav.

—Mantente en tu puesto, Yaroslav. En cuanto pasen de largo, enciende el motor y espera órdenes –ordenó Andrej–. Dimitri espera tú también a recibir órdenes.

—De acuerdo –respondió Dimitri.

Segundos después, el inspector Andy Harper y el anestesista Peter Tenway aparcaban delante de la casa de los Guinetti sin saberse observados. Se bajaron del coche con lentitud y se acercaron por el camino de gravilla que atravesaba el verde césped que inundaba el jardín de la casa. Se detuvieron delante de la puerta y pegaron en el timbre. Fue a abrirles una mujer morena de unos 30 años quien, tras unos segundos de charla, les dejó abierto el paso invitándoles a entrar. Ambos hombres accedieron y después se cerró la puerta tras ellos. Andrej se removió inquieto. Esta fue siempre la parte de los trabajos que peor llevó. Así que se acomodó en el sillón dispuesto a esperar. Si después de matarlos encontraba información importante en su poder, tendría que matar también a la mujer. A Andrej no le gustaba dejar cabos sueltos y, además, esta vez era obvio que no podía hacerlo. Demasiadas cosas estaban en juego. Encendió un cigarrillo de potente tabaco negro y esperó.

## *Capítulo 11 En el buen camino*

Mientras todos estos pensamientos recorrían a toda velocidad por la cabeza de Andrej Gabo, Andy y Peter se sentaban en un viejo sofá de cuero negro que había instalado en el salón de la familia Guinetti. La mujer se sentó enfrente de ellos, en un pequeño butacón.

—Gracias por atendernos con tan poca antelación, señorita Guinetti – agradeció cortésmente Andy.

—No hay de qué, inspector. Parecía un asunto de extrema urgencia. Mi nombre es Paula, por favor -respondió la mujer.

—Lo cierto es que es un asunto bastante delicado, Paula.

—Pues ustedes dirán. No quiero parecer grosera ni maleducada pero, ¿a qué debo esa visita?

—Tiene usted razón. Hemos venido a su casa casi sin previo aviso y ni siquiera nos hemos presentado. Yo soy el inspector de homicidios de Augusta, Anderson Harper, y mi compañero nuestro asesor especial del departamento del FBI, el doctor Peter Tenway -se explicó Andy mientras hacía una pausa-. Investigamos la muerte de Ellen Cistar -concluyó Andy esperando ver la reacción de la mujer.

—¿Ellen Cistar? ¿Quién es Ellen Cistar? -preguntó Paula aún más intrigada mientras observaba de arriba a abajo a Andy.

-Tal vez no le suene a usted por ese nombre. Se lo cambió poco después de mudarse desde a Chicago hasta Augusta. Ellen Cistar es el nombre de soltera de Ellen Norman – explicó Andy expectante.

Paula Guinetti se puso rígida, se levantó y comenzó a dar vueltas alrededor del sofá. Andy y Peter la observaron. Después de unos instantes, les miró con la cara cargada de odio.

—¿Ellen Norman? ¡Esa maldita mujer arruinó mi familia! ¡Me alegro de que haya muerto! -exclamó la mujer y se volvió a sentar de golpe en el viejo butacón mientras empezaba a sollozar.

Ambos se miraron en silencio. Peter, con cuidado, se levantó y se acercó a la mujer, haciéndole pequeñas caricias paternas en la espalda. Poco a poco, la joven se recompuso y se tranquilizó.

—Esa mujer vino a mi padre contándole todo el asunto de la desaparición de su hijo y él comenzó a investigar el caso. Sufrimos mucho por aquello.

—¿Se presentó en su casa sin avisar? -preguntó Peter.

—No, por supuesto. Nosotros íbamos desde hace años al “Antonelli’s”, un italiano de la calle Cuarta. Y ellos, al parecer, también. El dueño del restaurante la conocía y también a mi padre. Desde hacía mucho tiempo que incluso sabía que era inspector de policía. Él fue quien los puso en contacto y les presentó. No he vuelto a pisar ese maldito restaurante desde que mi padre murió —explicó la joven con la voz languideciendo por segundos.

Andy y Peter asintieron. Después de un instante, la mujer continuó.

—Mi padre era inspector de homicidios. Ni siquiera pertenecía al departamento de desaparecidos. Pero era un hombre muy bueno, incluso quizás demasiado sentimental. En seguida se sintió implicado con la desaparición del pequeño. Así que, a pesar de las reticencias de mi madre, empezó a investigarlo en su tiempo libre. Poco a poco, el caso fue complicándose. A veces venía a casa después de varios días estando fuera, se duchaba y se marchaba de nuevo

—siguió explicando la joven mientras sacaba un pañuelo y se secaba la cara.

—¿Cómo sobrellevaron esas ausencias? -preguntó Andy.

—Mal. De hecho, eso fue el principio del fin de la relación de mis padres. Mi madre siempre fue una mujer extremadamente celosa. No quería que nada ni nadie se acercase a mi padre y el hecho de que él pasase días enteros pendiente de una joven viuda no le hacía demasiada gracia — prosiguió la joven tras sonarse la nariz—. Las peleas y discusiones empezaron a ser continuas. Una noche, estando mi padre fuera, alguien llamó a la puerta. Cuando fui a abrir, no vi a nadie. En el suelo, encima del felpudo, había un sobre de color salmón con el nombre de mi madre escrito en el dorso. Lo cogí y cerré la puerta. Llamé a mi madre y se lo entregué. Cuando lo abrió, la vi palidecer. Entonces me ordenó que cruzase la calle y fuese a casa de la señora Weasley, nuestra vecina, y me quedase allí —concluyó la mujer.

—¿Qué había en el sobre, Paula? -tanteó Andy mientras se sentaba en el borde del sillón.

—No lo descubrí hasta semanas más tarde. Mi padre, que casi nunca había tocado el alcohol, empezó a beber sin medida después de lo que sucedió con mi madre. Una noche, entré en el salón y me lo encontré casi inconsciente tumbado en ese sofá donde ustedes están ahora. En el suelo había una botella de whisky casi vacía y, desordenadas a su alrededor, un montón de fotos de

esa tal Ellen y mi padre en actitud cariñosa. En ese momento, de haber tenido fuerzas y valor, probablemente le hubiese matado –dijo Paula lanzando palabras teñidas de odio.

—¿Qué es lo que le sucedió a su madre?

—¿Cómo? ¿No lo saben? -preguntó la joven sorprendida– Esa noche, después de enviarme a casa de la vecina, mi madre subió a su habitación y se puso el vestido de los domingos. Encendió la radio, cogió una de las pistolas de mi padre, se tumbó sobre la cama y se pegó un tiro en la cabeza.

Andy y Peter se quedaron atónitos. Con los ojos como platos no paraban de mirarse entre sí y observar a Paula. Tras superar la sorpresa que arrojaba la nueva información, Andy retomó el mando de la conversación.

—No teníamos ni la más remota idea. Lo siento mucho, Paula. No lo sabíamos. Tuvo que ser muy duro. ¿Cómo se lo tomaron?

—Imagínese. Me odié durante muchos años por meter aquel maldito sobre en casa. De no haberlo hecho, probablemente mi madre seguiría viva, y, desde el momento en el que vi las fotos, le empecé también a odiar a él. Hoy, después de tantos años, creo que todavía no lo he superado del todo –confesó Paula.

—¿Y su padre? ¿Cómo reaccionó?

—Se quedó en un estado casi catatónico. No hablaba, no comía, apenas dormía. Sólo se le veía despierto cuando salía a la calle, en busca de esa maldita fulana –dijo Paula con resentimiento.

—¿Siguió investigando?

—Sí, por supuesto. Yo diría que hasta se obsesionó más con el tema. Yo no podía entenderlo. Su mujer se acababa de suicidar y él sólo tenía tiempo para aquella buscona y su estúpido hijo desaparecido. Parecía que yo no le importaba lo más mínimo.

—¿Qué pasó la noche que su padre murió?

—Un par de meses después de aquello, regrese a casa más tarde de la cuenta. El tren de la línea 23 tuvo una avería y estuvimos cerca de dos horas detenidos en mitad de un túnel. Cuando llegué al principio de la calle, vi su coche aparcado en la puerta. Entré en casa y le llamé un par de veces. Nadie respondió. Me había acostumbrado a hacer mi vida en solitario ya que mi madre estaba muerta y mi padre era como si no estuviese. Aun así me extrañó bastante no escucharlo. Tuve la sensación de que algo no iba bien. Subí al primer piso y fui a la habitación de mis padres. El suelo estaba lleno de agua y toda la habitación revuelta.

—¿Habían registrado la habitación?

—No lo sé con seguridad. A lo mejor mi padre en una de sus borracheras se volvió loco y destrozó el dormitorio.

—Continúa, por favor.

—Entré en el baño y allí estaba. Hundido en el fondo de la bañera, con los ojos cerrados y una mano en el pecho. Debía llevar un buen rato muerto. Cerré el grifo y llamé a la policía

—terminó la joven al tiempo que un par de lágrimas rodaron por sus mejillas.

—¿Qué dijo la policía?

—Lo cierto es que llegaron muy pronto. Al rato se llevaron el cuerpo y al día siguiente me llamaron de la central. Me dijeron que mi padre estaba borracho cuando se ahogó. No quise saber más y colgué.

Andy se levantó del asiento y empezó a dar vueltas. Se cerró en sí mismo, comenzando a caminar en círculos. De repente, sorprendiendo a Peter y Paula, se giró y se acercó a la mujer.

—¿Encontraron una botella de whisky al lado de su padre, verdad? -preguntó Andy.

-Sí, casi vacía. ¿Cómo lo sabe? -respondió incrédula la chica.

—Señorita Guinetti, necesito que me dé permiso para exhumar el cadáver de su padre –rogó Andy.

—¡No! -exclamó la mujer con un grito ahogado.

—Es imprescindible para mi investigación. Le aseguro que cambiara de manera notable la percepción de las situaciones que ha vivido. Entiendo su dolor pero debe comprender...

—decía Andy antes de ser interrumpido.

—No es que no quiera, inspector. Es que no puede ser. El cuerpo de mi padre fue incinerado.

—¿Incinerado? ¿No llegaron a hacerle la autopsia?

—No hubo tiempo. Alguien cometió un error en la funeraria y fue incinerado por accidente. Mi padre hubiese preferido un entierro como las viejas tradiciones indican pero no pudo ser.

—¿Un error, dice? Cada vez lo tengo todo más claro – exclamó Andy, al tiempo que se sentaba enfrente de la sorprendida mujer-. Su padre fue un héroe, señorita Guinetti.

—¿Pero qué está diciendo? Era un buen policía pero de ahí a declararlo un

héroe creo que media un abismo.

—Yo creo que sí, Paula. Le diré lo que pienso. Su padre empezó a investigar el secuestro del niño y se encontró con un asunto que iba más allá de la propia desaparición. Yo mismo me he visto expuesto a varios problemas y trabas internas desde que investigo la muerte de Ellen. Estoy seguro de que algunas personas muy influyentes están implicadas, tanto en la desaparición de Eddie como en la muerte de Ellen. Lo estaban cuando su padre investigaba y lo siguen estando ahora. Necesito que me responda a algo ¿Las fotos de su padre y Ellen eran muy explícitas?

—La verdad es que no. Salían dándose un abrazo o mi padre echándole a ella el brazo por el hombro. En otras sólo charlando en una cafetería o en el banco de un parque. Ahora que lo dice, ninguna de esas fotos demuestra con claridad que ambos tuviesen una relación sentimental.

—Eso es porque no la tenían. Las mismas personas que me han estado siguiendo desde que comencé a investigar, lo hicieron con su padre. Tomaron las fotos y se las dieron a su madre, buscando la confrontación entre ambos y pensando en conseguir que su padre se retirase de la investigación. Los efectos conseguidos seguro que excedieron lo esperado en varios sentidos.

—¿A qué se refiere? -preguntó ansiosa la joven.

—En primer lugar, los implicados seguro que no esperaban el suicidio de su madre. Eso fue para ellos un golpe de suerte. Suponían que su padre se retiraría del caso y sus problemas se esfumarían. Entonces, su padre hizo lo inesperado. En vez de llorar la muerte de su mujer y abandonarlo todo, le dedicó al mismo todos sus esfuerzos. Dejó a las noches y al alcohol como únicas vías de escape a sus remordimientos. Por segunda vez eso, a buen seguro, sorprendió a los implicados. Entonces, es probable que su padre descubriese algo importante, o tocó alguna tecla peligrosa. Se pusieron nerviosos. Sabían que la determinación del inspector no tardaría en encontrar pruebas. No lo podían permitir. Por eso tuvieron que actuar —terminó de decir Andy.

—¿Qué quieres decir, Andy? -preguntó Peter.

—Seguro que ellos sabían de los problemas de alcohol de tu padre. Supongo que no debe de ser difícil meter algún tipo de droga o sustancia que provoque efectos parecidos a un infarto en una botella de bourbon. La casa estaba todo el día prácticamente vacía, contigo estudiando fuera y tu padre investigando. Tu padre, como todas las noches, llega a casa y ahoga sus penas con el whisky sin saber que está firmando su sentencia de muerte. Una vez lo

ven inconsciente, lo suben arriba, lo desnudan, llenan la bañera de agua y lo tiran dentro. Parece un accidente.

—Pero, ¿y la policía?

—Los policías que llegaron esa noche a tu casa es más que probable que estuviesen implicados en la trama. Eso explica por qué llegaron tan pronto. Tu padre no murió de muerte natural. Fue asesinado.

—Aunque sea cierto, ¿no hubieran detectado esos tóxicos en su sangre? -preguntó sorprendida la mujer.

Andy se mantuvo en silencio mientras observaba a Peter y a Paula que lo miraban incrédulos. Unos segundos después, Peter se levantó bruscamente.

—¡La incineración! No llegó a hacerse la autopsia de su padre. Ellos consiguieron eliminar las pruebas eliminando todo rastro de ellas. Brillante – dijo Peter mientras se sentaba de nuevo en el sofá.

—Leí los datos en el informe policial sobre la muerte de tu padre. No decía nada de una botella de whisky ni que la habitación estuviese revuelta. Sin duda, hay algún estamento policial de Chicago que también está implicado en todo esto.

Todos se mantuvieron en silencio. Lo descubierto esa noche cambiaba el enfoque de la investigación. Con policías implicados, la posible lista de aliados de Andy se reducía cada vez más, y lo sabía. Estaban prácticamente solos.

—¿Sabes si tu padre guardaba documentación en algún sitio?

—pregunto Andy.

—Sí, guardaba varias cajas en el garaje.

-¿Podríamos verlas? -preguntó excitado Andy.

—No. Pocos meses después de fallecer mi padre hubo un incendio en el garaje. Quedó reducido a escombros. Nada de lo hubiese guardado allí mi padre se pudo salvar. Ahora que lo pienso, ¿no sería también provocado? - cuestionó la joven ligeramente asustada.

—Es probable. Querían asegurarse de que quedaban destruidas todas las pruebas del caso. ¿Sabe algún sitio donde su padre hubiese podido esconder información?

-No lo sé, inspector. Aunque ahora que lo dice... – respondió Paula a quien, de pronto, se le pareció encender una bombilla dentro de su cabeza.

—¿Qué? Dígame lo que sea, Paula. Cualquier idea que tenga. Hable –

apremió Andy.

—Está la casa de verano de mi abuelo, en las afueras de Muskegon. Es una pequeña casa que tenían mis abuelos donde pasábamos los veranos. Está a pie del lago Michigan, frente por frente a Milwaukee.

—¿Muskegon? -preguntó Peter.

—Es un pequeño pueblo pesquero bastante turístico y pintoresco. Llevo más de 10 años sin ir. Una semana después de morir mi madre, encontré las llaves de la casa al lado de su cartera mientras él dormía en el suelo del salón. Lo desperté a voces, gritándole que mi madre sólo hacía una semana que estaba muerta y él ya estaba yendo de picnic al lago con aquella ramera – confesó la joven sorprendida de sus propias palabras, empezando además a llorar.

Andy se levantó y le pasó la mano por el hombro.

—Usted no sabía lo que ocurría. Su dolor era normal y su reacción lógica. ¿Qué le respondió?

—Lo primero que dijo fue que no era lo que parecía y después que no era asunto mío. Cuando le volví a increpar, se levantó y se fue. Ojala no lo hubiese hecho –dijo arrepentida la joven.

-Escúcheme con atención, Paula. Necesito ir a echar un vistazo a la casa del lago. ¿Tiene algún inconveniente en ello?

—De ningún modo. Espere, que le doy las llaves. La dirección completa está escrita en el llavero –respondió la joven al tiempo que se levantaba y cogía un pequeño llavero de un cajón de la cómoda del salón.

—Gracias. Otra cosa que ha de saber es que debe usted abandonar la ciudad. Estamos removiendo asuntos bastante turbios. A nosotros mismos nos han estado siguiendo y creo que está usted en peligro. No le diga a nadie dónde va, ni siquiera a mí. Y debe irse esta noche. La casa supongo que tiene una puerta trasera, ¿no es así?

—Sí. Detrás de la cocina. Es un callejón que va a parar a la calle Stranton.

—Está bien. Haga una pequeña bolsa, coja lo imprescindible, salga por detrás y, si en una semana no consigo localizarla, vaya a ver a este hombre. Es agente del FBI en Boston –dijo Andy al tiempo que sacaba la tarjeta del agente Harry Norris y se la entregaba.

—Me está usted asustando, inspector Harper.

—Son precauciones, y es probable que no pase nada. Ha de estar

tranquila. Harry... el inspector Norris es una persona de total confianza. Cuénteles todo lo que hemos hablado hoy aquí. No se fie de nadie ni llame por teléfono. Evite sacar dinero con tarjetas y cuando se conecte a Internet evite usar cuentas de email, redes sociales o similares. La situación, si no me equivoco, va a empeorar –dijo Andy al tiempo que se ponía de pie.

La joven, todavía en estado de shock, asintió con la cabeza y se levantó, marchándose por las escaleras en dirección al piso superior. Diez minutos después, bajaba con una pequeña bolsa de deporte.

—¿Cuánto dinero tiene?

-Unos 800 dólares.

—Tome. Aquí hay 400 dólares más. Con esto ha de tener suficiente dinero para un par de semanas. ¿Lo ha entendido?

—Sí. Entendido.

—Está bien. Saldremos al mismo tiempo. En cuanto escuche que cerramos la puerta delantera, salga en silencio por detrás. No podemos saber si nos vigilan, así que nos quedaremos cuatro o cinco minutos delante del jardín hablando para llamar la atención. Recuerde, nada de llamadas, ni tarjetas, ni móvil ni internet. Deje un par de luces encendidas. Suerte, Paula –deseó Andy mientras le estrechaba la mano a la joven.

—Gracias. Y tengan cuidado. Quiero que me prometan...

—Lo sé, Paula. Quiere que le prometa que atraparé a los que han montado este circo. No se preocupe, esa promesa ya se la he hecho a otras dos personas más. Y cumpliré con mi palabra. Siempre lo hago –dijo Andy mientras se giraba y se despedían de la joven, que se encaminaba hacia la cocina.

## *Capítulo 12*

### *Una casita en Muskegon*

Andrej estaba impaciente. Llevaban algo más de media hora dentro de la casa. Si la mujer no hubiese sabido nada, la visita hubiese sido más corta. Eso sólo significaba una cosa: la mujer sabía algo y, por consiguiente, debía morir. La situación seguía complicándose. La acidez de estómago hacía que Andrej se retorciese inquieto sobre el asiento. Siempre le había pasado cuando se encontraba en situaciones de estrés. Cogió su walkie cuando vio encenderse la luz del porche. Se mantuvo unos segundos en silencio mientras observó cómo Andy y Peter salían por la puerta de la casa, quedándose de charla en el jardín, justo delante del coche. Que fácil hubiera sido eliminarlos entonces.

—Yaroslav, en cuanto te avise, arranca y acércate a la puerta de la casa. Detente delante —ordenó Andrej.

—Entendido —contestó Yaroslav.

—Dimitri, tú mantente en tu puesto y observa la dirección que toman con el coche cuando salgan. En cuanto se vayan, ve para casa de la mujer y máatala. Sin rastros y que sea profesional. Luego, prende fuego a la casa. Mi coche está aparcado enfrente. Dejaré las llaves puestas. Luego vuelve con Ivasnitch. ¿Entendido? —preguntó Andrej.

—Sí —respondió Dimitri.

-Bien. Mantened los ojos abiertos —dijo Andrej al tiempo que cortaba la comunicación.

Andy y Peter estuvieron hablando algo más de cinco minutos. Luego Andy miró algo en el móvil y, haciendo una señal a Peter, se encaminaron hacia el coche. Se montaron y arrancaron, saliendo a toda velocidad hacia la esquina de la cafetería.

—Yaroslav, ven ahora. Dimitri, ¿qué dirección han tomado?

—dijo Andrej con aplomo.

—Sudeste. Parece que salen de Chicago —respondió Dimitri.

—Perfecto. Dimitri. Ahora ve a por la mujer. Y ya sabes, debes ser rápido y profesional —dijo Andrej mientras se bajaba del coche y se dirigía al coche de Yaroslav.

—De acuerdo —volvió a responder Dimitri con frialdad.

Andrej se montó en el vehículo y salió con rapidez de la calle. Doblaron la esquina y enfilaron la avenida en busca del explorer de Andy. No sabía hacia

dónde iban el inspector y Tenway pero lo que si sabía es que no iba a dejar pasar más oportunidades. A la siguiente ocasión que tuviese los liquidaría. Le daba igual si el jefe se enfadaba. No iba a arriesgarse a que aquel maldito Harper siguiese con su investigación. Y Tenway debía ser silenciado con él. Eran los últimos cabos sueltos. Un pitido de su intercomunicador le sobresaltó.

—Soy Dimitri. La mujer se ha esfumado –notificó el gigantón ruso en tono indiferente.

—¿Qué quieres decir con que se ha esfumado? -gritó Andrej.

—No está en la casa. He subido al piso de arriba. Tenía los cajones abiertos y revueltos. La puerta de la cocina estaba abierta. Debe haber huido por detrás. He salido al callejón trasero y estaba desierto. ¿Qué hago? -preguntó Dimitri.

Aquella pregunta irritó de sobremanera a Andrej. Suspiró, dejó pasar unos segundos para serenarse y abrió de nuevo el canal de radio.

—Móntate en el coche y espera media hora. Si en ese tiempo no ha vuelto la mujer quema la casa de todos modos. Luego habla con Ivasnitch. Encuéntrala y hazla desaparecer. ¿Entendido? -dijo Andrej en tono amenazador.

—Entendido –respondió Dimitri.

El doble pitido indicó el fin de la conversación. Andrej tenía cada vez peores sensaciones. Instantes después divisaron, a unos 300 metros, la silueta recortada del coche de Andy y Peter. Andrej sacó la pistola y retiró el cargador. Sacó las relucientes balas de punta hueca y las observó concentrado mientras las veía caer en la palma de su mano. Luego, con lentitud y parsimonia, empezó de nuevo a recargar la pistola besando uno a uno los proyectiles. Era un ritual que había hecho durante más de veinte años y que siempre le hizo acabar sus misiones con éxito. Andrej esperaba que funcionase al menos una última vez.

Andy conducía en tensión. Desde que se habían montado en el coche no había abierto la boca. Antes de subirse comprobaron que el pequeño pueblo de Muskegon estaba a unos 300 kilómetros. Quedaban un par de horas de coche. Andy miró de soslayo a Peter.

—Duerme si quieres, Peter. Queda un buen rato de carretera. Yo te aviso y te despierto.

—No tengo sueño. Lo único que sucede es que no tengo costumbre de hacer tantos kilómetros en coche –contestó Peter al tiempo que bostezaba–.

Por cierto, ¿de verdad crees que Guinetti fue asesinado?

—Sí. Cada vez tengo más claro que detrás de la desaparición de Eddie hay algo más. Guinetti lo descubrió y tanto él como su familia pagaron un alto precio. Ellen también lo sabía. Y a pesar de cambiarse de ciudad y nombre, fue encontrada y asesinada. Hay que encontrar al responsable de todo esto. Esto debe acabar aquí —concluyó Andy con determinación.

—Cuando te conviertes en Harry “el sucio” te encuentro irresistible — afirmó Peter de manera espontánea.

Aquello cogió a Andy desprevenido. Miró a Peter y sonrió. Le empezaba a gustar el atractivo anestesista cada vez más. Si salían con vida de aquello puede que hubiera alguna posibilidad para que ambos tuviesen un futuro juntos.

Aproximadamente dos horas después de haber abandonado Chicago entraban por una pequeña carretera costera que surgía de lo alto de la colina. A sus pies, acurrucado como un gato en invierno cerca de la chimenea, aparecía un pequeño pueblo al abrigo de una bonita bahía. En el extremo norte, aprovechando un espigón natural de roca que surgía de la colina se acomodaba un puerto en el que se mezclaban destartaladas embarcaciones de pesca y con otras muy modernas de recreo. La parte antigua de la ciudad quedaba reducida a un montón de viejas casas de pescadores y restaurantes a pie de embarcadero. Luego, hacia el interior de tierra firme, se extendían un sinfín de urbanizaciones y barrios residenciales repletos de tiendas, restaurantes y cines. Atravesaron sus desiertas calles en una visión casi apocalíptica. Muchos de los negocios estaban cerrados, esperando al sol y al buen tiempo para abrir sus puertas. Andy miraba con cuidado los nombres de las calles, mientras Peter empezó a teclear en el móvil de manera compulsiva.

—¿Sabes que tiene censados sólo seis mil personas en invierno? En verano, en cambio, se calculan que hay alrededor de 35.000 mil.

—Pasa bastante a menudo. Sobre todo en sitios costeros.

—Gira la cuarta a la izquierda. Luego sigue recto y, a unos 300 metros, coge la segunda salida en la rotonda. Aproximadamente un kilómetro después habremos llegado — ordenó Peter divertido.

—¿Sabes cómo llegar?

-Google maps. Para ser policía estás un poco desfasado. Normal que os lleve tanto tiempo pillar a los malos. Os llevan siglos de ventaja en tecnología — respondió Peter mientras giraba la pantalla del móvil a Andy para que la pudiese ver.

—No es eso. Lo que pasa es que no me gusta usar la tecnología para todo.

—¿Para todo? Te voy a dar un voto de confianza. ¿Qué usas para redactar informes?

Andy recordó la imagen de su vieja Olivetti encima de su escritorio. Le costó una tercera parte de su primer sueldo cuando apenas tenía 18 años. Le acompañó en el ejército y ahora vigilaba su despacho de la comisaría. Sonrió con gesto torcido. Necesitaba un curso de choque en nuevas tecnologías. Sería uno de los próximos objetivos a cumplir cuando estuviese de nuevo en Augusta. Si es que volvían.

Siguió las indicaciones de Peter y unos cinco minutos después estaban delante del porche de la pequeña casita de verano. Estaba sola, a los pies de una estribación que dejaba que la casa quedase escondida detrás de una colina. Era una pequeña construcción de principios de siglo, con dos plantas. Estaba pintada de blanco con las ventanas en azul marino, aunque su estado de dejadez era más que visible. Andy dejó el coche delante y sacó las llaves del contacto. Acercó la mano a la guantera y extrajo de ella su pistola. Peter se sobresaltó al ver el arma. Luego, con la mano, le hizo un ademán para que bajasen del coche. Peter seguía bloqueado mientras miraba la pistola de Andy.

—Es sólo por precaución. La verdad es que esto parece estar desierto — afirmó Andy mientras daba una afectuosa palmada en el hombro a Peter. El anestesista asintió y se bajó del vehículo. Ambos se encaminaron a la puerta sin saberse observados.

A unos doscientos metros, dos individuos vestidos de riguroso negro andaban a escondidas por el bosquecillo que discurría cercano a la casa. Andrej había dejado los intercomunicadores en el coche. Iban armados cada uno con dos pistolas más otra arma corta. Andrej, con una escopeta Leone YG1265, de doble cañón, ruidosa y expeditiva en las distancias cortas. Yaroslav llevaba su pequeña UZI con cargadores dobles que disparaban más de 20 balas por segundo. No querían sorpresas.

—Yo entraré por detrás. Luego tú, cuando oigas el primer disparo, ve por la entrada principal. No necesito hablar con ninguno. Dispara a matar. Si me sucede algo, acaba con ellos de todas formas. Luego mete los cuerpos dentro y prende fuego a la casa, ¿entendido? -ordenó Andrej con frialdad.

Yaroslav asintió, indiferente. Para él sólo era un trabajo más. Andrej se colocó sus gafas de visión nocturna y siguió andando por las lindes del bosquecillo, perdiéndose en la oscuridad. Caminó despacio, acercándose a la casa mientras se parapetaba en casi cualquier objeto. Con destreza militar,

llegó a la puerta trasera de la casa sin hacer el menor ruido. Tocó con suavidad el pomo de la puerta e intentó girarlo. Giró emitiendo un chirrido casi imperceptible. Andrej sonrió. Esto iba a terminar esta noche. Cargó sus pistolas y sacó su escopeta Leone. Tomó aire y con sigilo abrió la puerta, sumergiéndose de lleno en la oscuridad. Un minuto después de ver a Andrej perderse por el lateral de la casa, Yaroslav escuchó un primer disparo seguido de un segundo. Se levantó de debajo del coche de policía y fue corriendo en dirección a la puerta de la entrada principal. La derribó de una patada y entró disparando una primera ráfaga de barrido con su UZI. Después, durante un par de segundos, todo quedó sumido en el más absoluto silencio. Yaroslav escuchó entonces un leve siseo. Miró al suelo y vio a Peter tirado en el suelo desde una esquina apuntándole a la cabeza con una pequeña pistola. El enorme ruso hizo ademán de apuntarle con su pequeña ametralladora pero no tuvo tiempo. El doctor, que lo tenía encañonado, disparó tres veces sobre el ruso. Dos balazos impactaron de lleno en su pecho y el último le entró por la parte inferior de la mandíbula, quedándose alojado dentro de su cráneo. Con la mirada de sorpresa congelada en su rostro, Yaroslav se desplomó al suelo mientras la sangre brotaba abundantemente de cada uno de sus humeantes orificios. Su mirada inexpresiva le confirmó a Peter algo que era evidente: el ruso estaba muerto. Con la pistola todavía humeante en su temblorosa mano Peter se acercó a la cocina donde Andy tenía encañonado a Andrej, que sangraba del hombro izquierdo. En el respaldo de una silla todavía estaba la chaqueta de Andy, que lucía un bonito agujero.

—El otro está muerto —confirmó Peter temblándole la voz—. Le he matado. Le he apuntado al pecho y le he disparado tres veces. Yo. Le he matado yo - terminó de decir mientras se autoconvencía de los hechos con el sonido de su propia voz.

—Si no lo hubieses hecho tú serías ahora mismo el que estaría tirado en el suelo, seguramente muerto. Has hecho bien, Peter —dijo Andy mientras miraba de soslayo a Andrej, que se mantenía apoyado en la pared con el brazo que le quedaba sano en alto.

—Me has jodido el hombro, imbécil —escupió Andrej. Los tres hombres, durante unos segundos se miraron en un silencio tenso.

—¿Por qué has intentado matarnos? ¿Acaso no sabes que soy inspector de homicidios? Asesinar a un agente de seguridad de EEUU es un delito federal muy grave.

—Ya lo sé, inspector Harper. No creerá usted que no sabemos quién es y a

qué se dedica. Lo sabemos todo: su pasado, su carrera profesional, sus ambiciones, su futuro,... hasta sus gustos sexuales –explicó Andrej remarcando el tono de estas últimas palabras.

Andy sonrió. Desde que vio el rumbo que tomaba la investigación había asumido que tarde o temprano su vida privada se vería expuesta. Andrej siguió hablando.

—Tendrá que matarme, inspector. No tendrá ninguna información de mí. Soy un profesional y, aunque he de reconocerle que me ha sorprendido su eficacia, nunca llegará al final de todo esto –reconoció Andrej al tiempo que disimuladamente retrocedía su mano izquierda en busca del pequeño revolver que tenía detrás de su espalda.

—Deje quieta esa mano, señor Gabo –ordenó Andy al tiempo que aumentaba la tensión de sus manos y brazos– soy un excelente tirador y no dudaré en apretar el gatillo. Su hombro da fe de ello. Y como usted me conoce de una manera tan completa, sabrá que lo que digo es cierto. Teniendo en cuenta además que estamos a menos de tres metros, como alguno de los dos le dispare, es hombre muerto.

—Así que sabe mi nombre. Le habrá sido difícil conseguir mi expediente. Parece que hemos subestimado sus capacidades, inspector.

—No crea, señor Gabo. Sólo hay que saber observar con atención y tener paciencia. Todos los criminales cometen errores. Y ustedes no han sido una excepción. Por cierto, ¿quién más está implicado en la desaparición de Eddie y la muerte de Ellen? ¿Quién le paga, Andrej?

—¿De verdad cree que soy tan torpe, señor Harper? Mis patrocinadores son gente inalcanzablemente poderosa para un don nadie como usted. Nunca sabrá quién ordenó el secuestro del niño y la muerte de su madre. Le mataran antes. De hecho, los dos están ya sentenciados.

—Tú eres el que está sentenciado, escoria –afirmó Peter que hasta ese momento había permanecido al margen y que apuntaba peligrosamente nervioso a la cabeza del antiguo militar croata.

—¡Quieto Peter! Eso es precisamente lo que quiere. No se lo vamos a poner tan fácil, ¿verdad? –inquirió Andy mirando de reojo al anestesista– Tienes dos salidas. Puedes colaborar y ayudar en la investigación. Aunque me repugne puede que posiblemente vayas a un programa de protección de testigos con lo que conseguirías salvar tu asqueroso pellejo. La otra opción es menos positiva para ti –dijo enigmático Andy.

—¿Y cuál es esa segunda opción, inspector?

—Sacar el arma que tienes guardada en la espalda e intentar matarnos antes que uno de los dos te mate. Aunque ese camino, siendo realistas, no sería muy compatible con tu vida.

Andrej miró a los dos hombres con una sonrisa en el rostro. Ambos eran buenos tiradores. Si intentaba sacar la pistola de su axila o el revolver de su espalda podría, con suerte, disparar a uno de ellos. El otro, a buen seguro, lo acribillaría. La opción de colaborar no le terminaba de seducir. Tenía tantos enemigos que alguno le acabaría dando caza o en la cárcel o bien en protección de testigos. El mismo eliminó por encargo varios sujetos de este programa por encargo en sus primeros años en Chicago. Sólo había que buscar un eslabón débil en la cadena y pagar bien por la información. Todos los caminos conducían al fin de su existencia. Se había convertido en un lastre. Su suerte estaba echada. Sólo quedaba una cosa por hacer.

—Está bien, inspector. Colaboraré. No creo que me quede más salida — asintió Gabo mientras extendía las dos manos esperando ser esposado.

Andy se acercó con cuidado a Gabo. Cuando estaba a menos de un metro, Gabo sorprendió a Andy sacando un cuchillo de debajo del antebrazo. Fue directo a por el inspector, que dio un paso hacia atrás, sorprendido por la rapidez del militar. Se escuchó entonces una detonación sorda y un disparo impacto en el costado izquierdo de Gabo cuando ya estaba casi acariciando la piel de Andy con su cuchillo. Al escuchar la detonación, reaccionó levantando su arma y disparó dos veces sobre el pecho de Gabo, que cayó hacia atrás de espaldas, quedando sentado en el suelo con la espalda apoyada en una columna. Empezó a toser y escupir grandes cantidades de sangre mientras sonreía, con la boca abierta de par en par.

—Es increíble que después de años de guerra, peleas callejeras y ajustes de cuentas, vaya a morir aquí, en el suelo de una casita de playa abandonada en medio de ninguna parte —balbuceó Andrej entre estertores mientras se tocaba con la yema de los dedos los orificios de bala del pecho.

—¿Dónde está Eddie, Andrej? ¿Está muerto, verdad? ¿Quién está detrás de todo esto? ¡Ayúdeme a que esto acabe aquí, Andrej! ¡No tiene sentido que no lo haga! —suplicó Andy mientras seguía apuntando a Gabo.

Andrej Gabo miró sorprendido a Andy. Aquel tipo no se rendía. Por lo menos, no lo había matado un don nadie sino un buen policía. De esos de los que ya no quedaban. Reuniendo las fuerzas que pudo, hizo un esfuerzo por hablar.

—El chico murió unas horas después de desaparecer. Me pagaron por

secuestrarlo y por deshacerme del cuerpo – confesó Andrej mientras un ataque de tos le hacia convulsionar de manera abrupta.

—¿Dónde está el cuerpo? -gritó Andy.

—Restaurante Tony's, En Waterville. Es mío. En el despacho, debajo de la mesa. Falso suelo –dijo Andrej en tono casi inaudible mientras se iba apagando como una vela.

—¡No te mueras todavía! ¿Quién te pago? ¿Por qué escogieron al niño? -gritó Andy que había soltado la pistola en el suelo y zarandeaba a Gabo agonizando.

Gabo, más en el otro mundo que en éste, volvió un instante en sí y de manera casi imperceptible, abrió la boca.

—Novosafe. Ellos son los que... -exhaló Andrej Gabo con su último aliento al tiempo que su vista se nublaba y su corazón dejaba de latir.

Andy se quedó unos segundos en suspenso. Tras comprobar el pulso del hombre en el cuello, lo dejó apoyado en el suelo. Suspiró y se puso a registrar con cuidado el cadáver del mercenario. Encontró un móvil de última generación y una cartera con unos dos mil dólares. Ni un documento acreditativo o cualquier otra pista. Cogió el móvil y lo guardó, dejando la cartera en el bolsillo donde lo había encontrado. Luego se levantó y se acercó al fregadero dónde se empezó a lavar las manos.

—¿Te suena el restaurante que ha dicho? -preguntó Andy mientras miraba a Peter, que todavía estaba pálido.

—Sí, es un restaurante italiano. Se come bien y a un precio decente. Nunca había visto a Gabo por allí, la verdad – contestó Peter a quien todavía le temblaba la voz.

—¿No es la empresa NOVOSAFE la responsable del programa ese que era un almacén de datos médicos? ¿Cómo se llamaba? -volvió a preguntar Andy que rebuscaba en los cajones algún trapo donde secarse.

—RESLIAS. El programa es RESLIAS. Y sí, esta creado por NOVOSAFE. ¿Crees que una empresa como NOVOSAFE está implicada en el secuestro de un niño hace diez años y en la muerte de su madre?

—Además de los niños y los borrachos, los que van a morir rara vez mienten. Al menos, a mí nunca me ha pasado.

Ambos se quedaron en silencio. Andy le indicó a Peter que se debían poner a buscar inmediatamente. Antes, registró el cadáver de Yaroslav sin

encontrar nada destacable a parte de otro móvil idéntico al de Andrej y algo de dinero. Guardó las armas de los dos sicarios en un pequeño bolso de cuero marrón que había en la entrada de la casa y comenzó la búsqueda. Durante casi una hora pusieron patas arriba las dos plantas de la pequeña casa de veraneo. Revisaron cada estante, cajón o recoveco, sin éxito. La frustración se hizo presente. Esperaban encontrar algo importante. Derrotados, se tiraron en dos sillones del salón. Con la mirada perdida, ambos se quedaron absortos en sus pensamientos. De repente, Andy se quedó mirando el lateral izquierdo del mueble sobre el que estaba colocada la televisión. Tenía una zona en la parte baja que era de mayor grosor en el lado izquierdo que en el derecho. Se tiró al suelo y examinó con cuidado el mueble. No tardó en darse cuenta que aquella mesa tenía un doble fondo. Encontró dibujada en aquel trozo de madera lo que parecía la silueta de una compuerta. Cogió un destornillador plano que había en uno de los cajones y un minuto más tarde consiguió, no sin pocos esfuerzos, forzar el doble fondo que había en la mesa. Dentro del hueco encontró lo que parecía un diario con las iniciales del malogrado inspector "P. G." grabadas en su portada. Andy se levantó, mostrando el trofeo a Peter. Ambos se sentaron en la mesa del comedor uno al lado del otro y se pusieron a leer.

El diario explicaba, en sus primeras páginas, los datos que ya conocían. La implicación en el secuestro del pequeño Eddie de Andrej Gabo, antiguo jefe de uno de los clanes mafiosos que estaban presentes en Chicago. Se detallaban los datos del secuestro del niño y de como varios policías de Chicago (entre ellos los detectives encargados del caso) parecían estar implicados y comprados por Gabo. Guinetti explicaba, con todo lujo de detalles, las amenazas e insultos que recibió por parte de estos policías corruptos. Después de eso, Guinetti se dedicó a explicar en varias páginas cómo se sintió por el suicidio de su mujer. Había en el diario pasajes muy personales que Andy se juró debían de ser leídos algún día por su hija Paula. Llevaban más de veinte minutos leyendo y el ánimo empezaba a decaer. Muchas de las anotaciones eran divagaciones de un hombre atormentado. Casi al final, en una de las últimas páginas, la lectura se puso interesante. Guinetti explicaba que estaba seguro que detrás del secuestro del niño estaba de algún modo la empresa NOVOSAFE. La implicaba por ciertos documentos de la fundación hospital de Illinois, una de las clínicas pertenecientes al grupo empresarial. Andy y Peter se miraron. La fundación responsable del estudio que se hizo a los niños pertenecía al grupo NOVOSAFE. Cada vez había más flechas apuntando en esa dirección. Se hacía referencia a que los documentos estaban guardados en

el garaje de su casa. Andy y Peter se miraron con expresión apesadumbrada. Las principales pruebas del caso habían volado con el incendio que asoló la casa de los Guinetti. Casi al final del diario, Guinetti expresa su miedo cada vez más creciente. Se sentía vigilado, recibía llamadas en mitad de la noche e incluso otro vehículo llegó a echarlo fuera de la carretera una noche que volvía a casa. En la última página, con los ánimos ya por los suelos, Andy leyó algo que volvió a abrir una luz a la esperanza. En ella, Guinetti hacía referencia a que en los documentos de NOVOSAFE el responsable que siempre aparece en ellos es siempre el mismo hombre: W. Mathewson.

—¡Wayne Mathewson! -exclamó Peter que leyó el nombre un segundo después que Andy.

—¿Le conoces?

—Por supuesto. Mi hospital pertenece, como otros muchos del país, al grupo NOVOSAFE. Wayne Mathewson es, desde hace muchos años, el director médico nacional del grupo.

Andy asintió con la cabeza y, de manera súbita, se levantó y comenzó a dar vueltas. La implicación de la empresa era evidente. Gabo en sus últimas palabras, Guinetti con su testimonio escrito y el error en el informe de Ellen Cistar, unido a la desaparición de su expediente psiquiátrico no eran casualidades. Había algo que la empresa NOVOSAFE quería ocultar. Como un sabueso que halla un rastro, la cabeza del inspector Anderson Harper bullía con una celeridad casi febril. De repente se quedó mirando a Peter.

—Venga, nos vamos de aquí. Tenemos que volver a Augusta  
—ordenó Andy mientras se encaminaba a la puerta de salida de la casa.

—Pero, ¿qué hacemos con todo este desorden? ¿Y con los cuerpos? ¿No deberíamos llamar a la policía?

—No hay tiempo. El desorden es lo de menos. Nadie ha venido aquí en 10 años. No creo que venga nadie en unos días. Respecto a los cuerpos, si nos quedamos aquí dando explicaciones pasarán unos días preciosos hasta que podamos volver a Augusta. Y si, como parece, alguien como el director médico de NOVOSAFE está implicado en algo tan turbio como la desaparición y muerte de un niño de 13 años, darle 4 o 5 días de ventaja es un lujo que no nos podemos permitir. Cerraremos puertas y ventanas y cuando todo esté resuelto volveremos aquí y aclararemos las cosas – expuso Andy de manera contundente.

Peter asintió convencido y, tras unos minutos de duro trabajo, aseguraron puertas y ventanas. Luego apagaron todas las luces del edificio, salieron y

fueron directos al vehículo. Cuando ya se disponía a subir en el coche, Andy se detuvo en seco, haciendo además gestos a Peter para que se retirase. Se agachó y vio que, debajo de su asiento, en los bajos del vehículo, unos 400 gramos de titadine estaban pegados a su chasis. Del explosivo colgaban un par de cables que estaban clavados a una batería apoyada en el suelo. En cuanto hubiese arrancado el coche y se hubiesen movido un centímetro, el coche habría estallado en mil pedazos con ellos dentro. Gabo demostró ser un autentico profesional. Habían sido muy afortunados. Desmontó con cuidado el explosivo y se lo enseñó a Peter, que se quedó boquiabierto. Luego lo guardó en el bolso con las armas de los asesinos.

—Ayúdame con aquella vieja lona de barco -dijo Andy mientras señalaba un viejo trozo de lona azul que estaba tirada en una esquina-. Taparemos con ella el coche. Nadie debería darse cuenta de que está aquí. Esa colina y la propia casa lo esconden. Buscaremos el vehículo en el que han venido nuestros asesinos y lo cogeremos prestado. No tiene que andar lejos.

En menos de diez minutos encontraron el coche de los sicarios. Estaba en un pequeño claro del bosque que rodeaba la casa de verano de los Guinetti. No tenía echado el cierre y además las llaves puestas en el contacto. Lo habían dejado preparado para una huida rápida. Después de que Andy lo revisase y comprobase que estaba limpio, se montaron y arrancaron, perdiéndose en la negrura de la noche. Augusta estaba a casi 1700 kilómetros. Y debían recorrerlos a la mayor celeridad posible.

## *Capítulo 13 NOVOSAFE*

La sede central de NOVOSAFE se situaba en las afueras de Gardiner, una pequeña y tranquila ciudad de algo menos de seis mil habitantes que estaba a unos diez kilómetros de Augusta. Pasaban de largo la una y media de la madrugada y Wayne Mathewson deambulaba nervioso por su despacho. Sobre las nueve de la noche le había dicho a su secretaria que se fuese. Luego avisó a seguridad de que iba a permanecer en su despacho trabajando toda la noche. Se había bebido más de media botella de un excelente whisky de 21 años que tenía guardado en el pequeño mueble bar de su despacho. Hacía varias horas que esperaba noticias de Gabo. Él y Mathewson siempre habían tenido una tensa relación. Wayne siempre se ponía de los nervios en presencia del mercenario. Lo conocía muy bien y sabía de lo que era capaz aquel hombre. Por ese motivo siempre había odiado encontrarse con él. Sabía que no tendría la menor vacilación en matarle si alguna vez le era rentable. Desesperado, Wayne cogió el móvil, buscó el número de teléfono que tenía garabateado en un folio de su escritorio y lo marcó. Después de varios tonos, alguien descolgó.

—¡Pedazo de escoria! ¡Llevo toda la noche llamando! ¿Dónde te habías metido? ¡El jefe se esta volviendo loco! ¿Has conseguido localizar al inspector Harper y al anestésista?

-grito Wayne por el móvil.

El teléfono durante un instante pareció perder la cobertura. Wayne, al otro lado, seguía desesperado.

—¡Gabo! ¿Me escuchas? ¡Andrej! ¿Estás ahí? ¿Han muerto ya? ¡Dime algo! -volvió a gritar desesperado Mathewson.

De repente, la señal del móvil se cortó. Wayne, lívido como la cera de una de las velas que decoraban sus muebles de estilo asiático, salió de su despacho en dirección a los ascensores. Tocaba subir a la quinta planta otra vez.

Doce horas después de salir de la pequeña casa de verano de los Guinetti en Muskegon, Andy aparcaba en la parte de atrás de una cafetería cercana a su piso en Augusta. Exhaustos, se bajaron del coche y se dirigieron a la zona de no fumadores, que a esa hora estaba vacía. Sentado en una mesa al fondo de la sala, un hombre de unos sesenta años fumaba un cigarrillo mientras tomaba un

café sólo. Andy, en primer término, con Peter siguiéndole a pocos pasos por detrás, fueron hacia la mesa y se sentaron.

—Tiene usted un aspecto deplorable, inspector Harper —dijo socarrón el comisario Glen Michaels mirando a Andy.

—Buenos días, comisario —contestó Andy a desgana.

—Y usted debe ser el doctor Tenway. Comisario Glen Michaels. He oído hablar de usted —confesó el comisario al tiempo que adelantaba la mano a modo de saludo.

Peter se acercó sonriente y le dio la mano. Después le hizo un ademán a Andy de ir a pedir a la barra como excusa para dar más privacidad a los policías. Se sentó enfrente de su jefe y comenzó a contarle todo lo sucedido. A medida que avanzaba el relato del inspector Harper, el comisario iba perdiendo el poco color que le quedaba en sus mejillas. Andy no se guardó ni un detalle.

—¿Te das cuenta que has cometido, al menos, una docena de delitos? Muchos de ellos incluso federales, Harper —increpó el comisario a Andy.

—Lo sé. Y no me arrepiento. De no haber sido así, no hubiésemos avanzado tanto. Sé que mi carrera puede haber acabado en este caso pero quiero desentrañar toda esta patraña. Lo que suceda después me da igual. Si se lo cuento es sólo porque necesito pedirle más tiempo. Además, alguien más debe saber toda la historia por si algo me sucediese. La verdad tiene que salir a la luz. He dado mi palabra —afirmó Andy con convicción al mismo tiempo que se levantaba de la mesa, dispuesto a marcharse.

El comisario miró a Andy a los ojos. Leyó en ellos una indomable determinación que le resultó vagamente familiar. Después suspiró y comenzó a hablar.

—Siéntate. Vas a hundir la carrera de ambos, ¿lo sabes, verdad? Debes resolver esto con rapidez. Supongo que te podré dar 12 o 24 horas más de cobertura. Luego, me pasaran por encima y me apartarán de todo. Apunta este teléfono. Es mi móvil personal. Ante cualquier problema, avísame directamente a mí, no a la central. Hay mucha gente deseando colgarte para ponerse una medalla. Ya sabes cómo funciona el departamento.

—Gracias comisario —contestó Andy mientras terminaba de apuntar el móvil del comisario en una servilleta de la cafetería.

—Harper, hay una última cosa que le quiero decir.

Andy se detuvo y miró al comisario a los ojos. Se sorprendió de la limpieza e intensidad del azul que brillaba en su mirada.

—Tenga cuidado. La empresa NOVOSAFE es el principal contribuyente de la campaña de nuestro querido gobernador Jhonson. Tienen muchos amigos, y son todos poderosos – advirtió el comisario con cierta dosis de paternalismo.

—¿El gobernador Jhonson?

—Sí. Su hija esta casada con el dueño de NOVOSAFE. Manténgame informado, inspector –dijo Michaels al tiempo que desviaba la mirada sobre el periódico matinal que tenía sobre la mesa.

—Gracias. Lo tendré –contestó Andy al tiempo que se giraba y salía del desierto comedor.

Al salir, casi choca con Peter que regresaba con dos cafés entre sus manos.

—¿Fin de la charla?

-Sí. Tenemos luz verde. Vamos a ver a Mathewson –explicó

Andy al tiempo que cogía con la mano el café que le ofrecía Peter.

Ambos salieron de la cafetería y cuando llegaron al coche, Peter se detuvo.

—No tenemos ninguna prueba –dijo Peter sin mirar a nadie.

—Tenemos el diario de Guinetti. Además, seguro que encontraremos pruebas en el domicilio de Mathewson. Y queda por investigar la pista que nos dio Gabo antes de morir. Él también puede tener pruebas –explicó Andy.

—El diario son solo especulaciones. Y las pruebas de Guinetti se quemaron en el incendio de la casa. A Mathewson lo conozco. No me cae nada bien. Es un imbécil pero no es estúpido y, si está implicado y tenía pruebas de algo en su poder, habrá borrado todo rastro de ellas. Gabo nos puso una bomba en el coche e intento matarnos. Quién sabe si habrá dejado preparada otra trampa en el restaurante. No tenemos nada –dijo Peter de forma categórica.

Andy intentó rebatir las afirmaciones de Peter pero no pudo. Tenía razón en todo. Es cierto que tenían muchos datos pero ninguna prueba, y en los juzgados sólo valen las pruebas. Andy lo sabía muy bien. Estaban con el agua al cuello y todavía no tenían nada. Durante unos instantes, ninguno levantó la vista del suelo.

—Hay una opción. No es la mejor baza que tenemos pero nos puede dar

algo –dijo Peter enigmático.

-¿Cuál? -preguntó Andy con la ansiedad reflejada en su timbre de voz.

—El historial psiquiátrico de Ellen Cistar.

-Pero si ya estuviste en el St.Joseph y no lo encontraste.

—Ya. Pero no hemos hablado con su psiquiatra, el doctor Herrero. ¿No recuerdas que le despidieron? Él podría tener el informe original. Eso probaría la alteración del historial. No es mucho pero menos es nada –explicó Peter.

—Es una buena opción. Pero tenemos que ir ya a ver a Mathewson. No quiero darle más ventaja.

—¿Y si voy yo? Tú podrías llamar al doctor Herrero y ponerle al corriente. Luego, entre colegas, seguro que tendré más opciones de conseguirlo que tú. A los médicos no nos gustan los policías y a los psiquiatras, menos aún –volvió a decir Peter intentando convencer a Andy, que movía la cabeza lleno de dudas.

Tras unos segundos de reflexión Andy accedió. No tenían tiempo y ambos estaban en una situación delicada. Le indicó que fuese a su casa y le pidiese a la señora Owen las llaves de un polvoriento y sucio Cadillac del 87 que tenía aparcado en la parte trasera del edificio. Era su antiguo coche antes de tener el actual coche patrulla.

—¿Seguro que no quieres que te lleve?

—No, tranquilo. Está sólo a dos manzanas. Iré andando. Me irá bien para despejarme.

-Ten cuidado. De camino a casa de Mathewson llamaré a la señora Owen para que te abra la puerta y también al doctor Herrero. ¿Sigues llevando el revolver?

—Sí. ¿Quieres que te lo devuelva?

—No. Pero ten cuidado, y no lo uses salvo que sea imprescindible. Más tarde te llamo. Hasta luego –dijo Andy que se montó en el coche que habían tomado prestado a Gabo y arrancó, levantando una pequeña nube de polvo al salir del aparcamiento.

Andy había conseguido la dirección de Mathewson gracias a uno de los pocos amigos que todavía conservaba en el departamento. Al tiempo que se dirigía a la pequeña mansión que tenía el director de NOVOSAFE en las afueras de Gardiner, Andy se sintió culpable mientras al otro lado de la línea alguien no paraba de sollozar.

—Stacey me ha echado de casa. Estoy durmiendo en el garaje de un amigo.

Mi vida se ha ido a la mierda, Andy – confesó entre sollozos el agente Norris.

—Lo siento, Harry. No quería que todo este asunto te salpicase. Como ya te he dicho creo que hemos metido la mano en un avispero. Siento haberte puesto en esta posición.

—Tranquilo. La culpa no es tuya.

-¿Qué te han dicho en la agencia?

—Me han suspendido. Se va a abrir una investigación. No creo que me echen pero a buen seguro que me degradaran y me trasladaran como mínimo a Alaska. Estoy jodido.

Andy suspiró. La verdad es que Harry era buen tipo. No le gustaba que estuviese pasando por todo este calvario. El sabía bien lo que era sentirse señalado.

—Debes hablar con Stacey. Dile que fue una noche de locura tras un fin de semana de borrachera. Que las fotos son antiguas. Si hace falta, échame la culpa. O incluso si quieres puedo hablar yo con ella. Entrara en razón. Haré lo que sea por ayudarte. Te lo debo.

—No. Creo que eso sería peor. No quiere ni oír hablar de ti. Se siente traicionada por los dos. Te apreciaba mucho. Incluso pensaba en ti para padrino de la niña cuando naciese.

—Lo siento. No quiero parecer insensible Harry pero necesito que me busques algo más de información. Sé que no es el mejor momento pero necesito todo lo que me puedas averiguar sobre la empresa NOVOSAFE. También necesitaría saber algo más sobre su director médico, Wayne Mathewson, y sobre el dueño de la empresa. Parece que está casado con la hija del Gobernador Jhonson.

Por unos instantes al otro lado de la línea sólo se oyó silencio. Andy empezó a temer que Harry hubiese colgado. Se retiró el móvil de la oreja y miró la pantalla. El teléfono seguía activo. Andy se puso de nuevo el aparato en su oreja.

—¿Harry? ¿Estás ahí?

-Sí. Estaba terminando de apuntarlo todo. Luego te llamo.

-Gracias Harry. Nuevamente, lo siento...

—No hay de qué. Me vendrá bien para distraerme. Hasta luego.

Andy colgó el móvil y lo guardó en el bolsillo de su chaqueta. Miró la calle y aceleró por la avenida Jefferson. La casa de Wayne Mathewson estaba a menos de dos kilómetros.

Peter llegó a la puerta del edificio de Andy y tocó al timbre de la señora

Owen. La mujer debía de estar esperando su llegada porque abrió la puerta un par de segundos después de tocar. La arrugada anciana le saludó con la cabeza y se fue directa a las escaleras. Peter la siguió diligente. A mitad de trayecto, la anciana le preguntó a bocajarro.

—¿Desde cuando se conocen usted y Andy?

-La verdad es que nos conocemos desde hace poco tiempo.

-¿También es usted policía?

-No, señora Owen. Soy médico.

-¿Médico? ¿De qué especialidad?

-Anestesista. Son los encargados de anest...

—¡Sí, ya lo sé! ¡No hace falta que me lo explique! Son los que anestesian a los pacientes previamente a una cirugía. Yo, antes de jubilarme, fui enfermera.

—¿En serio? ¡Entonces usted y yo somos del mismo gremio!

-Del mismo gremio no. Usted es médico y yo enfermera. No tenemos nada que ver —escupió la anciana al tiempo que se giraba y continuaba subiendo escaleras.

Peter suspiró. ¡Menudo carácter tenía la apacible anciana! Ligeramente intimidado, la siguió. Se detuvieron delante de la puerta de Andy. La anciana le abrió y se dio la vuelta dispuesta a marcharse.

—Cuando termine eche el cerrojo por dentro y cierre la puerta. Adiós, doctor.

—Buenas noches señora Owen.

Una vez que la mujer se perdió en la escalera, Peter se sumergió dentro de la casa. Sentía curiosidad. Paseó por las distintas habitaciones y observó con detalle el estado del piso en general.

—Vaya desorden que tienes aquí montado, señor Harper — dijo Peter para sí en voz alta.

Ropa encima de la mesa del salón, platos sucios en el fregadero y una ingente cantidad de revistas y libros tirados por todos sitios. Parecía que hubiese pasado por allí una tormenta tropical. Luego fue hacia los dormitorios. Entró en el que parecía más grande. La cama de matrimonio estaba desecha. Peter se tumbó bocabajo en la cama y aspiró el aroma a Peter que desprendían las sábanas. Le encantaba ese olor. Un pitido en su móvil le sacó de su ensimismamiento. Se sentó en la cama y abrió la pantalla. Era un mensaje de Andy. Le recordaba donde estaban las llaves del viejo Cadillac y le pedía que no tuviese en cuenta el desorden. Peter sonrió. “Demasiado tarde, inspector”, pensó Peter. Rebuscó en el primer cajón de la mesita de noche que tenía a su

derecha y encontró las llaves. Cogió la almohada que tenía al lado y aspiró por última vez el aroma de Andy antes de salir del piso para encaminarse al garaje de la parte de atrás del edificio. Justo cuando pasaba por delante de la casa de la señora Owen hizo un saludo a la mirilla de la puerta.

—Que tenga usted una buena tarde, señora Owen.

Al otro lado Peter escucho removerse a la anciana que murmuraba enfadada al saberse descubierta. Una sonrisa le cruzó la cara de oreja a oreja.

Tardó en arrancar pero finalmente lo hizo. El viejo Cadillac de Andy chirrió mientras salía con lentitud del patio trasero del edificio. Peter salía de las afueras de Augusta en dirección a Belgrado, justo en dirección contraria hacia donde se dirigía Andy. El doctor Pedro Herrero vivía en una pequeña casa a unos dos kilómetros del St. Joseph, a mitad de camino entre el hospital psiquiátrico y la ciudad. Peter, que conocía bien la zona, tenía buenas vibraciones con aquello. Esperaba que el doctor le entregase pruebas importantes. Tras media hora de carretera, Peter pasó por delante de la zona donde tuvo el accidente y casi muere ahogado. Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo. Andaba todavía reponiéndose del mal recuerdo cuando encontró la calle donde vivía el psiquiatra. No era más que una antigua carretera de tierra que bordeaba aquella zona del lago. Cinco minutos después de que el viejo Cadillac de Andy crujiese en un par de desniveles, Peter vio asomarse la casa del doctor. Era una construcción de planta rectangular y dos pisos de altura. De estilo colonial, tenía un jardín lleno de imponentes rosales que estaba vallado con una bonita cerca de madera pintada en blanca de casi un metro de altura. La casa, aunque antigua, estaba perfectamente cuidada. Pintada en colores beige, los amplios ventanales color madera hacían que se integrase a la perfección con la zona de bosque que la circundaba. Peter se bajó del viejo Cadillac y se dirigió hacia la entrada de la casa donde un hombre extremadamente alto y delgado, de unos sesenta años, le esperaba de pie en el porche.

—El inspector Harper me ha avisado. Usted debe de ser el doctor Tenway, ¿no es así? -preguntó el doctor Pedro Herrero mientras adelantaba la mano para saludar a Peter.

—Cierto. Y usted debe de ser el doctor Herrero —contestó Peter al tiempo que le estrechaba la mano al psiquiatra.

Después del saludo y por indicación del anfitrión, ambos hombres se sentaron en el porche. Un instante después una joven salió con una bandeja y dos vasos cargados de limonada bien fría. Herrero le ofreció un vaso a Peter

mientras él se quedaba el otro. La joven, con sigilo, volvió a entrar en la casa. Herrero le contó que la joven era una balsera cubana de apenas 26 años. Llevaba cerca de 4 años a su servicio y estaba encantado con ella.

—Por un momento pensé que era su mujer, doctor Herrero

—dijo Peter con una sonrisa en el rostro.

—No. Evellyn entró a mi servicio al poco de fallecer mi mujer. Buscaba trabajo y yo necesitaba compañía. Nos ayudamos mutuamente —contestó Herrero con brusquedad.

Peter advirtió el cambio de tono. Se disculpó y a continuación, tras un par de minutos de charla fútil, pasó a contarle, sin entrar en detalles escabrosos, todo el caso de Ellen Cistar. Cuando acabó, Herrero estaba con una media sonrisa en el rostro.

—Pobre mujer. Sabía que no estaba mintiendo. La mayoría de mis colegas discutían conmigo. Pero yo sabía que Ellen no estaba enferma. No hablaba como una enferma. Y tampoco se comportaba como tal —confesó el psiquiatra.

—¿Cómo la conoció? —preguntó Peter con precaución.

—Nos llegó con una orden de ingreso de su hospital, el County General, y coincidió que yo estaba ese día de guardia. Normalmente, en psiquiatría, cuando un hospital deriva un paciente diagnosticado por otro compañero se dejan pasar 48 horas “de reposo”.

—¿A qué se refiere con ese término?

—Son 48 horas en las que se aísla al paciente y se le mantiene vigilado. No se le pone medicación y sólo se le administran sedantes si se precisan. El médico que cursa el ingreso se encarga, desde que pasan esas 48 horas de reposo hasta que se cumple la primera semana de ingreso, de seguir la evolución del paciente, confirmando, negando o alterando el diagnóstico inicial. Posteriormente le pauta un tratamiento y, tras el paso de otra semana, el caso pasa por el comité multidisciplinar, compuesto por todos los especialistas que tratan al paciente. En ese comité, el médico responsable expone el caso, los datos, su sospecha clínica, el tratamiento impuesto y, lo más importante, los resultados —continuó explicando el psiquiatra mientras se detenía para hacer una pausa y beber limonada.

—¿Y cuál fue el diagnóstico por el que ingresó Ellen?

—A Ellen se le diagnosticó un estado de enajenación mental transitoria con paranoias y alucinaciones, sospechando el médico que nos pidió el

ingreso que pudiera tener algún tipo de esquizofrenia. Tras el reposo y después de observarla los primeros días, observé que su respuesta era totalmente distinta a lo esperado. Tras entrevistarme con ella en varias ocasiones, llegué a la conclusión que la mujer no estaba enferma. Es decir, que estaba totalmente cuerda. El problema vino por el comité multidisciplinar – siguió explicando Herrero mientras se detenía de nuevo para beber limonada. Peter, que no había tocado la suya, bebió también para no parecer descortés.

—¿Qué es lo que pasó con el comité?

—Antes de que pasasen ni cuatro días de la fase post-reposo, se convocó el comité con carácter de urgencia. El doctor Ashcroft, director del centro, me invitó de manera cortés a que acelerase el proceso y confirmase el diagnóstico de esquizofrenia. Yo, por supuesto me negué, confesándole además mis dudas sobre la enfermedad de la paciente. Ashcroft se encolerizó, llegando incluso a amenazarme. Aquello nos sorprendió a todos. Mis compañeros se levantaron y le recriminaron su actitud, poniéndose de mi parte. Era algo inaudito. Ashcroft se disculpó y el asunto pareció quedar zanjado. Nada más lejos de la realidad.

—¿Qué sucedió después? ¿Ashcroft volvió a amenazarle?

—No. Lo que hizo fue poner al comité en mi contra. Tan sólo cuatro días después de haberme apoyado, todos me dieron la espalda.

—¿Por qué dejaron de apoyarle?

—La verdad es que supongo que Ashcroft los presionó. Se volvieron a reunir y estuve a punto de no llegar ni a saberlo. De hecho, luego me enteré que esa era la idea. En cuanto llegué a la reunión se hizo un silencio sepulcral. Todos se callaron y nadie osaba mirarme a la cara. Ashcroft, visiblemente enfadado con mi presencia, me pidió de malas maneras que le explicase cómo seguía mi paciente -siguió diciendo Herrero mientras hacía una pausa bastante teatral.

Peter se quedó en suspenso mirando a Herrero. Hacía rato que había acabado su limonada, dejando con disimulo el vaso encima de la mesilla de café que tenía delante. El psiquiatra siguió con su exposición.

—Si me enfrentaba de nuevo con el comité, muy probablemente me apartarían del caso, así que me callé. Hubiera significado no poder volver a ver a mi paciente. Por ello, decidí que la mentira sería mi mejor aliada. Me mostré dócil y simpático en vez de enfadado. Mis compañeros y Ashcroft se lo tragaron. Suspiraron aliviados cuando me escucharon decir que coincidía con ellos en el diagnóstico de esquizofrenia paranoide. Les prometí que en menos de 24 horas empezaría con la terapia farmacológica. Todo volvía a ser de

color de rosa —sonrió lacónico el psiquiatra.

—Pero, ¿no empezó dicha terapia, verdad?

—Por supuesto que no. Yo creía a esa mujer. Me entrevisté con ella y me dio algunos detalles que le daban más credibilidad. Además, me pidió que recogiese una documentación de su casa y la leyese por si acaso aun no me había convencido. Así que fui allí y me lo encontré todo manga por hombro. De los dossiers que me pidió que guardase no había ni rastro. Aquello me reafirmó en el hecho de que esa mujer no estaba enferma y que allí estaba ocurriendo algo más. Volví al hospital y firmé su alta con carácter inmediato. De hecho, incluso la acompañe a la estación de autobús de Belgrado y le dí los 100 dólares que llevaba encima. A la mañana siguiente cuando todos llegaron se organizó un buen relevo. Ashcroft, sin dirigirme la palabra, me entregó sobre el mediodía mi carta de despido. Estaba totalmente fuera de sí —contó en tono divertido el psiquiatra.

—¿Y qué hay del historial de Ellen? ¿No se pudo quedar una copia?

—Había tres copias. La que estaba en el historial de Ellen, la que me hice como seguro por si decidían alterarla y una tercera que permanecería oculta. La primera supongo que desapareció con rapidez. La segunda me fue sustraída de mi casa dos noches después de mi despido —respondió Herrero con misterio.

—¿Sustraída?

—Así es. Volví de tomar unas cervezas de Belgrado cuando me crucé con un Cadillac de color negro. Era de noche pero pude distinguir con claridad que era un modelo bastante antiguo. Por aquí nos conocemos todos y ese coche no era de la zona. Tampoco le dí excesiva importancia. Cuando llegué a casa todo estaba revuelto. Llamé a la policía y denuncié el robo.

—¿Qué hizo la policía?

—La verdad es que no mucho. Esa noche era la SuperBowl y no les gustó demasiado tener que venir. Hicieron un par de fotos, me tomaron los datos y luego se marcharon. Si llegaron a averiguar algo, lo desconozco. Nunca me llegaron a comentar nada.

A Peter le encajaban cada vez más piezas de aquel maldito rompecabezas. Estaban cerca. Lo presentía.

—¿Y la tercera copia?

—Sigue en el St. Joseph. Dejé dos copias en el archivo. Supongo que sólo

miraron en el historial de Ellen Cistar. Esa copia seguramente fue eliminada de inmediato. Seguro que a día de hoy a nadie se le ocurrió mirar el historial de Ellen Norman, el nombre de casada de la mujer. En esa carpeta falsa esta la tercera copia –contestó el psiquiatra.

Peter se levantó como si le hubiesen quemado el trasero con un tizón ardiendo. Empezó a dar paseos de un lado a otro del porche mientras el psiquiatra le miraba divertido.

—Tenemos que recuperar ese historial. Pero yo sólo no puedo entrar –se explicó Peter en voz alta mientras se devanaba los sesos.

—Yo le ayudaré, doctor Tenway. Llevo desde mi despido de retiro espiritual y me apetece algo de acción. Llevo mucho tiempo sentado en el porche contando hojas caídas.

—Se lo agradezco mucho pero puede ser peligroso, doctor – dijo Peter, intentando frenar el ímpetu del psiquiatra.

—Peligrosas son muchas cosas en la vida, Peter. Además, creo tener cierta deuda moral con esa mujer. Hubiese podido ayudarla más y no lo hice. Iré con usted. Así podré visitar a mis viejos compañeros –expuso el psiquiatra mientras entraba a coger su sombrero de ala corta del perchero del recibidor.

Minutos después el psiquiatra conducía el viejo Cadillac de Andy mientras, en el asiento de atrás, bajo una montaña de sábanas viejas, Peter se escondía con el miedo y la excitación fluyendo por las venas en idéntica proporción.

## **Capítulo 14 Yuigón**

La casa de Wayne Mathewson era imponente. Dominaba con autoridad todas las vistas a un pequeño valle que se abría a sus pies por donde discurría con calma el río Kennebec. Desde abajo de la colina y mientras se acercaba con su vehículo por la carretera, Andy observó que era una vivienda de dos plantas de nueva construcción. El edificio, pintado en un gris oscuro con algunos matices ocres, estaba construido con figuras geométricas perfectas, predominando las rectangulares. Totalmente protegido por un imponente muro de roca que circundaba la casa, en el lateral derecho del edificio, como un anexo, estaba lo que parecía un garaje de grandes dimensiones. Cuando se acercó con el coche a la entrada de la casa vio, delante de la puerta, una preciosa estatua de mármol que imitaba a pequeña escala al “David” de Miguel Ángel. Si desde luego algo no le faltaba a Mathewson al parecer era el dinero. Andy se bajó del coche y se encaminó a la puerta principal tras rodear la estatua. A la izquierda de la puerta principal había un pequeño interfono. Andy pulsó con seguridad un par de veces.

—¿Quién es? -respondió una voz varonil al otro lado del interfono instantes después.

—Buenos días, ¿es usted el señor Wayne Mathewson?

-Sí, soy yo.

—Buenos días, señor Mathewson. Soy el inspector de homicidios de Augusta, Anderson Harper. Tengo que hablar con usted. Debo hacerle unas preguntas sobre el asesinato de Ellen Cistar. ¿Sería tan amable de abrirme, por favor? —dijo Andy con autoridad.

—¿Ellen Cistar? ¡No sé quién es esa mujer! Váyase. No tengo intención de abrirle —gritó Mathewson con el miedo reflejado en su voz.

—Será mejor que lo haga por las buenas, señor Mathewson.

—Y si decido no abrirle, ¿qué es lo que va a hacer? ¿Acaso va a entrar por la fuerza en mi casa? O mejor aún, ¿va a pedir una orden? En cuanto se acerque a un juzgado será detenido. Usted no puede ni siquiera ponerme una multa de tráfico, inspector -retó Mathewson.

—Si no me abres, pedazo de imbécil, pegare tres tiros a tu cerradura bañada en oro y la partiré en mil pedazos. Luego entrare ahí y te haré pagar todo lo que hicisteis con el pequeño Eddie Norman hace tantos años en Chicago, a su madre hace unos días y por lo que ha intentado hacer tu matón

Andrej Gabo conmigo en Muskegon. Por cierto, debo decirte que no debes esperar que vaya a llegar pronto para ayudarte. Tu amigo Gabo va a tardar mucho en venir. ¡Así que abre, pedazo de escoria!

Un silencio sepulcral se apoderó del interfono. Andy, durante unos instantes, dudó que su discurso hubiese sido efectivo. Cuando ya parecía que no iba a haber suerte, un pitido sonó en la puerta, que se abrió de par en par. Andy sacó su arma y se adentró en la casa. Nada más entrar que quedó sorprendido del espectáculo que tenía delante. Un bello jardín japonés de unos veinte metros cuadrados dominaba toda la entrada. Estaba cuajado de bonsáis y de toda clase de plantas autóctonas de país del sol naciente. Incluso tenía un par de estanques llenos de carpas. Cruzó el pequeño puente de madera que pasaba por encima del lago y se acercó a la puerta principal. Estaba ligeramente entornada. Nada más entrar, Andy vio cómo un enorme salón se abría paso a la derecha. Se asomó en él y vio que estaba todo desordenado, como si alguien hubiese estado rebuscando. De pronto, en el piso de arriba, se empezó a escuchar la pieza “Para Elisa” de Beethoven. Los músculos de Andy se tensaron como la piel de un tambor. Se acercó con cuidado a las escaleras y empezó a subir. Escuchó ruidos que parecían provenir de la habitación más distal de la escalera. Andy terminó de subir con cautela y, echando un vistazo de reojo a los otros dormitorios, entró en la habitación de donde salía la música. Cuando entró, vio que era un despacho con preciosos muebles de nogal americano. La decoración era minimalista y moderna. Detrás de la imponente mesa de despacho, un precioso sillón de cuero estaba dando la espalda a Andy. La música, de repente, se detuvo. El sillón comenzó a girar.

—Buenos días, inspector Harper —dijo con una sonrisa en la cara Wayne Mathewson.

-Buenos días, señor Mathewson. Levántese y ponga las manos en alto. Tenemos mucho de que hablar.

—¿Usted cree que tenemos algo de que hablar, inspector?

—Así es. Para empezar va a aclararme todo lo referente al secuestro de Eddie Norman y la muerte de Ellen.

—No creo que eso sea posible, señor Harper.

—Es la única salida que tiene. Gabo está muerto y usted, acorralado.

—¿Ha matado a Andrej? ¡No sabe cuánto me alegro! Me cae usted bien, inspector. Andrej Gabo era una mala hierba. Está mejor muerto.

—Wayne, se lo voy a repetir por última vez. Saque las manos de debajo de la mesa muy despacio.

—¿Sabe usted lo que significa la palabra “Harakiri”, inspector? Es un término que proviene del japonés y significa literalmente “corte en el vientre”. En la antigüedad era una práctica muy común entre los samuráis que habían perdido su honor o habían sido deshonrados. Escribían su “Yuigon”, una especie de poema de despedida y se atravesaban el abdomen con una hoja de “Tanto”, una daga extremadamente afilada de unos veinte o treinta centímetros. La muerte antes que el deshonor. Apasionante cultura la japonesa, inspector Harper.

—Levante las manos, por favor.

Wayne Mathewson alzó las manos con lentitud. En su mano derecha llevaba un pequeño revolver. Andy palideció.

—¡Suelte ese revolver!

-Tranquilícese, inspector.

—Wayne, tiene usted más opciones. Ayúdeme a encontrar a los responsables de esto. Aún puede salvarse. ¡No haga una locura!

—Ambos estamos ya muertos, inspector. Lo único que sucede es que usted todavía no lo sabe. En cambio yo hace mucho tiempo que ya me he preparado para este día.

—¿A qué se refiere? -gritó Andy.

—No obtendrá nada de mí, señor Harper. Llevo años acarreado esta pesada carga. Y no puedo aguantar todo esto más tiempo. Así que, buena suerte y hasta pronto, inspector

—dijo Mathewson mientras se acercaba con rapidez el pequeño revolver a su garganta y disparaba, apuntando hacia el interior de su cráneo. Tras una detonación sorda, gran parte de su masa encefálica quedó esparcida en la pared.

Andy se quedó de piedra mientras, por inercia, seguía apuntando a un cadáver en un sillón.

El Cadillac que conducía el doctor Herrero se detuvo delante del puesto de control del hospital St. Joseph. El guardia que la flanqueaba quedó bastante sorprendido al ver quien conducía.

—Buenos días, doctor Herrero. ¿Cómo está? Hace mucho tiempo que no se le veía por aquí —dijo el guardia con evidentes muestras de cariño en sus palabras.

—Buenos días Jimmy. Sí, la verdad es que hace bastante tiempo. ¿Sabes si está el doctor Ashcroft? -preguntó el doctor Herrero de forma inocente.

—Un momento que lo consulte –respondió el guardia que se metió por un segundo en la garita—. No. No ha venido hoy, doctor Herrero –terminó de decir.

—Mejor. He venido a recoger mis efectos personales. Y prefiero que él no esté por aquí. No sería agradable para mí encontrármelo, ya me entiende –se explicó Herrero.

—Lo supongo, doctor. El caso es que no puedo abrirle, señor. Si no es usted trabajador del centro y no viene a visitar a un familiar, el paso esta prohibido. Ya sabe lo estrictas que son las normas. No me quiero jugar el puesto –se excusó el guardia agachando la mirada.

—Te entiendo Jimmy. Lo último que querría sería meterte en problemas. Necesito recoger mis cosas y si no está Ashcroft para meter sus narices, mejor. ¿Qué te parece si te vas cinco minutos al baño? Yo me bajo del vehículo, abro la barrera y entro. Cuando vuelvas yo no estaré y tú no serás el responsable de nada. Si sucede algo, yo asumiré la culpa. ¿Te parece mejor así? -preguntó Herrero mientras miraba con una sonrisa cómplice al guardia.

Durante unos segundos el guardia pareció dudar. Se debatía entre su afecto y su deber. Al parecer, el primero fue más fuerte así que se acercó de nuevo a la ventanilla.

—Esta bien, doctor. Me voy al baño. Tiene cinco minutos. Por favor, baje de nuevo la barrera al pasar y no tarde mucho en recoger sus cosas. Me alegra mucho haberle visto. Hasta pronto, señor –dijo el guardia que se dio media vuelta y se metió en las dependencias del personal de seguridad que estaban cerca de la garita.

—Gracias Jimmy.

Diez segundos después de que el guardia se perdiese dentro de las dependencias, Herrero se bajó del coche y subió la barrera. Se montó de nuevo en el vehículo y pasó al otro lado, volviendo a detenerse y bajarse para dejar la valla de nuevo abajo en su posición original. Se montó otra vez en el Cadillac y condujo hasta la zona del aparcamiento donde Peter había aparcado la última vez. Herrero le indicó a Peter que bajase del coche. Fingirían que era su sobrino que había venido de España a visitarlo.

—Recuerda. Mi sobrino es Oscar y no entiendes nada de ingles, sólo hablas español. ¿Hay alguien que te conozca de la otra vez que viniste? -preguntó el doctor Herrero.

—Estuve todo el rato con Claire Fontaine, la jefa de enfermeras. También hablé con un colega suyo. El doctor Blend. ¿Le conoce?

—Sí. Es un lameculos de mucho cuidado. Su familia está conectada con las altas esferas. Supongo que lo habrán colocado en mi puesto.

—Sí, creo que me dijo que ocupaba el puesto de un colega que acababan de despedir.

—Tenemos un problema. Si Claire le ve, le reconocerá. Tengo que conseguir su llave de los archivos. Usted baje al sótano y espere en la puerta. Yo intentare bajar con la llave – ordenó el psiquiatra con una sonrisa. Al parecer estaba disfrutando de lo lindo con toda aquella aventura.

—Está bien. Pero, ¿qué va a decirle para convencerla?

-No sé. Algo se me ocurrirá.

Peter se quedó sólo delante de las escaleras que llevaban al segundo sótano donde estaba el archivo general. Empezó a bajar agudizando el oído y cuando llegó delante de aquellas increíbles puertas de roble, se metió en un rincón que estaba envuelto en sombras. Unos diez minutos después se escuchó un tintineo de llaves acercarse por la escalera. Justo cuando Peter iba a salir de su escondrijo, escucho la voz nítida de Claire. Sintió como su pulso se aceleraba.

—Espero que esa marisquería merezca la pena, doctor Herrero. Me estoy jugando mi puesto.

—Tranquila querida, merece la pena. Necesito un rato para terminar de recoger los datos de mis pacientes. No me gusta dejar el trabajo a medias. Y por favor, llámame Pedro. Hay confianza.

—Está bien, Pedro.

La enfermera se acercó con el manojito de llaves y se fue directa a por el interruptor de la luz cuando Herrero ahogó un grito.

—¡No enciendas Claire, por favor! -gritó Herrero.

-¡Qué susto, por el amor de Dios! ¿Por qué?

—Estoy recién operado de una catarata en mi ojo derecho y la luz de los fluorescentes me molesta enormemente. Por eso llevo las gafas de sol. Te ruego que no enciendas, por favor. Yo te alumbraré con la linterna de mi móvil para que abras, si te parece bien –dijo el psiquiatra suavizando su tono.

La mujer asintió comprensiva y sacó un pesado manojito de llaves. Con la linterna del móvil de Herrera apuntando por detrás, en unos segundos el cerrojo de la pesada puerta estuvo abierto.

—En cuanto acabes avísame. Estaré en mi despacho, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Intentaré no tardar. Luego te veo, querida.

Herrero cogió la mano de la enfermera con delicadeza y la besó con galantería. Peter pudo notar a pesar de estar a oscuras cómo se ruborizaba. Con una risa nerviosa similar a las de las hienas, Claire se perdía de nuevo por las escaleras. Cuando dejaron de oír el repicar del calzado de la enfermera, Peter se levantó y salió de las sombras. Sus ojos ya se habían acostumbrado a la oscuridad y pudo distinguir la silueta del psiquiatra. Este no pudo evitar dar un grito cuando Peter le cogió de la mano.

—¡Vaya susto!

-Lo siento, doctor Herrero. Vamos a entrar.

Herrero entró después de Peter y entornó la gran puerta de roble. Acercó la mano al anticuado interruptor y encendió la luz. Ambos se quedaron cegados durante unos instantes. Tras recuperar la visión, Peter le pidió a Herrero que buscara el historial. Empezaron a atravesar la sala hasta llegar a las últimas estanterías de archivadores, al fondo de la habitación. Eran los archivadores donde se guardaban los historiales de los pacientes fallecidos. Tras revisar en uno de ellos durante un par de minutos, Herrero sacó una carpeta que blandió triunfante. Tenía las iniciales “E.N.” escritas en su solapa.

—¡Aquí está! ¡Lo he encontrado!

Ambos se acercaron y empezaron a leer los documentos. En ellos se podía ver con claridad las intromisiones de había cometido Ashcroft, las órdenes pasando por encima de Herrero e incluso copias de las actas de las reuniones del comité. Había hasta una orden manuscrita de Ashcroft en la que ordenaba que todos los cambios de tratamiento de la paciente pasasen por él primero. Iba a tener que explicar muy bien por qué se había saltado todos los protocolos y normas del hospital. Seguramente Ashcroft estaba también implicado de algún modo en todo este asunto. Faltaba saber cuál era su papel y lo que sabía. Justo cuando iban a salir de la habitación, escucharon pasos que se acercaban a la puerta. Ambos hombres aguzaron el oído y volvieron corriendo a esconderse detrás de las últimas estanterías. El desconocido se paró en la puerta. Desde su posición no podían ver nada. Se escucharon un par de chasquidos. Durante unos instantes ambos hombres se miraron desconcertados. Luego, todo sucedió muy deprisa. El ruido de un cristal estallando contra una estantería y el destello de luz de una poderosa deflagración hizo que Peter y Herrero saliesen de su escondite. Alguien había decidido quemar el archivo con ellos dentro. Salieron corriendo de su escondite y observaron con pavor cómo la primera estantería de informes

estaba ya envuelta en llamas. Miraron hacia la puerta y vieron cómo esta se cerraba en sus narices. El pestillo de la cerradura comenzó a girar, confirmando sus peores pronósticos. Desesperados, empezaron a golpear la puerta. No se oía nada al otro lado. Ambos se miraron con negros presagios nublando su mirada. Por detrás, la estantería estaba ya envuelta en una bola de fuego que se extendía con rapidez por toda la sala. La habitación se llenaba de humo a mucha velocidad y el calor era ya casi insoportable.

—¡Estamos atrapados! ¡Nos vamos a asar como un costillar un 4 julio! ¡Vamos a morir aquí! -chilló Peter presa del pánico.

Herrero no respondió. Se le quedó mirando y su cara de repente se iluminó. Se levantó y, tambaleándose, se acercó al lateral izquierdo de la sala donde empezó a intentar mover una estantería. Peter, por inercia, se levantó y empezó a ayudarlo.

-¿Qué estamos haciendo? -gritó desesperado Peter.

—¡Aquí detrás hay un montacargas! ¡Estas eran las antiguas cocinas del hospital! ¡¡Ayúdeme!! -le ánimo el psiquiatra.

La perspectiva de una posible salida reavivó la determinación en el esfuerzo de ambos. Tras unos instantes agónicos, consiguieron tirar abajo la estantería. Detrás encontraron una polvorienta portezuela metálica que no mediría más de 60 centímetros de ancho por 60 de largo. Peter la abrió y se asomó. No había ni rastro del vagón del montacargas. Vio un pequeño interruptor que servía para mover el vagón. Pulsó todos los botones y no sucedió nada. Con dificultad metió el teléfono y encendió la aplicación de linterna. Miró hacia arriba y sólo vio oscuridad. Hacia abajo, el suelo se acababa tras algo menos de dos metros. Peter se fijó en el esqueleto del vagón del montacargas que yacía destrozado en el fondo. Ayudado por Herrero, saltó al interior y probó la estabilidad de los restos del vagón. Parecían resistentes para aguantar el peso de ambos, así que Peter se puso de pie y ayudó al psiquiatra a colarse por el estrecho agujero. Después cerraron la portezuela. Se encontraron uno frente al otro a pocos centímetros de distancia y alumbrados por la tenue luz del móvil de Peter. Ambos levantaron la mirada hacia el techo, siguiendo con la vista los cables de acero del montacargas que se perdían engullidos por la oscuridad. Peter miró al psiquiatra, que parecía haber envejecido 65 años en diez minutos. La cosa no pintaba bien.

-¡Genial, en vez de morir abrasados lo haremos por asfixia!

—Es usted muy pesimista, señor Tenway.

-¿Y cómo demonios quiere que salgamos de aquí?

-Sólo se me ocurre una: trepando.

Durante un instante se quedó callado mientras miraba el cable deshilachado del montacargas que colgaba unos tres metros por encima de su cabeza. De pronto, entendió la idea del veterano médico.

—¿Sabe si hay alguna otra portezuela aparte de ésta que no esté clausurada, doctor?

—Las dos inmediatamente superiores, es decir, la 1 y la planta baja están cerradas. La cocina funcionaba todo el día y los pacientes olían de manera constante los olores que de ella emanaban, llegando a agitarse. Esas dos seguro que están clausuradas. La de la primera planta, en cambio, que pertenece a las oficinas administrativas, creo que debe seguir operativa, aunque no sé si tendrá delante algún mueble que la bloquee. La del segundo piso, en cambio, a buen seguro que sí está despejada.

—¿Cómo esta tan seguro?

—Porque da al despacho de Ashcroft. Él la usa para tirar las colillas de sus habanos. Siempre le dije que algún día provocaría un incendio. ¿Irónico, verdad? -explicó el psiquiatra con una media sonrisa.

-O sea, que con buena suerte habrá que subir 3 pisos, y con mala 4. A tres metros por piso, entre 9 y 12 metros. ¿Cómo están los bíceps de sus brazos, doctor?

Peter recibió un suspiro como contestación.

—Está bien, doctor. Lo haremos así. Iremos todo lo despacio que haga falta. Yo iré primero y le ayudare. Paso a paso y sin rendirse. Primero debemos buscar algo con que atarnos los dos -dijo Peter al tiempo que empezaba a mirar por los escombros del túnel del montacargas.

—No, Peter. No voy a subir -afirmó Herrero.

—¿Cómo que no? Hemos ganado unos minutos pero el fuego no tardara en extenderse. No estamos a salvo. ¡Tenemos que subir y esa es nuestra única salida! -gritó Peter intentando convencer a Herrero.

—Peter, tengo 64 años y estoy diagnosticado de un enfisema pulmonar. Además, hace algunas semanas me han descubierto varios nódulos en el pulmón derecho. No puedo ni tan siquiera ir a dar un paseo a la orilla del lago sin notar mi falta de aire. El oncólogo que me ha visitado me ha dicho que me quedan siendo optimistas entre seis meses y un año de vida. Eso con suerte. Ni siquiera podría subir por este cable hace veinte años. Lo que usted pide,

amigo mío, es imposible. Debe subir usted sólo –confesó Herrero mientras agarraba fuertemente por los hombros a Peter.

Durante unos segundos Peter miró hacia arriba y se dio cuenta que tenía razón. Él era un hombre fuerte y atlético y aún así no las tenía todas consigo. Las posibilidades de que el buen psiquiatra llegase arriba eran inexistentes.

—Está bien. Subiré y encontraré la forma de izarle. Usaré una cuerda o algo parecido. Se la atará al cuerpo y le subiré. ¿De acuerdo?

—¡Es usted muy testarudo! De acuerdo, hágalo. Pero debe darse prisa. Esta portezuela no resistirá mucho más.

Con determinación, Herrero hizo un escalón con sus manos y ayudó a Peter a comenzar el ascenso. La ventanilla no sellaba perfectamente y el humo comenzó a filtrarse. La cantidad iba en aumento y cada vez le costaba más trabajo respirar. Ayudado por el cable, Peter empezó a subir a buen ritmo. Alcanzó los dos primeros niveles con rapidez. Golpeó sus pies contra ellas pero las portezuelas estaban herméticamente selladas ya que devolvían un sonido grave y sordo. Viendo que no había forma de abrirlas siguió con su escalada. Cuando llegó al siguiente nivel, vio esperanzado como la portezuela se abría ligeramente tras dar un par de fuertes empujones. Delante de la misma, bloqueando la salida, Peter intuyó la forma de lo que parecía ser un mueble. Estaba bloqueaba. Peter gritó pidiendo ayuda pero nadie le oyó. Escucho el sonido de la alarma de incendios. Probablemente todo el edificio había sido desalojado. Estaban solos.

—¿Puede salir? -escuchó decir entre toses a Herrero desde la profundidad del agujero.

-¡No! ¡Hay un mueble que bloquea la salida! ¡No puedo moverlo! -gritó Peter asfixiado —¡A partir de aquí hay mucho humo!

—¡Debe seguir! Es su última opción. ¡Vamos, siga adelante! ¡Hágalo por Ellen! ¡No se rinda! -gritó Herrero intentando infundirle ánimos.

Peter cogió aire, contuvo la respiración y continuó subiendo por el viejo cable a toda velocidad. No podía ver nada. Se acercaba al final del conducto y todo el humo se iba acumulando allí. Podía quedarle un metro o diez. Cuando calculó que había llegado a la portezuela tanteó la pared con torpeza. Tras unos instantes agónicos su mano izquierda tocó una manecilla. Peter la agarró e intentó abrirla. El pestillo externo, al parecer, estaba corrido. Su mente se quedó en blanco durante unos segundos. Entonces, de repente, se acordó de la pistola que le había prestado Andy. Sacó el arma que llevaba escondida en el tobillo del calcetín y apuntó a donde creía que estaba la cerradura. La

detonación retumbó en todo el conducto. Tras tres disparos Peter dio de lleno al cerrojo que salió despedido, abriéndose la portezuela de par en par. Se abalanzó sobre la abertura y salió del conducto arrastrándose con dificultad. Una densa humareda empezó entonces a entrar en el despacho del doctor Ashcroft. Peter aprovechó para dar bocanadas de aire que intercaló con varias tandas de ataques de tos. Cuando estuvo algo más recuperado abrió las ventanas del despacho. Aunque sabía que eso no era lo adecuado en estos casos, no pudo resistirse. Mientras iba recuperando el aliento Peter todavía se sentía mareado. Se acercó a gatas a la portezuela y empezó a llamar a voces Herrero. Asomó la cabeza conteniendo la respiración y escuchó dos detonaciones. Sintió cómo su cuerpo le fallaba. Se echó hacia atrás y las piernas le flaquearon. Aunque intentó con todas sus fuerzas agarrarse a una estantería cercana, se cayó al suelo desmayado y totalmente exhausto.

## *Capítulo 15 Disipando dudas*

Andy se sentó en un sillón de la entrada principal a esperar la llegada del comisario Glen Michaels. Su tono de voz cuando le había comunicado la noticia del suicidio de Mathewson fue demoledor. Estaba acabado. No tenía pruebas y su principal sospechoso se había volado la tapa de los sesos en sus narices. Tenía ganas casi de llorar. Estaba ensimismado en sus pensamientos cuando el comisario carraspeo delante suya. Tenía cara de pocos amigos.

—¿Qué diablos ha sucedido? ¡Estamos jodidos, Harper!

-escupió el comisario y, sin detenerse donde estaba Andy, se puso a subir las escaleras. Un minuto más tarde, volvió a bajar, encontrándose a Andy en la misma posición.

—¿Qué ha pasado?

Andy pasó a relatar al comisario lo que había sucedido y lo breve que fue la conversación con Mathewson. Tras unos segundos de silencio, el comisario le puso la mano en el hombro.

—¿No has tocado nada, verdad? -preguntó Michaels. Este negó con la cabeza y se levantó del sillón. Michaels afirmó con la cabeza y cogió su teléfono.

—Central, aquí el comisario Glen Michaels. Ha habido un suicidio en el 23 de River Lane, en las afueras de Gardiner. Manden un par de patrullas y al equipo forense.

—Oído comisario, aquí central. ¿Es necesario que envíe una ambulancia?

—No, central. Sólo equipo forense y un par de patrullas. Yo me hago cargo de la investigación —terminó de decir Michaels mientras colgaba el teléfono.

Media hora más tarde el bullicio de la casa era ensordecedor. Media comisaría de Augusta estaba en la casa de Mathewson. Andy se sentó fuera encima del capó de su coche a esperar su sentencia. Todos le miraban al pasar y cuchicheaban entre ellos. Ya daba todo igual. Levantó la cabeza y vio salir al comisario de la casa. Lo buscó con la mirada y le empezó a hacer señas para que se acercase. De mala gana Andy se levantó y se acercó. Cuando llegó junto a Michaels vio que éste estaba guardando el móvil en el bolsillo de su chaqueta.

—Era el inspector Martins. Ha habido un incendio en el St. Joseph. Al parecer han ardido los archivos generales del hospital —dijo Michaels mientras observaba la reacción de Andy.

Andy se puso lívido y tuvo que apoyarse en la replica del David de la entrada para evitar caerse.

—¿Hay algún herido? -balbuceó Andy con un hilo de voz.

-No. Hay un fallecido. Un tal doctor... Pedro Herrero, y un

herido —dijo el comisario haciendo una pausa— su amigo, el doctor Tenway —terminó.

—¿Peter? ¿Está bien? ¿Qué le ha pasado? -preguntó Andy de manera atropellada.

—Sí, tranquilo. Lo han llevado a observación. Al parecer ha tragado bastante humo y tiene un par de cortes y rasguños. Nada serio. Está en las urgencias del County.

—Señor, sé que me debo quedar aquí pero... -empezó a decir Andy sin poder acabar la frase.

—Váyase, Harper —ordenó el comisario— pero esté atento al teléfono. Este asunto creo que se escapara de mis manos a no mucho tardar. Yo creo que en cuanto los de arriba tengan constancia de lo sucedido aquí querrán verle ¿Está claro?

—advirtió el comisario.

-Sí. Gracias comisario.

Andy llegó al hospital en menos de 15 minutos y aparcó en el espacio reservado a las ambulancias. Se bajó y fue directo al mostrador de información donde presentó sus credenciales. Una enfermera le llevó a la sala de observación y cuando llegaron al box número diez, descorrieron las cortinas. Peter estaba tumbado en la cama, tapado con una sabana hasta la cintura. Todavía tenía el pecho lleno de manchas de tizne. Además un feo corte de unos 5 centímetros surcaba la mejilla derecha del anestesista. Estaba semidormido y llevaba puestas unas gafas nasales que le aportaban oxígeno para ayudarle a respirar. De su brazo izquierdo salía un gotero al que había conectado varias bolsas de suero. Peter entreabrió los ojos y sonrió.

—Se está convirtiendo en una mala costumbre la de visitarme en un hospital, inspector Harper.

Andy sonrió y miró a Peter, mezclando su pelo con la mano izquierda.

—¿Cómo estás?

—Bien. Esto es por precaución. En unas horas estaré como nuevo. Pasaré la noche aquí y mañana me darán el alta.

—No debí dejarte ir sólo.

-Por supuesto. Ahora estaríamos los dos aquí. O algo peor.

-¿Qué ha sucedido, Peter?

Peter suspiró y comenzó a contarle lo que había sucedido. Desde la visita a la casa de Herrero, su entrada en el psiquiátrico y de cómo consiguieron que les abriesen el archivo. Luego, cuando le estaba narrando el hallazgo del expediente, Andy le interrumpió.

—Entonces, ¿lo has encontrado? -preguntó esperanzado Andy.

—Sí. Pero no pudimos recogerlo. Escuchamos a alguien bajar y entrar. Nos escondimos para no ser vistos. Luego ese mal nacido lanzó algún tipo de artefacto incendiario y nos encerró. Herrero y yo dejamos el expediente encima del archivador de donde lo habíamos sacado e intentamos ponernos a salvo. Gracias a él encontramos el antiguo montacargas de las cocinas. Me ha salvado la vida. Lo siento, Andy, sé lo importante que era ese expediente.

—No hay nada que perdonar. Lo importante es que estás bien. ¿Qué le sucedió a Herrero?

—Aunque ganamos tiempo, el fuego o el humo eran cada vez más intensos. Aquella portezuela no tardaría en ceder. Sabíamos que no íbamos a tardar mucho en asfixiarnos. Había que subir por un cable de acero unos 9 o 10 metros. Era muy difícil y la densa humareda no dejaba casi ni ver, por lo que él se negó a subir. Yo intenté convencerlo pero me fue imposible. Te juro que lo intenté pero... -dijo Peter que interrumpió su relato mientras varias lágrimas caían de sus ojos.

—Tranquilo, lo sé. No tienes culpa de lo que le sucedió a Herrero, Peter.

—En cierto modo sí. La última trampilla estaba con el cerrojo echado, así que saqué tu revolver y volé la cerradura. Luego, al salir reptando del agujero, tuve que perder el arma en algún momento. Cuando ya estaba a salvo en el despacho escuché un disparo que venía desde el fondo del montacargas. Al no encontrarlo en mis bolsillos, entendí lo ocurrido. Luego me desmaye. Quizás si no hubiese perdido el revolver...

—Le has ahorrado sufrimiento. El cuerpo de Herrero ha sido encontrado carbonizado. Si no hubiese tenido el revolver en sus manos, su muerte hubiese sido espantosa. Sin quererlo le hiciste un favor, Peter. No te tortures.

Pasados unos segundos, Peter le preguntó a Andy por la entrevista a Mathewson. Andy, con la mirada clavada en el suelo, explicó todo lo ocurrido

incluido el suicidio del director de NOVOSAFE. Durante unos instantes ambos hombres se quedaron en silencio. Su situación parecía irreversible. No tenían testigos de peso. Su principal prueba estaba volatilizada entre un montón de escombros y Mathewson, el principal sospechoso de ser el cerebro de toda la operación estaba muerto. Sólo tenían pruebas no objetivas de un caso que hacía aguas por todos lados.

—¿Qué vamos a hacer, Andy?

—Tú, de momento, recuperarte. A mí probablemente me abran una investigación y me expulsen del cuerpo.

—¿No podemos seguir con la investigación? ¿No se puede hacer nada más?

—No lo creo. Tenemos que mirar la pista del restaurante de Gabo pero la verdad es que no creo que encontremos nada.

El silencio se volvió a hacer patente en toda su crudeza. De repente, una enfermera se acercó a Andy y le rogó que se marchase. Andy la fulminó con la mirada. Peter le agarró la mano consiguiendo que suavizase su expresión.

—Andy, esta enfermera tiene razón. Me han administrado sedantes y he de descansar. Vete a casa, date una ducha y vete a dormir. Mañana me darán el alta y veremos qué podemos hacer. ¿De acuerdo?

—Está bien. Hablare con el comisario para que te ponga vigilancia.

—No creo que haga falta. Esos dos armarios que se acercan por el pasillo llevan escrita la palabra “maderos” en la frente. Hasta mañana.

Andy se giró y vio venir al fondo de la sala a dos tíos que deberían medir algo más de metro ochenta y cinco. Eran de la unidad de violencia callejera. Los había visto alguna vez de pasada en la cafetería del departamento.

—Descansa, Peter.

—Y tú también, inspector Harper –dijo al tiempo que se daba la vuelta en su cama dispuesto a dormir.

Al salir Andy, casi choca con los dos gorilas. Se le quedaron mirando de arriba a abajo y los tres se saludaron con leves movimientos de cabeza. No tenía ganas de hablar y los gorilas al parecer, tampoco. Mejor. Salió de la puerta de urgencias y cogió una bocanada de aire fresco. Nunca le gustaron los hospitales. Se fue al coche, abrió la puerta y se sentó dentro. Necesitaba recomponer sus ideas. Miró su móvil y vio una llamada perdida de Harry Norris desde Boston. Conectó su móvil al cargador del mechero, puso el manos libres y llamó a Harry. Al tercer tono, el teléfono se descolgó.

-¿Diga? -respondió la juvenil voz de Norris.

—Hola Harry. Soy Andy. Me has llamado. Tú dirás.

—Sí. ¿Dónde te habías metido? Creo que he conseguido información valiosa para tu caso. ¿Todavía no lo has resuelto, no es cierto?

—No, seguimos estancados. Adelante. Dispara.

—Primero empezaremos por NOVOSAFE. Fue creada hace 22 años por William Jameson, hijo de un reconocido magnate inmobiliario que, al morir su padre, recondujo su fortuna al sector sanitario y la investigación farmacéutica. Su sede original estuvo en Chicago pero hace unos ocho años se trasladaron a Gardiner, muy cerca de Augusta, en el Estado de Maine.

—¿Chicago?

—Sí. Ha costado porque al principio tenían otro nombre pero al final encontré los datos de su fundación. Originalmente se fundó como la fundación hospital de Illinois. ¿Te suena de algo?

—Ligeramente —afirmó Andy irónico.

—Jameson se casó hace 20 años con Sophia JhonsonEdwards, hija de un conocido político local de Augusta. Tienen un hijo de 17 años, Noah. Es un chico que al parecer ha dado bastantes quebraderos de cabeza a su familia. Investigando la conexión de Jameson con su suegro he averiguado que, durante años, NOVOSAFE fue el principal patrocinador de Jhonson y que Jameson consiguió, con sus presiones, que el partido republicano lo eligiese como candidato a gobernador. En las últimas elecciones NOVOSAFE invirtió cerca de diez millones de dólares en su campaña —explicó Harry mientras tomaba una pausa para respirar.

—Así que ha sido Jameson el que ha ayudado en la carrera del gobernador y no al revés -reflexiono Andy en voz alta.

—No del todo. Desde que Jhonson es gobernador, NOVOSAFE ha incrementado sus ganancias en un 200%. El año antes de que Jhonson fuese elegido gobernador la empresa declaró unas ganancias de 38 millones de dólares. Para este año está previsto que se superen los 7500 millones. De hecho, NOVOSAFE está preparando su salida a bolsa.

—¿Cómo ha influido el gobernador en ese beneficio tan espectacular?

—Jhonson ha autorizado a NOVOSAFE a realizar experimentos en los últimos años que no están permitidos en prácticamente ningún estado del país y que han conseguido que esta empresa esté a la vanguardia en investigación. El partido republicano está callado porque NOVOSAFE colabora activamente con ellos. Las aportaciones de los últimos años ascienden a casi cien millones de dólares.

—Entiendo. ¿Qué has averiguado de Mathewson?

—Wayne Mathewson era un prometedor cirujano cardiovascular en Chicago. Su carrera subía como la espuma. Era una pieza muy codiciada entre los mejores hospitales del país. Al parecer, un día cometió un error en una intervención de cirugía cardíaca y un chaval de 11 años murió. Le retiraron la licencia y le echaron de su hospital, cayendo además en el olvido. Meses después de aquel suceso es cuando aparece Jameson en escena.

—¿Qué sucedió?

—Mathewson estaba sumido en una profunda depresión. Cayó en el alcoholismo y empezó a entrar en una espiral de autodestrucción. Jameson, que había conocido la historia del Wayne por las noticias, empezó a buscarlo hasta que dio con él. Le obligó a entrar en un programa de desintoxicación y le ayudó en su recurso legal con el hospital. Cuando posteriormente consiguió la absolución, le nombró director médico del grupo. De eso hace 12 años. Sigue en ese puesto desde entonces.

—Seguía. Mathewson está muerto. Se ha suicidado esta mañana —dijo Andy al tiempo que explicaba brevemente a Norris lo sucedido.

—Lo siento, Andy. Parecía tu principal baza. Esto es un desastre.

—Lo sé. No sé si aún tengo un caso o éste ha dejado ya de existir.

—La verdad es que la situación se complica. Por cierto, he encontrado algo en los informes que me enviaste por el teléfono de un tal Thomas Williams.

-¿Qué has encontrado?

—Se los he enviado a una colega cuyo marido es inmunólogo y trabaja en el Boston Memorial. Tras mirarlos me ha dicho que parecen el estudio típico previo que se hace para los trasplantes de órganos. Me dijo también que son estudios muy caros. Así que seguí investigando. No fue fácil porque ese tipo de información es muy sensible pero encontré un listado de los niños que se sometieron a dichas pruebas. Fueron realizadas por la fundación durante dos años, a niños y a niñas con el mismo grupo sanguíneo, el A+, y la misma edad de 12 o 13 años. Y todos pertenecían a familias con rentas inferiores a treinta mil dólares al año del área metropolitana de Chicago. ¿Todo esto te dice algo?

Andy durante unos segundos se quedó en silencio. De pronto todas las piezas, como por arte de magia, empezaron a encajar con facilidad en su cabeza. Y cuanto más veía resuelto el centro del puzzle, a mayor velocidad le encajaban el resto de elementos. Todo le cuadraba. Ya sabía quién era el responsable de todo esto. Y Andy también sabía que lo iba a pagar muy caro.

—¿Andy? ¿Andy? ¿Estás ahí?

—¡Sí,sí! ¡Estoy aquí! ¡Ya sé quién está detrás de todo esto, Harry! No hables con nadie. Guarda en sitio seguro la información. Con un poco de suerte todo este asunto estará resuelto en unas horas. Incluso puede que te den una medalla y un ascenso después de todo. Pero no debes hablar con nadie de esto, ¿entendido? -ordenó Andy que parecía haber recobrado la energía.

—De acuerdo, Andy. Ten cuidado, ¿vale?

-Sí, tranquilo. Ten cuidado tú también. Ya hablamos.

Andy arrancó y salió como una exhalación del aparcamiento del hospital. Por el camino descolgó el teléfono y llamó al comisario Michaels.

—Sí, dígame.

—¡Comisario, soy Harper! Se quién está detrás de todo esto. De hecho, voy a su casa en este momento.

—Un momento Harper. ¡No haga locuras! Explíquese –le ordenó Michaels a gritos.

Andy le explicó con brevedad su teoría al comisario que lo escuchó sin hacer interrupciones. Cuando acabó, Andy esperaba la reprimenda por parte de su jefe en cualquier momento. Pero eso no sucedió.

—Un momento, Harper. No debe entrar usted solo. Al menos no en su situación. Cerca del domicilio de su sospechoso hay una gasolinera. Espéreme allí. Iremos juntos. Es una orden.

Andy aceptó de mala gana. Llegó a la gasolinera y, diez minutos más tarde, apareció en ella el comisario. Aparcó su coche y se montó con Andy. Ambos hombres se miraron.

—Entre usted y mi úlcera van a acabar conmigo, Harper. Arranque de una maldita vez.

-A la orden, señor.

Por el camino ninguno de los hombres dijo nada. Cada uno iba perdido en sus pensamientos y a ninguno le apetecía hablar. Un par de minutos después de dejar la gasolinera llegaron a la puerta de entrada de la mansión de la familia Jameson. Era un espectacular palacete de unos 12 metros de altura y cuya entrada estaba flanqueada por varias columnas de mármol blanco. Se parecía, aunque en mucho menor tamaño, a la Casa Blanca. El guardia que custodiaba la puerta de entrada se les acercó.

—Buenos días, ¿en qué puedo atenderles? -preguntó el guardia con amabilidad.

—Soy el comisario Michaels y él es el inspector Harper, del departamento

de homicidios de Augusta. Necesitamos ver al señor Jameson inmediatamente —contestó el comisario al mismo tiempo que tanto él como Andy enseñaban sus credenciales.

—Un momento, por favor.

Tras hablar por un teléfono interno, les abrió la puerta metálica y dejó pasar el vehículo. Andy condujo hasta la entrada principal donde varios coches de alta gama estaban aparcados en la puerta. Al pasar, Andy se fijó en un pick-up deportivo pintado en rojo y con espectaculares llamas decorando los bajos. Parecía el coche de un chaval. Estaba lleno de barro. Cuando se acercó, observó un par de garrafas vacías en la parte trasera del coche y un chaquetón de camuflaje estilo militar. Andy sonrió y siguió junto con el comisario hacia la puerta de entrada. Cuando llegaron vieron que la puerta principal estaba abierta. Entraron y se vieron dentro de un impresionante hall. Había obras de arte por todos lados. Estatuas, cuadros, tapices. Parecía más la entrada a un museo que a una casa. Cientos de miles de dólares colgaban de aquellas paredes. En un lateral, había una cómoda muy antigua repleta de lo que parecían ser portarretratos bastante caros. Andy se acercó y observó que eran fotos de índole familiar. Una de ellas sorprendió a Andy. Michaels le tocó el brazo para llamar su atención al mismo tiempo que se tocaba la nariz. Un ligero olor a quemado les vino de repente a despertar el olfato. Ambos policías se miraron y empezaron a subir por la espectacular escalinata de mármol blanco que llevaba al piso superior. El olor fue aumentando en intensidad y les llevó a la puerta de la habitación que estaba más lejos de la escalera. Se asomaron y vieron lo que parecía ser un gran despacho. Era una sala rectangular de, al menos, 40 metros cuadrados. Una preciosa alfombra de diez metros de longitud y tres de anchura dominaba el espacio. Encima de ella había un excelente escritorio doble de madera de nogal. Los laterales de la habitación estaban recubiertos de estanterías llenas de libros, algunos de los cuales eran claramente ejemplares muy caros. Al fondo, junto a la chimenea encendida, William Jameson estaba agachado tirando unos documentos que rápidamente eran pasto de las llamas. En un hueco de la pared izquierda, la puerta de una caja fuerte estaba abierta. Hacia allí se dirigía Jameson cuando se percató de la presencia de Andy y del comisario Michaels.

—¿Qué hacen ustedes aquí? -gritó Jameson encolerizado

—Hemos venido a hablar con usted, señor Jameson. Somos el comisario Michaels y el inspector Harper, del departamento de homicidios de Augusta. Queremos aclarar un par de puntos sobre su posible implicación en el

asesinato de Ellen Cistar y la desaparición del pequeño Eddie Norman.

—¿Quiénes? ¿Asesinato? ¿Desaparición? La verdad es que no sé de qué me están hablando —contestó Jameson con indiferencia.

—Si que lo sabes, pedazo de escoria. Y vas a pagar por ello.

—No, inspector Harper. No sé nada. Sólo sé que están ustedes dentro de mi casa sin mi permiso. No tienen una orden y ningún juez que esté en su sano juicio se la dará. Soy un importante hombre de negocios que tiene muchos y poderosos amigos. Y también sé que esta intromisión en mi vida privada la van a pagar muy cara. Así que ahora, si me disculpan, estoy muy atareado. Les ordeno que abandonen mi casa. Busquen esa orden y, si hay algún juez que este tan loco como para firmarla, vuelvan a venir. Hasta entonces, no tengo nada más que hablar —contestó despreciativo Jameson al tiempo que continuó andando hacía la caja fuerte.

—Un momento, señor Jameson. Si usted no nos ha dejado pasar ¿quién ha sido? -preguntó el comisario.

-He sido yo —gritó desde el umbral de la puerta una voz aguda.

Todos se giraron hacia la voz y vieron que provenía de un chaval de unos 17 o 18 años. Se le veía bastante nervioso y tenía dos pistolas, una en cada de mano. Con una apuntaba a Andy y Michaels. Con la otra a Jameson.

—¡Noah! ¿Pero qué demonios estás haciendo? ¿Siempre tienes que estar dando la nota? ¡Suelta eso, por el amor de Dios! -gritó Jameson que se empezó a acercar a su hijo.

—¡Quieto! ¡No te acerques más o te disparo! ¡Eres un monstruo! -dijo entre sollozos el joven Noah Jameson.

Andy y Michaels se quedaron petrificados. Con cuidado, el comisario hizo un amago de sacar su arma. Andy le sujetó la mano y le pidió con la mirada que esperase.

—¡Noah, no seas inconsciente! ¡Baja esas pistolas ahora mismo! ¡Es una orden! -aulló desesperado Jameson.

—No, padre. Estoy cansado de tus órdenes. Llevo años intentando llegar a tu nivel de exigencia pero para ti nunca nada de lo que he hecho ha sido suficiente. Ahora sé tu secreto. El secreto del gran hombre. ¡La gran mentira del señor William Jameson! -volvió a gritar Noah fuera de sí.

—¡Cállate! ¡No digas más tonterías! ¡Agentes, no le hagan caso! Está en tratamiento psiquiátrico desde hace meses. No sabe de qué habla —rogó Jameson que estaba próximo a sufrir un colapso.

Entonces Andy intervino.

—Yo creo que sí, señor Jameson. Su hijo Noah es el causante de la muerte de Ellen Cistar. Y muy probablemente del incendio que asoló su casa poco después. Y dado su pasión por el fuego, también creo que está implicado de algún modo en el incendio provocado en el St. Joseph de esta mañana, que causó la muerte al doctor Herrero y heridas a otra persona ¿No es cierto, Noah? -afirmó Andy.

—¡Ustedes los policías no se enteran de nada! Yo sólo prendí fuego a la casa de la mujer.

—¡Cállate! ¡No digas nada más! -aulló Jameson.

-¿Por qué hizo eso? -preguntó el comisario.

—No podía permitir que dejaran de investigar y pensasen que su muerte era accidental. Del otro incendio no sé nada. Ahora entiendo que a mi padre le haya sido tan fácil quedar impune tantos años. Son unos incompetentes.

—Si no has sido tú, ¿quién ha sido?

—Ahora que lo pienso, creo que mi primo David trabaja allí desde hace no mucho tiempo, ¿no es cierto, padre? Siempre le gustó mucho el fuego. De hecho, me lo enseñó todo sobre cómo manejarlo y controlarlo. La orden de matar a la mujer fue a buen seguro una orden directa de mi padre –se sinceró el joven.

—¿Quién es su primo David? -pregunto el comisario.

-David Blend. Usa el apellido de su madre. Es psiquiatra – contestó el joven con una sonrisa.

Las últimas piezas encajaron en el puzzle de Andy. Ahora, todo tenía sentido.

—Hijo, no digas nada más. ¡No seas inconsciente! ¡No sabes de qué estás hablando! ¡Cállate, por el amor de Dios! -gritó de nuevo William Jameson con desesperación.

—No, padre. Hoy, en este momento, en tu despacho y con dos policías y tu hijo por testigos, vas a confesar tus crímenes. Hazlo o atente a las consecuencias –advirtió Noah con seguridad.

—Y si no lo hago ¿qué harás? Siempre has sido un ser débil. Te pareces a tu madre -contestó desafiante William.

—¡Esto! -gritó el joven que de manera sorprendente se apuntó con una de las pistolas en su sien izquierda –¡O confiesas ahora mismo todo o me pego un

tiro! Cargarás con mi muerte el resto de tus días –terminó de decir entre lágrimas.

Todos se quedaron petrificados. William Jameson, siempre tan seguro de sí mismo, temblaba como un flan de vainilla.

—Hijo, ¿por qué haces esto? ¡Todo lo que hice fue por ti! ¿No lo entiendes? -suplicó William casi de rodillas.

—No, padre. Desde que me enteré hace meses de lo ocurrido quise creer que eso había sido así. Quise creer que todo lo hiciste por mí. Pero pronto descubrí que tú no me salvaste porque me querías. No había amor en tus más profundas intenciones. ¡Lo hiciste porque querías demostrar al mundo que William Jameson jamás perdía! ¡Lo hiciste por tu orgullo, padre! ¡No por salvar a tu hijo! -gimió el joven que seguía llorando sin parar.

—¿Qué es lo que hizo tu padre, Noah? -preguntó el comisario Michaels.

—Mi padre secuestró al pequeño Eddie Norman para robarle su corazón. Un corazón que le hacía falta a su hijo Noah y que no llegaba a tiempo de salvarlo. ¡El corazón que late bajo esta cicatriz! -confesó Noah al tiempo que bajaba la pistola que apuntaba a los policías y se levantaba con cuidado la camiseta.

Todos observaron una cicatriz que dividía en dos el pecho del joven, justo por encima del esternón. Tras unos segundos se bajó la camiseta y volvió a apuntar con el arma a los agentes. Todo el mundo se quedó en silencio. William Jameson, derrotado, se acercó al sillón que había cerca de su escritorio y se sentó con pesadez. Abrió una botella de cristal de bohemia que tenía en una camarera de mesa justo al lado y se sirvió lo que parecía whisky en un vaso. Luego lo cogió y se lo bebió de un trago. A continuación, empezó su relato.

—Heredé de mi padre una gran fortuna, algo así como unos 10 millones de dólares en propiedades y activos. Lo vendí todo y decidí que quería cambiar la vida de la gente. Con esa premisa funde la fundación hospital de Illinois. Conseguí con cierta rapidez empezar a recuperar lo invertido. Era joven, trabajaba duro y tenía unos ideales que compartir con el mundo. Un día mi vida cambió. Estaba haciendo entrevistas de trabajo para el puesto de secretaria ejecutiva. Una de las candidatas que se presentó fue tu madre. Ahí fue dónde nos conocimos.

El joven Noah empezó de manera inconsciente a bajar ambas pistolas.

—Era alta, esbelta y muy guapa. En cuanto la vi de entrar, me enamoré perdidamente. Al principio me rechazó pero luego se dejó engatusar. En menos de un año nos casamos y al poco tiempo se quedó embarazada de ti. La vida me sonreía –se explicaba William que hizo una pausa, se sirvió otro trago de whisky y se lo volvió a tomar de golpe casi sin respirar-. Todo el embarazo fue muy bien hasta el momento del parto. Hubo complicaciones y, aunque tú saliste bien, dos horas después tu madre sufrió una grave hemorragia. No tuvieron más remedio que realizarle una histerectomía. Jamás volveríamos a tener niños –siguió explicando Jameson, cada vez más hundido en el sillón.

Todos en la sala se mantuvieron callados y en silencio. La expectación era máxima.

—Aunque al principio nos costó asumirlo, el verte crecer nos dio fuerzas. Nos hicimos a la idea y, al año de tenerte con nosotros, nuestra familia volvía a ser totalmente feliz. Empezamos incluso a plantearnos adoptar en el futuro –confesó Jameson.

-¿Por eso nunca tuve hermanos? -preguntó incrédulo Noah.

—Sí. Justo cuando empezamos a preparar los papeles para la adopción, surgió tu problema de corazón. Tendrías unos ocho años. Al principio pensamos que no sería nada grave pero tras un amplio estudio se confirmó el peor de los pronósticos: tu corazón era inservible. A medida que fueses creciendo sería cada vez más inútil hasta que llegase un día en que se pararía para no volver a latir nunca más.

—Tuvo que ser muy duro –afirmó Andy.

—Sí. Fueron momentos muy complicados. Visitamos a los mejores especialistas del país y de Europa. Todos nos confirmaron que la única opción de tratamiento era el trasplante. Así que, con algo de influencia, te pusimos en lista de espera –continuó diciendo Jameson.

—¿Por ese motivo se puso en marcha el estudio del hospital fundación de Illinois, verdad? -preguntó Andy.

—Sí. Fue una noche en la que estaba hablando con Sophia. Nos infundíamos ánimos mutuamente. Pensé que, pasase lo que pasase con nuestro Noah, sería bueno que se crease un programa que estudiase a fondo la salud de los niños. El problema de Noah hubiese sido el mismo con o sin estudios pero

hay muchos tipos de malformaciones que se pueden curar si se detectan a tiempo, evitando que los órganos lleguen a un punto en el que no sean recuperables. En la empresa, los beneficios habían disminuido. Al estar más volcado con mi hijo, dejé un poco de lado mis obligaciones. Las cuentas arrojaron, por primera vez, un balance negativo. Conseguí, a pesar de las reticencias del consejo, que se aprobase hacer el primer estudio a unos trescientos niños. Detectamos problemas que se solucionaron en veinte de ellos. El programa costó alrededor de 2 millones de dólares. Para mí fue un éxito completo –explicó con orgullo Jameson.

—¿Cuándo decidió aprovecharse del programa que había ideado?

—A los diez días de dar por acabada la primera fase del mismo, Noah empeoró. Tenías ya once años. El médico que lo atendía en la pequeña clínica que habíamos montado en casa para que estuviese atendido 24 horas nos dijo que su estado era grave. No le daba ni seis meses de vida. Sophia enloqueció. Una noche me agarró del pecho y me ordenó que hiciese lo fuera necesario para salvar a su hijo. Al día siguiente volví a llamar a los mejores especialistas. Todos coincidieron con nuestro cardiólogo. Estuve todo el día al teléfono hablando con medio mundo. Por la noche, no me atreví a volver a casa. Estando borracho en el despacho fue cuando, por casualidad, leí un artículo en el periódico sobre el tráfico de órganos. Empecé a leerlo por curiosidad pero de pronto se me ocurrió que esa era una opción para Noah. Sin darme cuenta, me quedé dormido encima de la mesa del despacho con la página del artículo abierta de par en par. Cuando me desperté a la mañana siguiente y vi el artículo, sentí asco de mí mismo. Salí del despacho y fui a casa. Noah había empeorado durante la noche. Fue necesario hasta intubarlo. Aunque la crisis ya había pasado, nuestro cardiólogo nos dijo que cada vez serían más frecuentes hasta que, en una de ellas, no se recuperaría –siguió hablando Jameson, que de pronto se levantó y fue a asomarse a la enorme cristalera que estaba al lado de la chimenea.

Todos le siguieron con la mirada. Andy miró de reojo a Noah, que había bajado las dos pistolas completamente. Jameson continuó hablando.

—Hablé con especialistas y les pedí que me dijese cuáles eran las pruebas para ver la competencia de un donante de órganos. Seguía con la esperanza de que llegase su corazón de manera natural pero no quería dejar que mi hijo muriese. Un padre haría cualquier cosa por salvar a su hijo. Cualquier cosa –dijo Jameson tras suspirar.

—Por eso hizo una segunda fase de estudio, con más pruebas y a más

niños. Sólo los hizo a los de 12 a 13 años y del grupo sanguíneo de su hijo, A+, ¿no es cierto?

—Así es —confesó Jameson mientras miraba sorprendido a Andy—. Quería obtener al mejor candidato posible. Justo cuando acabaron las pruebas me enteré que había un tratamiento experimental en Vancouver. Detuve el programa y lo anulé. En dos semanas Noah estaba recibiendo el nuevo tratamiento —terminó de decir William Jameson.

—¿Qué sucedió después? —preguntó el comisario Michaels.

-Al principio funcionó bien. Mejoró bastante y se le pudo

retirar gran parte de medicación. Enterré la idea del trasplante ilegal y me juré que nunca volvería a hablar de ello ni conmigo mismo. Entonces, a los diez días, Noah volvió a empeorar. Hablamos con Vancouver y nos dijeron que no había nada que hacer. Noah se iba a morir —confesó William Jameson mientras de sus mejillas empezaban a rodar varias lagrimas.

—¿Fue entonces cuando conoció a Andrej Gabo? —preguntó Andy.

—Sí. A través de cierto jefe de policía, amigo mío de la universidad. Yo sólo le explique que necesitaba alguien para un trabajo sucio. Él me dijo que Gabo era mi hombre. Nos concertó la cita y nos vimos. En cuanto lo vi, supe que haría todo lo que pidiese sin rechistar siempre y cuando le pagase de manera generosa. Le expliqué lo que quería y me pidió un precio. Yo le cuadruplico esa cifra. Le dije que estuviese preparado, que lo avisaría la misma noche que necesitase hacer la operación. Él sólo me pidió los datos del niño que había que secuestrar —se explicó Jameson.

—¿Desde cuándo tenía elegido a Eddie Norman? —preguntó Andy asqueado por la pregunta.

—En realidad no fue la primera opción. La primera fue una niña que tenía una compatibilidad con Noah del 99,7 %. Pero cogió un sarampión. He pensado muchas veces en ella. Tanto su familia como ella nunca supieron lo cerca que había estado de morir. Como fue imposible con el candidato número uno pasamos al candidato número dos. Era el pequeño Eddie. Su compatibilidad era del 98,9%. Gabo empezó a hacer sus tareas de vigilancia —siguió diciendo Jameson.

La frialdad con la que lo contaba hizo que a Andy le diesen ganas de vomitar. Hablaba de aquellos niños como si fuesen elegidos para un concurso del colegio.

—Un día me dí cuenta de un grave error en todo el plan. Tenía al donante, al secuestrador e incluso el lugar para realizarlo. Se haría en un barco de la

empresa dedicado a la investigación, el “Spirit of Manistee”. Acabábamos de comprarlo y me ocupé de que fuese preparado a fondo. Monté dos quirófanos en él y una zona que era como una pequeña UCI, con dos camas con sistemas de vacío para evitar contaminación aérea. Al personal del buque le indiqué que estaba ahí por si tenían algún accidente en alta mar. Luego cargué todo lo necesario en varias valijas que dejé a bordo, selladas y preparadas para la noche señalada. Entonces me dí cuenta que me faltaba una figura imprescindible y sin la que no había nada que hacer: Un cirujano –continuó explicando Jameson.

—Y aquí es donde entra en juego Wayne Mathewson. ¿No es cierto?

—Sí. En realidad fue Gabo el que lo encontró. Se personó en mi oficina después de que le avisase que la operación se anulaba. Ningún cirujano en su sano juicio haría una operación de ese tipo. Noah estaba condenado. Cuando llegó, pensé que venía a por su dinero. Yo le quise tranquilizar. Le dije que sus emolumentos se cobrarían de igual forma, aunque la tarea no se hubiese llevado a cabo.

—¿A cuánto ascendían? -interrumpió el comisario.

—Medio millón de dólares –respondió William Jameson—. Gabo me propuso doblar esa cifra si él me conseguía un cirujano cardíaco. Tuve mis dudas. Gabo, para tranquilizarme, me juró que podría comprobar los datos y el historial del cirujano antes de decidirme. Cuando le pregunté que cómo estaba tan seguro de que iba a encontrar alguien dispuesto a operar a Noah él simplemente se rió. Quedamos en vernos al día siguiente al mediodía en un bar al este de la ciudad. Esa noche, Noah empeoró. Su estado era crítico. Y no aguantaría más de dos días. Fui a la cita desesperado. Entré al bar y me llevaron a un almacén, en la parte trasera. Cuando entré, vi a Wayne Mathewson sentado en una silla. Era la primera vez que le veía. Gabo me dio un par de artículos de periódico en los que se explicaba su brillante carrera como cirujano y su caída a los infiernos. Le expliqué con claridad lo que queríamos hacer y él durante toda la conversación se limitó a asentir. Le prometí que si lo hacía la pagaría mucho dinero y le haría director médico de NOVOSAFE. Vi el brillo de la vanidad y la avaricia encenderse en su mirada. Con Gabo de testigo, cerramos el acuerdo. El trabajo se haría a la noche siguiente –terminó de decir Jameson acercándose de nuevo al escritorio a por whisky.

—¿Qué conexión había entre Gabo y Mathewson?

—preguntó Andy.

—Mathewson le debía dinero a Gabo por temas de apuestas ilegales. Cuando le retiraron la licencia, Wayne además de al alcohol se hizo adicto al juego. De hecho llegué a enterarme con el tiempo que aquel día si yo hubiese dicho que no lo quería en la operación, hubiesen matado a Wayne. En cierto modo, le salvé la vida.

Andy miró en silencio al comisario Michaels, que estaba pálido como el mármol blanco de las columnas de la entrada.

—La noche anterior tuve muchas dudas. Hablé con mi mujer y le expliqué que había un modo de salvar a Noah pero de una forma repugnante. Ella me volvió a repetir que le daba igual como pero que lo hiciese. Esa noche, cariño, sufriste una parada cardiorespiratoria de la que todavía no sé ni cómo saliste con vida —dijo Jameson mientras miraba a su hijo emocionado.

El chaval miraba al suelo, llorando como un chiquillo el primer día de colegio.

—Aquello para mí fue como una señal. Así que dí luz verde a la operación. Todo sucedió según lo previsto. Gabo secuestró al pequeño Eddie Norman y lo llevó al “Spirit”. Allí, entre Wayne y yo sacamos el corazón del niño y lo preparamos para el trasplante de mi pequeño. Noah descansaba en la habitación esperando la intervención. Necesitábamos un enfermero perfusionista que mantuviese a Noah con vida hasta que llegase el corazón de Eddie. Wayne le había dado a Gabo el nombre de un conocido que trabajaba en el mismo hospital que Mathewson, un enfermero de origen árabe que solía jugar con él en las timbas ilegales y de un otro de origen filipino que tenía problemas con inmigración. Les ofreció a ambos una jugosa cantidad de dinero a cambio de ayuda —continuó explicándose Jameson.

—¿Qué les sucedió? —preguntó Andy temiendo saber la respuesta.

—Gabo los hizo desaparecer. Días después de toda la operación, Gabo me lo confesó después de algunos vodkas. El resultado fue óptimo y el trasplante un éxito, como han podido comprobar, Mathewson cogió su puesto y su sueldo, además de un buen pellizco de dólares. Años después decidimos trasladar la empresa aquí. Cambiamos el nombre y vinimos a Maine. Aire puro y poca contaminación era lo que le venía bien al niño. Quería alejarme de Chicago y aquí tu abuelo empezaba a destacar dentro del partido republicano. Con mi ayuda, se convirtió en gobernador, lo que nos facilitó multitud de ventajas

fiscales y de otro tipo que se tradujeron en el crecimiento actual que tiene la empresa.

—¿Cómo consiguió que se olvidase todo? -preguntó Michaels.

—Con dinero y sutileza. Hice generosas donaciones al FBI y al departamento de policía de Chicago. Todos decidieron correr un tupido velo sobre el asunto —dijo Jameson.

-Todos menos Ellen Cistar y Guinetti. Debió de molestarle todo aquello, ¿no es cierto, señor Jameson?

—Al mes y medio de toda la operación, Gabo se presentó en mi casa. Me explicó la insistencia de la madre del niño desaparecido y el apoyo que había logrado de Guinetti. Se ofreció por un módico precio a solucionar el problema. Yo le dije que no quería que la mujer sufriese daño. Gabo me insistió en que era un error y aunque intentó convencerme de lo contrario, le insistí en que no le pasase nada a Ellen Norman. Al poco tiempo me llegó una carta de Chicago sin remitente. Dentro había recortado un artículo en el que se contaba la muerte del inspector Guinetti —explicó William Jameson mientras no dejaba de mirar al suelo.

—¿Cómo pudiste hacer todo eso? ¿Matar a todas esas personas? ¿Porque yo no muriese? ¡Eres un indeseable y me avergüenzo de ser tu hijo! -grito Noah.

—¡Todo lo hice por ti! ¡Eres un desagradecido! -se encaró Jameson visiblemente afectado por el alcohol que acababa de ingerir.

—¿Dónde escondió Gabo el cuerpo del pequeño Eddie, señor Jameson? -intervino Andy intentando reconducir la situación.

—Gabo me entregó la mitad de las coordenadas de la ubicación exacta del cadáver. La otra mitad se la quedó él. A cambio de su silencio, me pidió mudarse a vivir aquí. Necesitaba salir de Chicago, puesto que cada vez tenía más enemigos. Solicitó mi ayuda para conseguir nueva documentación y dinero para montar un negocio. El dinero se le entregó a través de Wayne. Montó esa horrible pizzería, el Tony's, y se retiró de la primera línea criminal. Todos los años recibía de mí una generosa suma que Wayne le abonaba. Además, cuando teníamos algún pequeño problema que había que resolver de manera extraoficial, Gabo se encargaba. Era discreto, profesional y nada ambicioso. Yo pedía y el ejecutaba. Un autentico profesional.

—¿Tiene todavía el papel de las coordenadas, señor Jameson? -preguntó el comisario Michaels.

—Por supuesto. Están en la caja fuerte —dijo Jameson al tiempo que

sacaba una carpeta de color azul.

—Hágase un favor, señor Jameson. Entréguenos la carpeta. Todo ha acabado —dijo Andy que se empezó a mover con discreción hacia Jameson rodeando el escritorio.

—Jamás se la entregaré, inspector Harper. Nada de lo dicho aquí tendrá validez en un juicio. He sido coaccionado para decirlo. No tienen ninguna prueba y las pocas que existen van a ser eliminadas. No tienen ustedes caso. De hecho, no pueden ni tocarme.

—Suelta esa carpeta en el suelo, papa. Es una orden —exigió Noah, que volvió a apuntar con las dos pistolas a su padre—. Esta vez no te vas a salir con la tuya. No vas a matar a nadie más. ¡Retírate de la chimenea o dispararé! —gritó Noah, cuyo temblor de manos no hacía aconsejable llevarle la contraria. —¡Desagradecido! ¡Todo esto lo hice por ti! ¿Y así me lo pagas? ¡Tú a mí no me das ordenes! ¡Yo te las doy! ¡Para eso soy tu padre! —escupió Jameson.

De pronto se escuchó una detonación. Y luego otra. Y después una tercera. Andy y Michaels se quedaron parados mientras observaban a Noah, de pie en medio de la sala con sus pistolas bajadas y totalmente desconcertado. Unos metros detrás de él había aparecido Sophia Jameson, con un pequeño revolver entre las manos. William Jameson, tan sorprendido como todos, vio cómo de su pecho empezaba a fluir de manera constante la sangre de su cuerpo. Se le cayó la carpeta de las manos y, con expresión de sorpresa, se desplomó en el suelo. Sophia, con mucha calma, se acercó a Andy y al comisario todavía con el pequeño revolver en las manos. Los miró a la cara y les sonrió con tristeza. Luego dejó el arma encima de la mesa del escritorio.

—Estaré en mi habitación cuando quieran arrestarme —dijo con parsimonia tras lo que se dio la vuelta y se acercó a su hijo. Le quitó las pistolas que todavía llevaba en las manos, las dejó en el suelo, lo cogió del brazo y se lo llevó consigo fuera del enorme despacho. Andy y el comisario Michaels se quedaron solos en la habitación mirándose con estupefacción.

## ***Capítulo 16 Atando cabos***

Andy estaba sentado en una coqueta cafetería que había enfrente de la comisaría. Le gustaba estar allí porque se respiraba tranquilidad. Era un ambiente cálido y acogedor, en el que podía desconectar de todo. Aunque ya podía volver por su oficina, todos seguían cuchicheando a sus espaldas. No era algo agradable y por eso Andy evitaba en la medida de lo posible estar en su despacho. Cuando tenía que hablar con el comisario Michaels, se citaban en la cafetería o en algún otro lado para comer. Aquél era uno de esos días.

—Bien, ya me has pedido el café. Lo necesito. ¿Cómo está mi chico preferido? Esto se tiene que acabar, Harper. Cada vez que quieres hablar quedamos aquí o en Mama Louis. A este paso mi colesterol me matará con más rapidez de la que deseo. ¿Sabes que puedes volver a casa, verdad? -preguntó con cariño el comisario.

—Lo sé, comisario. Lo que sucede es que todavía no me acostumbro a los cuchicheos. La verdad, no creo que lo haga nunca. De hecho, estoy pensando en pedirme un traslado – confesó Andy.

—¿Un traslado? ¡Qué poco nos duran las estrellas! ¿Quién ha sido? ¿la CIA? ¿la NSA? -se quejó el comisario.

—Ninguno de ellos. Nuestros jefes me han propuesto dirigir el departamento de desaparecidos. Mi grupo sería el encargado de toda la Costa Este. Tendríamos base en Boston. He dicho que lo pensaría pero creo que acabaré aceptando –explicó Andy con una sonrisa.

—Me alegro por ti, Andy.

-Gracias, señor.

—Antes supongo que acabarás el informe del caso, ¿verdad?

—preguntó Michaels simulando estar enfadado.

—Por supuesto. En las últimas tres semanas he estado muy atareado. Ya he hablado con el FBI de Chicago. Ha habido una docena de detenciones, cinco de ellas antiguos agentes y cargos de la policía de la ciudad. También se ha detenido a un antiguo jefe de departamento del FBI. Todo ello gracias a los papeles encontrados en la caja fuerte de Jameson. Aquí, en Maine, se ha detenido al doctor David Blend por el incendio del St. Joseph. Al parecer seguía órdenes de Ashcroft, director médico del centro, que también ha sido detenido. Ashcroft a su vez tenía órdenes directas de Jameson de impedir que alguien revisase las historias hasta que RESLIAS estuviese completado.

Ambos han pedido negociar su condena a cambio de una confesión pues tenemos bastantes pruebas de tipo informático –se explicó Andy.

—Debe tener usted un club de seguidores ya bastante numeroso, Harper –respondió divertido el comisario.

—Eso parece. Además, el programa RESLIAS ha sido cancelado. La nueva cúpula directiva de NOVOSAFE así lo ha decidido. Hay una empresa japonesa que ha presentado una oferta muy interesante por la compañía, según he oído. De hecho, Noah Jameson, como único heredero de las acciones de su padre, quiere venderla. No quiere saber nada de su legado.

—¿Qué sucederá con los Jameson?

—Noah se ha declarado culpable del incendio de la casa de Ellen Cistar. Tiene varios atenuantes y su ayuda en la resolución del caso de Eddie Norman juega a su favor. La juez no será muy dura con el chico. Se quedará probablemente en un tirón de orejas. Su madre, en cambio, ya está en prisión preventiva. Tiene poco a lo que agarrarse, aunque el tema mental parece la mejor opción de defensa. No sé qué pasará con ella pero se la ve bastante tranquila.

—Y qué se sabe del cuerpo del pequeño Eddie, ¿ha aparecido por fin? - volvió a preguntar el comisario.

—Sí. Hace una semana. El FBI me llamó y me lo notificó. Con él estaban enterrados al parecer dos cadáveres más. Dos hombres que concuerdan en edad y físico con el especialista en perfusión de origen árabe y el enfermero filipino que contrato Gabo. El niño ya está enterrado junto a su madre en Chicago –terminó de decir Andy.

Durante el instante en que se quedaron en silencio, el ruido de la televisión les llamó la atención. Parecía un boletín especial en el canal 7.

—“...Señoras y señores, tenemos una noticia de última hora. El principal aspirante a candidato republicano para la Casa Blanca y gobernador del Estado de Maine, Donald Jhonson, acaba de anunciar su dimisión en rueda de prensa. Ha alegado motivos de salud. Desde su partido algunas fuentes no oficiales alegan temas personales mientras que otras fuentes consultadas revelan que el motivo podría ser la reciente implicación de su hija Sophia en la muerte de su marido, el magnate de la industria farmacéutica NOVOSAFE William Jameson. Ampliaremos la noticia en cuanto...”

—siguió diciendo el noticiario mientras se hacía un murmullo en el salón de la cafetería.

Andy, que no parecía sorprendido, miraba divertido al incrédulo comisario.

—¿Tú sabías algo de esto? -preguntó Michaels abriendo los ojos de par en par.

—Sí. Desde esta mañana. El FBI le ha enseñado las pruebas que tiene contra él. Le han invitado a dimitir para evitar un escándalo. Parece que ha accedido a colaborar a cambio de no ir a juicio. Otro amigo en mi club de fans, supongo.

Ambos se rieron de buena gana mientras brindaban con sus cafés. Después de un par de minutos en silencio, Michaels volvió a dirigirse a mirar a Andy.

—Por cierto, ¿qué encontró el FBI en la pizzería de Gabo?

—Gabo tenía una caja fuerte en el lugar que me indicó antes de morir. La encontraron y la abrieron. Había multitud de cintas de audio y documentos que implicaban a Mathewson y Jameson. Encontraron fotos del domicilio de los Norman, los pasaportes del enfermero filipino y del perfusionista árabe y algunas cosas más. Una de las cintas tenía grabada una conversación en la que Jameson le ordenaba a Gabo asesinar a Ellen. Al parecer, según me contó Noah, ahí fue donde obtuvo confirmación de todo. El ya lo sospechaba desde hacía meses por unos documentos que encontró en el despacho de padre. Además, hoy he quedado con el agente especial encargado del caso para volver a la pizzería a ver si veo algo que se les escapa. Aunque no lo creo. Tienen el caso bastante amarrado –comentó Andy quitándose importancia.

—Has hecho un gran trabajo Harper. Eres un gran policía. Estoy orgulloso de ti.

—Gracias, señor. Sin su ayuda y su confianza, habría sido imposible. Muchas gracias, por todo.

—Bueno, me tengo que ir. El deber me llama. Avísame antes de irte y tomamos una cerveza, ¿De acuerdo, Andy?

-preguntó el comisario Glen Michaels mientras extendía la mano.

—Eso ni lo dude, señor. Estaremos en contacto –dijo Andy al tiempo que estrechaba la mano del comisario con afecto. Un minuto después, Andy seguía con la mirada a través del cristal cómo el comisario se perdía en las escaleras de la entrada del departamento.

Absorto en sus pensamientos, Andy notó de pronto la vibración del teléfono. Era Peter.

—Inspector Anderson Harper al aparato ¿Qué es lo que desea?

—Perdón inspector, necesito que venga rápido un apuesto policía a mi domicilio. ¿Conoce usted a alguno?

—La verdad es que no, señor Tenway —respondió Andy que se empezó a reír.

Desde que Peter había salido del hospital, ambos prácticamente habían vivido juntos en casa del anestesista. Andy sólo iba a su casa a por ropa y pasaba todo el tiempo que los viajes y las investigaciones le permitían con él. Peter, además, ya había aceptado una oferta de trabajo en el Boston Memorial. Vivirían juntos en la ciudad. Todo les iba a pedir de boca.

—¿Vas a venir a almorzar? -preguntó Peter.

—¿Qué? Sí, supongo que sí. Sólo me queda ir a echar un vistazo con el agente especial del FBI a la pizzería de Gabo. Es una mera formalidad. Supongo que estaré en casa sobre las dos. ¿Te parece bien? -contestó Andy.

—Perfecto. Te prepararé esa pasta con gambas que tanto te gusta. Hasta luego, inspector.

—Hasta luego, señor Tenway.

Estaba en una nube. Había conseguido un puesto de trabajo que le entusiasmaba y estaba feliz con un hombre del que estaba enamorado. Además iban a empezar una nueva vida juntos en una preciosa ciudad como Boston. Sentía que por fin su vida estaba completa. Estaba tan distraído que no se dio cuenta del todoterreno negro con matrícula del gobierno que se había detenido junto a la cristalera de la cafetería. Al segundo toque de claxon, Andy bajó de su nube. Se levantó de golpe, fue a la barra, pagó los dos cafés y luego salió disparado hacia el coche. Luego abrió la puerta y se montó dentro. El agente especial Jhon Hart estaba al volante.

—Buenos días, inspector Harper. ¿Preparado para acabar con este caso? -dijo el agente.

—Por supuesto, agente Hart. Deseándolo, de hecho.

El coche arrancó y salió lanzado en dirección a la pizzería de Gabo. Tardarían unos diez minutos en llegar. Hart, por romper el hielo, empezó a hablar.

—Me han dicho que pronto se convertirá en un agente especial del FBI. ¿No es así? -preguntó Hart indiscreto.

—No existe el secreto en el FBI, por lo que veo. Sí, me uniré al grupo de desaparecidos.

—Su propio grupo de agentes y control de toda la zona este. Eso es

ascender con rapidez. Aunque me permitiré darle un consejo: tenga cuidado porque lo difícil en el FBI no es subir, sino mantenerse.

—Lo tendré en cuenta —respondió Andy, que se puso a mirar el paisaje para evitar más conversaciones.

Llegaron a la pizzería y entraron. Era un local que debía tener la misma decoración con la que se había abierto años atrás. Fueron directos al despacho de Gabo y Andy revisó, junto con el agente Hart, toda la habitación. Luego inspeccionaron las salas, las cocinas y el almacén. Después de una hora, ambos coincidieron en que allí no había nada más que encontrar. Iban a salir cuando Andy se fijó en una de las fotos colgadas en la pared. Eran muchas y estaban amontonadas. Pero aquella casi lo dejó con respiración. Ya en el coche, Hart le miró con preocupación.

—¿Se encuentra bien, inspector? Tiene mala cara.

—No, estoy bien. Sólo es que el café a mediodía no me sienta bien. No es nada —contestó Andy.

En el camino de regreso Andy se mantuvo todo el tiempo en silencio. Sus pensamientos le hacían mantenerse en estado casi de trance. Cuando llegaron a la puerta del departamento, Hart tocó a Andy en el hombro para avisarle. Él se sobresaltó.

—Ya hemos llegado, inspector —dijo Hart.

—Gracias, agente especial Hart. En un par de días tendrá mi informe listo. Adiós —respondió Andy, al tiempo que salía del coche dando un portazo y se metía en la comisaría a toda velocidad.

Sobre las cuatro de la tarde, un par de horas después de volver de la pizzería de Gabo, Andy recibió una llamada y se sobresaltó.

—Hola, Andy. ¿Estás bien? Mi pasta y yo nos hemos quedado esperando tu regreso. ¿Ha ido todo bien? —preguntó Peter dubitativo.

—Hola, Peter. Siento no haberte avisado. Todo ha ido bien. Lo que pasa es que el FBI quiere el informe cuanto antes. He prometido acabarlo hoy. Supongo que dentro de una hora y media o dos estaré por ahí. Casi lo he acabado.

—Vale. Nerón y yo te esperamos aquí. Vas a tener que darnos una buena recompensa a cambio de este plantón, inspector.

—De acuerdo. Luego nos vemos.

Una hora y media después de aquella conversación Andy salió de la comisaría en dirección a casa de Peter. Llegó abatido a la puerta y pegó en el timbre. Instantes después Peter le abrió.

—¡Dios mío, que cara traes! Siéntate en el salón que ahora mismo te traigo una cerveza bien fría.

Andy fue hacia el salón y entró directo hacia una foto que había en uno de los muebles. Cogió el marco y se quedó mirándola de cerca. Peter llegó al salón con la cerveza en la mano y, al ver a Andy se quedó en silencio. Durante unos segundos, ambos hombres se miraron con intensidad.

—Siempre me han gustado las fotografías. Desde niño sentí pasión por ellas. Para mí son pedazos de historia que quedan grabados en un trozo de papel. Nunca mienten y no olvidan. Son muy fiables. Al menos, más que muchas personas ¿No es así Peter? -afirmó Andy con tristeza.

Peter se quedó unos segundos en silencio. Luego suspiró.

—¿Desde cuándo lo sabes? -preguntó Peter, que había cambiado por completo su tono de voz.

—Creo que sospeché algo desde el primer día, pero lo achaqué a mi naturaleza desconfiada. En los últimos días pensé en una pieza del puzzle que todavía me faltaba. Hoy, cuando he visitado la pizzería de Gabo y he visto tu foto colgada en la pared posando junto a él, todo adquirió al fin un sentido – confesó Andy que se sentó derrumbado en el sofá con la fotografía en la mano.

—¿Cómo lo has sabido?

—El perito me dijo hace una semana que tu coche no uso los frenos el día del accidente del lago. En principio supuse que debía de ser un error o que, simplemente, te habías puesto nervioso y no fuiste capaz de tocarlos. Sucede bastante a menudo y no le dí más importancia. En cambio, hace un par de días, mientras estaba revisando la mansión de los Jameson, me acerqué a la cómoda de la entrada donde había un montón de fotografías. El primer día las pasé por alto pero me quise fijar en una que me había llamado la atención. Era una copia idéntica de esta que ahora tengo en las manos –dijo Andy al tiempo que levantaba el marco con la foto que tenía en la mano -En ella, tú y varios niños del orfanato St.Francis de Chicago estabais vestidos con una equipación de color amarillo después de jugar algún tipo de partido o torneo. No reconocí a Jameson ni el día que vi esta foto en tu salón ni la primera vez en la mansión. Pero sí lo hice hace dos días mientras estaba en su casa –se explicó Andy mientras cruzaba una pierna sobre la otra.

—Una maldita fotografía no significa nada y lo sabes – escupió Peter con rabia.

—Es cierto, Peter. Por eso le pedí al FBI de Chicago que te investigase. Buscaron los registros del St. Francis así como en la base de datos del ejército. Nunca hubo ningún Peter Tenway en sus registros. Pero, tras enseñar tu foto en el orfanato, hubo un profesor que te reconoció y rescató tu expediente. Tu nombre auténtico es Peter Hammon. El resto que contaste es cierto. Estudiaste medicina tras dejar el ejército pero se te olvidó mencionar que fue William Jameson quien te ayudó, ¿no es así? -preguntó Andy sin esperar respuesta.

Peter se quedó en silencio e inmóvil, al lado de una silla del salón.

—Supongo que tu silencio equivale a un sí. Jameson te conocía desde el orfanato. Al fin y al cabo, el hospicio pertenecía desde hacía años a su familia. Fue la única posesión que William conservó de su padre. ¿Cómo sucedió? ¿Fuiste a su despacho y le pediste ayuda? -volvió a preguntar Andy, que se había incorporado ligeramente en el sofá.

—Así es -contestó Peter de manera casi inaudible.

-Él te ayudó a entrar en medicina. Ya siendo médico y mientras hacías la especialidad de anestesia, le ayudaste en el trasplante de Eddie aunque todavía no se por qué. Supongo que por eso te viniste nada más acabar tu especialidad a trabajar aquí. Querías estar cerca de Jameson. Él te consiguió tu puesto ya que, al fin y al cabo, era el dueño del hospital. Te ayudó con tu nueva identidad e incluso supongo que te echaría también una mano en lo económico. ¿Me equivoco, maldito embustero? -gritó a voces Andy, que se había puesto de pie y que, tras pasar unos segundos mirando a Peter, se acercó a la ventana del salón para mirar al jardín.

—No te equivocas. Pero no todo sucedió de la forma que piensas. Jameson se me presentó una noche en la residencia de la universidad. Estaba muy nervioso. Me pidió que fuésemos a una zona tranquila. Entre sollozos, me explicó el problema de su hijo y me pidió un favor -se explicó Peter mientras retiraba una silla y se sentaba.

—¿Qué le ayudarías en el trasplante? -preguntó Andy.

—No, por supuesto. Le hubiera dicho que no de saber lo que quería hacer. El sólo me explico que querían probar algo experimental en el pequeño Noah. Estaba desesperado. Me aseguró que si algo salía mal él respondería por mí. Fue lo más parecido a un padre que nunca tuve. Yo no sabía cómo negarme. No podía -susurró Peter entre lágrimas.

—¿Y qué paso después?

-La noche señalada me vinieron a buscar. Me llevaron al puerto y me subieron a un barco de la empresa, el “Spirit of Manistee”. Era un barco que la empresa había comprado hacía meses para la investigación. Me guiaron por varias salas y pasillos hasta que llegamos al quirófano donde tenían al niño. Cuando llegué, el pequeño Eddie ya estaba muerto. Mathewson le había sacado con ayuda de Jameson el corazón. Estaban sentados en una mesa haciendo la cirugía previa de preparación al órgano. Monté en cólera y discutí con William. Le grité que se había vuelto loco. Él me contestó que un padre por su hijo haría lo que fuese. Me negué a participar en aquello. Me dí la vuelta y cuando me dispuse a irme, Gabo sacó una pistola y me apuntó a la cabeza. Me dijo que si no lo hacía, me mataría. William me rogó que lo hiciese. Al fin y al cabo, me dijo, el otro niño ya estaba muerto. Se puso de rodillas y me rogó que le ayudase a salvar la vida del suyo. Después de pensarlo un momento, acepté —confesó Peter con los ojos enrojecidos.

—¿Y qué sucedió después?

—Hice la anestesia de Noah. Fue una intervención muy complicada y estuvo a punto de morir en un par de ocasiones. Al final, todo salió bien.

—Continúa.

—Jameson siguió en contacto conmigo aunque yo no quería ni verle. Cuando acabé me pidió venirme con él. Me enseñaba fotos de su pequeño Noah. Cada vez que veía una de esas fotos tenía ganas de vomitar. Me buscó la plaza en el County y me compró esta casa. Más tarde, con el paso de los años, el recuerdo de aquel día se fue diluyendo. No estoy orgulloso de lo que hice pero no tuve otra opción. De haberme negado hoy estaría en la tumba con Eddie y los demás.

Andy se removió inquieto en la ventana. Se giró y miró directamente a la cara a Peter.

—Supongo que te llegaste a enterar del intento de Ellen Cistar por seguir investigando la desaparición de su hijo ¿Es por eso que querías su informe psiquiátrico del St. Joseph?

—preguntó Andy reconduciendo el interrogatorio.

—Sí. Una noche, Jameson me citó y me explicó lo de Ellen. Me dijo que la madre se había mudado a la zona en busca de pruebas, pero nunca llegué a saber su nuevo apellido. Me pidió que tuviese los ojos bien abiertos. Por eso la noche que apareció en las urgencias del County solicité su historial. Quería

confirmar que era ella. Aunque yo no tuve nada que ver con su muerte. Intenté salvarla, en serio. Pero llegó en un estado crítico y no pudimos hacer nada.

Andy se quedó mirando a Peter y empezó a aplaudir. Peter se quedó sorprendido sin saber qué decir.

—Eres un gran actor, Peter, ¿lo sabías? Casi me convences del todo otra vez. Te voy a decir ahora lo que yo pienso. Es cierto que Jameson probablemente te reclutó de manera poco ortodoxa. Pero, al contrario de como has querido hacerme ver, la posibilidad de trabajo y una buena suma de dinero muy probablemente fuesen ideas tuyas. Una vez que estuviste instalado aquí, te dedicaste a extorsionar a Jameson en todo lo que se te antojó. Entablaste amistad con Gabo y visteis posibilidades de hacer un negocio perfecto — explicó Andy mientras veía cómo la ira comenzaba a asomar en las pupilas del anestesista.

—¿Qué negocio? -preguntó desdeñoso Peter.

—El de repetir trasplantes como el de Eddie. Tráfico de menores para sacarle los órganos y venderlos al mejor postor. A buen seguro involucrasteis a Mathewson. Él se encargaba de la cirugía a cambio de una buena suma. Gabo, se encargaba del secuestro y de deshacerse de los cuerpos y tú, de buscar a los candidatos ideales. Familias adineradas desesperadas que os pagarían fortunas y a las que además estaríais extorsionando de por vida. Un plan perfecto que sólo tenía un fallo.

—¿Cuál? -escupió Peter.

—Nadie contaba con que Gabo llevara un registro detallado de cada caso. Las identidades de los desaparecidos, los receptores, copias de las transferencias, coordenadas de las fosas... Era su seguro de vida. Por eso la noche en la casa de Muskegon apretaste el gatillo en cuanto se movió. Tenías miedo a que te delatase, ¿no es cierto Hammon? -dijo Andy remarcando el verdadero apellido de Peter.

Como por arte de magia la cara de Peter se transformó. Una fría determinación cruzó su rostro.

—Gabo se enteró de mis planes. Por eso fingí el accidente. Necesitaba implicarme emocionalmente contigo. Así controlaría lo que fueses descubriendo y, en el momento apropiado, podría matarte. Hable con Jameson y estuvo de acuerdo. Por eso siempre nos seguían a todos sitios. Yo les

indicaba dónde íbamos en todo momento. Mi idea principal fue la de matarte aquella noche en Muskegon pero fuiste de lo más útil para ir recuperando todo los rastros que quedaban del trasplante de Noah. Así que, tras eliminar a Gabo, sólo quedaba esperar el momento oportuno para eliminarte – confesó Peter con frialdad.

—Sigue, por favor –pidió Andy, que le continuaba dando la espalda a Peter.

—Una vez que volvimos, avisé a Mathewson desde una cabina de que ibas a por él. Le dije que yo estaba en comisaría y que lo había confesado todo. Siempre fue un ser asustadizo. Tenía autentico pavor a entrar en la cárcel. Supuse que haría una tontería e intentaría matarte para poder huir. No pensé en que se suicidaría. Aunque más que un problema, fue un golpe de suerte.

—Al matarnos uno al otro, eliminas un cabo y condenas al otro por el crimen. Una idea magnifica, he de reconocer.

—Exacto. Luego fui a St.Joseph y sufrí el incendio. Jameson, después de todo lo vivido, había intentado eliminarme a través de su sobrino, que nos encerró en el archivo. Escapé gracias a Herrero y, cuando llegué arriba le avisé para que se levantase. El incendio fue la excusa perfecta para eliminar la penúltima prueba pendiente, el historial psiquiátrico de Ellen –siguió diciendo Peter.

—¿Por qué tuviste esa obsesión desde el principio con el informe de Ellen? -preguntó Andy.

—Jameson nunca me llegó a decir el nuevo nombre de Ellen. Cuando la vi, creí reconocerla. No sabía qué podía haber en los informes ni hasta qué punto contradecían el nuevo historial redactado a medida por Ashcroft. No quería dejar ningún cabo suelto ni que nadie se pusiese a investigar.

—¿Y qué sucedió con Herrero?

—Después de escapar por la trampilla, me asomé de nuevo. Herrero desde abajo me gritaba pidiendo auxilio, así que me asomé, saqué tu revolver y le disparé. Luego tiré el arma al fondo del montacargas –dijo con tranquilidad Peter.

—Nadie pensaría en dudar de tu versión y nadie comprobaría nada. No había motivo –comentó Andy desde la esquina del ventanal.

—Así es. Sólo quedaban dos cabos. Jameson y tú, inspector Harper. Viendo el éxito que había tenido la estratagema de Mathewson, intenté lo mismo con Jameson –continuó diciendo Peter.

—¡Tú fuiste el que puso al día a Noah Jameson de su historia! Por eso él

sabía que fue Gabo quién mató a Ellen Cistar. Tienes una mente totalmente retorcida, Peter.

—Gracias. Estuvo a punto de salir todo a pedir de boca pero tu intromisión hizo que alterase un poco mis planes. Llevaste desde casi un principio otro dispositivo GPS en tu móvil. Una pegatina transparente, en tu parte trasera. Eso me avisó de que ibas a por Jameson —explicó Peter ligeramente contrariado.

—Por eso llamaste a Noah. Tenías la esperanza que matase a su padre para que no te delatase. Muerto Jameson, no había posibilidad de que nadie llegase jamás a resolver el caso. Y mucho menos a relacionarte a ti con él. Impresionante.

—Sí. Por último sólo hubiera tenido que eliminar al joven Noah Jameson y a ti. Pero claro, con toda esa información que tenía Gabo no va a poder ser. Ya no tiene sentido matar al chico.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —cuestionó Andy mientras volvía a sentarse en el sofá.

—Adelante. Dispara.

—¿En algún momento algo de lo que pasó entre nosotros fue real? —preguntó Andy mientras miraba a la cara a Peter.

—La verdad es que no. Lo pasamos bien, sobre todo en aquel hotel rural. Pero, sinceramente, no eres mi tipo inspector. Ya te dije una vez que no me gustan los policías. Y tú, no eres una excepción —contestó Peter, al tiempo que sacaba una pistola que tenía escondida en la espalda.

Andy sonrió de manera tranquila. Cruzó una pierna sobre la otra y se quedó mirando a Peter con fijeza. No había nada detrás de aquella fría mirada. Ningún sentimiento. Ningún signo de vacilación. Sólo un vacío. Andy tuvo claro lo que tenía que hacer.

—Y, ¿qué piensas hacer después de matarme, señor Hammon? ¿Piensas huir, con medio FBI pisándote los talones? No lo creo. No eres tan estúpido —volvió a preguntar Andy que al mismo tiempo dejó que Nerón se tumbase sobre su regazo.

—¿No te enteras, verdad? Tú me lo has puesto en bandeja. Al entregar ya el informe al FBI y no tener que incorporarte en Boston hasta dentro de 10 días, nadie te buscará en ese plazo de tiempo. Todo el mundo sabe que te vas de la ciudad y en Boston nadie te conoce. Gabo me hizo varios pasaportes falsos de excelente calidad para algún trabajo que nos surgió en el extranjero. Tengo mucho dinero en varias cuentas de las islas Caimán. Lo suficiente como

para desaparecer el resto de mi vida. Así de fácil. Cuando encuentren tu cadáver en mi salón, yo ya me estaré tomando el segundo mojito de la mañana –confesó Peter son una maliciosa sonrisa.

—Sí. Con algo más de 3,8 millones de dólares en tres cuentas distintas se puede vivir muy bien –contestó Andy mientras acariciaba la cabeza del gato – siempre y cuando no lo haya embargado ya el FBI –añadió.

Peter torció el gesto.

—¡Bravo, inspector! Debería enfadarme pero eso es sólo un contratiempo. Tengo mi propio banco en casa. Algo más de un millón y medio de dólares. También da para vivir una buena vida en una isla perdida del Caribe –replicó Peter bastante contrariado.

—¿Y con Noah Jameson? ¿Qué piensas hacer? -preguntó de nuevo Andy.

—Cierta familia de la mafia siciliana de Chicago me debe un favor. Andrej Gabo era alguien que deseaban ver liquidado hacía bastante tiempo. Mientras buscábamos en la casa de Muskegon sólo tuve que hacerle un par de fotos a su cadáver. En un par de meses me pondré en contacto con ellos. Su recompensa asciende a cien mil dólares. Yo les pediré a cambio de esos cien de los grandes que me hagan un trabajo

–terminó de decir Peter.

—Ya veo que lo tienes todo pensado, Peter. Aunque, puestos a ser sinceros, yo también tengo una confesión que hacerte. Siempre y cuando, por supuesto, estés dispuesto a oírla. ¿Te parece? -insinuó Andy.

—De acuerdo. Puedo esperar diez minutos más antes de matarte –afirmó Peter con frialdad.

—No había ningún papel en la caja fuerte de Gabo. Es cierto que hace unos días te investigué, pero no había averiguado nada de lo que me has confesado esta noche, si bien, es cierto que sospechaba muchas de las cosas que me has contado. Me tiré un farol contigo y me ha salido bien. O mal, según se mire –explicó Andy.

—¿Y qué me importa, imbécil? En diez minutos tú estarás muerto y yo de camino a un retiro en una soleada playa. Me da igual que me hayas engañado. No me importa. Eres historia –escupió Peter al tiempo que roscaba un silenciador a la pistola.

—Sí que importa. Peter Hammon, quedas detenido por colaborar en un

asesinato, encubrimiento, falsedad documental y al menos una docena de delitos más de los que serás debidamente informado en comisaría. Tienes derecho a permanecer en silencio. Todo lo que digas podrá ser usado en tu contra ante un tribunal. Tienes derecho a un abogado. Si no puedes pagarlo, se te asignará uno de oficio. ¿Has entendido tus derechos? -dijo Andy sin mover un músculo del sofá.

—¿Qué si lo he entendido? ¿De qué hablas? ¡Yo tengo el arma, estúpido! -gritó Peter que acababa de terminar con el silenciador.

—Toda esta conversación ha sido grabada, Peter. De hecho, ahí fuera hay un dispositivo de más de 30 agentes entre policía de Augusta y FBI. Tienes tres segundos desde que empiece a contar o un francotirador, que te ha tenido toda la conversación en el punto de mira te matará. Es tu decisión – explicó Andy, que seguía sin mirar a Peter a la cara.

Peter dudó. Miró al jardín sin moverse del sitio y luego empezó a reír.

—Eres un mentiroso. Adiós, inspector Harper –dijo Peter al tiempo que levantaba el brazo para apuntar y disparar a Andy.

Medio segundo después, el cristal del ventanal del salón salió volando en mil pedazos y varios disparos impactaron en el pecho y el abdomen de Peter Hammon, saliendo su cuerpo despedido un par de metros contra la pared del salón. Un instante después, cuatro agentes del FBI irrumpieron en la casa, acercándose al cuerpo ya sin vida de Peter y quitándole el arma que todavía sujetaba con la mano. Uno de los agentes le buscó sin éxito el pulso en el cuello.

—Está muerto. Buen trabajo, chicos –dijo por el pinganillo el agente.

Andy se puso de pie y todavía con Nerón en brazos se quedó mirando la expresión de la cara del cadáver de Peter. La sorpresa, a pesar de la muerte, seguía estando presente. El comisario Michaels entró y se acercó a Andy.

—¿Estás bien? -preguntó el comisario con cierto tono paternalista.

—Nunca he estado mejor. Vamos a casa, Nerón –dijo Andy antes de marcharse.

## *Capítulo 17*

### *Un almuerzo en el jardín*

Era un maravilloso día de primavera y la mesa estaba puesta en el jardín trasero. Andy miraba con cierta tristeza la parcela donde ahora se levantaba un parque infantil. Hacía no mucho tiempo aquella fue la casa de Ellen Cistar. Un donante anónimo se había ofrecido a construir allí un bonito parque que se bautizó como parque “Eddie Norman”. Esa había sido su única condición. Aquel olor maravilloso a tarta de manzana y limón lo sacó de su ensimismamiento.

—Es un parque precioso, ¿no te parece, Cathy? Creo que Ellen estaría contenta —reflexionó Andy con sinceridad.

—Lo está, Andy. Debes estar seguro de eso. ¿Un trozo?

—preguntó Cathy McCallister.

—Sí, por favor. Glen, ¿tú también quieres uno? —preguntó Andy a su vez al comisario Michaels.

—Claro que sí, Andy. Llevo semanas oyendo hablar de esta tarta. He llegado a soñar con ella —respondió divertido el comisario— Por cierto, ¿has avanzado mucho en el caso Hammon?

—La verdad es que sí. Hemos recuperado el dinero de todas las cuentas. Entre Hammon, Mathewson y Gabo acumularon casi once millones de dólares. Es una cifra extraordinaria, la verdad.

—¿Y se ha conseguido esclarecer alguna desaparición más?

—pregunto Cathy.

—Sí. Ya hemos documentado y contrastado cinco secuestros más entre EEUU y Canadá. Las familias de los receptores han confesado y han negociado un trato. En Europa, la Interpol ha conseguido tres casos más y creo que han aparecido un par de casos más en Japón. Pone los pelos de punta —confesó Andy.

—Es cierto. Estás haciendo un buen trabajo, Andy.

—Por cierto, Cathy, ¿cuándo me darás la receta de esta tarta? Es espectacular.

—Es cierto, señora McCallister. Es soberbia.

—No te la pienso contar nunca, Anderson Harper. Si lo hiciese, a buen seguro que dejarías de venir a verme.

—Eso desde luego, Cathy —respondió Andy mientras todos empezaron a

reír con todas sus fuerzas.